

A blue-tinted photograph of a woman smiling and playing a harp. Her hands are positioned on the strings, and the instrument is partially visible.

MERCHE DIOLCH  
**CITA EN  
LA LUNA**

A photograph of two children, a boy and a girl, sitting on a ledge and looking up at a bright, hazy sky. The boy is pointing towards the sky. The scene is backlit by a warm, golden light, suggesting a sunset or sunrise.

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2020  
info@edicioneskiwi.com  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)  
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, febrero 2020

© 2020 Merche Diolch  
© de la cubierta: Borja Puig  
© de la fotografía de cubierta: shutterstock  
© Ediciones Kiwi S.L.  
Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

<a href="#">Copyright</a>
<a href="#">Nota del Editor</a>
<a href="#">Prólogo</a>
<a href="#">Capítulo 1</a>
<a href="#">Capítulo 2</a>
<a href="#">Capítulo 3</a>
<a href="#">Capítulo 4</a>
<a href="#">Capítulo 5</a>
<a href="#">Capítulo 6</a>
<a href="#">Capítulo 7</a>
<a href="#">Capítulo 8</a>
<a href="#">Capítulo 9</a>
<a href="#">Capítulo 10</a>
<a href="#">Capítulo 11</a>
<a href="#">Capítulo 12</a>
<a href="#">Capítulo 13</a>
<a href="#">Capítulo 14</a>
<a href="#">Capítulo 15</a>
<a href="#">Capítulo 16</a>
<a href="#">Capítulo 17</a>
<a href="#">Capítulo 18</a>
<a href="#">Capítulo 19</a>
<a href="#">Capítulo 20</a>
<a href="#">Capítulo 21</a>
<a href="#">Capítulo 22</a>
<a href="#">Capítulo 23</a>
<a href="#">Capítulo 24</a>
<a href="#">Capítulo 25</a>
<a href="#">Capítulo 26</a>
<a href="#">Capítulo 27</a>
<a href="#">Capítulo 28</a>
<a href="#">Capítulo 29</a>
<a href="#">Capítulo 30</a>
<a href="#">Capítulo 31</a>
<a href="#">Capítulo 32</a>
<a href="#">Capítulo 33</a>

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Para Juan y Gaby,  
con los que me cito cada día bajo la luna.

Somos seres imperfectos que vivimos en un mundo imperfecto.

**Haruki Murakami**

# Prólogo

—Me lo prometiste... —lo acusó por segunda vez.

El joven la miró de arriba abajo y tensó la mandíbula con fuerza. Sus puños cerrados a ambos lados del cuerpo mostraban la tensión que sentía en esos momentos.

—Son muchas las promesas que se rompen al día... —Cerró los ojos y tomó aire como si buscara la fuerza que necesitaba para terminar lo que había empezado—. Una más, no se notará. Además, no es la primera vez... —recordó.

La chica avanzó un par de pasos y estiró la mano con intención de agarrar su brazo, pero, al ver que retrocedía, la dejó caer inerte.

—Pero es tuya, es tu promesa... la que me hiciste... —dijo apenas sin voz.

Negó con la cabeza, se pasó la mano por el oscuro cabello y soltó el aire que retenía.

—Ya nos veremos por ahí —se despidió pero no se movió del sitio. Sus ojos siguieron fijos en los verdes de ella, esos que lo habían acompañado desde niño, y que conocía tan bien y que sabía que en ese instante retenían las lágrimas que luchaban por salir al exterior.

Meli hizo un leve movimiento con la cabeza.

—No...

—No, ¿qué? —preguntó temiendo la respuesta.

Apretó sus puños hasta que los nudillos adquirieron una tonalidad blanca y enfrentó su mirada con fiereza.

—Se acabó —espetó.

Una sonrisa prepotente asomó en la cara masculina.

—Sabes que eso no es verdad. Volveremos a encontrarnos y...

—¡No! —gritó interrumpiéndole—. Esta vez no será así, Jan.

Arrugó el ceño e intentó acortar la distancia que los separaba, pero esta vez fue ella la que se separó.

Levantó los brazos al aire, zafándose de su agarre, para a continuación esconder las manos en los bolsillos del vaquero.

Nada sucedía como esperaban...

—Melisa, ¿qué quieres decir? —la interrogó notando como le temblaba la voz.

Ella buscó sus ojos, esos en los que buceaba cada vez que necesitaba un amigo, un aliado... Esos iris azules en los que se veía hermosa, querida, apreciada... Esos que hablaban de amor mientras su dueño se negaba a reconocer sus sentimientos... Esos que la observaban con miedo en ese instante.

—Me marchó a Japón.

—Y al año regresarás y nos veremos...

Negó con la cabeza otra vez.

—No. Me quedaré allí... Ya no puedo más...

—¿Y se puede saber qué se te ha perdido a ti allí? Tu familia está aquí, tus amigos están aquí... Yo estoy aquí...

Melisa lo miró una vez más a la cara, como si necesitara memorizar los rasgos de su rostro y,

pasados unos segundos, soltó:

—No, tú ya no estás aquí.



El pasado es el que es, no tiene vuelta de hoja.

**Marc Levy,**  
*Ojalá fuera cierto, 2000*

# Capítulo 1

## El principio...

—Quiero ser violinista... —dijo la niña sentada en el tejado de la casa mientras miraba la luna llena.

—¿Para qué? —le preguntó su amigo que, tumbado todo lo largo que era cerca de ella, se estiraba bostezando de manera exagerada.

Ella lo miró con una sonrisa ilusionada en su rostro.

—Para sentir la música, ¿para qué si no?

El otro se incorporó de golpe, sin perder de vista la verde mirada de su amiga.

—Meli, no te entiendo...

Se rio, lo empujó y devolvió su atención al redondo satélite que brillaba en el cielo.

—Papá dice que no todo el mundo entiende la música...

—Si es en otro idioma, yo no —indicó con rapidez el chico, haciéndola reír de nuevo.

—Jan no seas tonto. Deja que me explique...

Tiró de una de sus trenzas y le regaló una sonrisa.

—Está bien. Habla. Te escucho.

Melisa se volvió con rapidez hacia él, acomodándose con cuidado entre las tejas para evitar caer, y cruzó sus piernas mientras trataba de taparse con la manta que habían llevado.

—Papá dice que la música es mucho más que la letra y los instrumentos que la hacen, que hay que sentirla para crearla...

—Ahh... como la plastilina.

La niña se rascó la nariz arrugando el ceño mientras meditaba sobre el ejemplo de su amigo.

—No te entiendo, Jan. —Se rindió al fin.

Este atrapó sus manos y la miró de frente.

—Para hacer casas, muñecos o perros... Ya sabes lo bien que me salió Tibi...

—Si era un monigote azul sin rabo —dijo sonriente.

El chico se mordió el labio y se rascó la cabeza.

—Era muy chulo, Meli. No puedes decir que no.

La niña lo pensó un rato hasta que al final movió la cabeza de manera afirmativa.

—Vale, pero no se parecía a un perro...

—Bueno, yo creo que sí —la contradujo.

Ella puso los ojos en blanco y suspiró.

—Bueno, vale. Tú ganas —concedió—. Ahora explícame lo que me estabas diciendo.

Jan arrugó el ceño.

—¿El qué?

Ella lo empujó haciendo que cayera sobre su espalda.

—Eres tonto.

Este se incorporó riéndose, llevando sus pequeñas manos a la barriga.

—Tonto es el que hace tonterías...

—Y tú las haces —lo acusó.

Él tiró de una de sus trenzas.

—No todas las veces.

—Pero algunas sí...

Jan asintió.

—Vale, sí. Algunas veces, sí...

Le sonrió.

—Ahora regresa... —le ordenó—. ¿Qué tiene que ver lo de la música con la plastilina?

—Pues fácil, tonta. —Le guiñó un ojo travieso—. Según tu papá para entender la música hay que sentirla. —Ella movió la cabeza de manera afirmativa—. Pues para hacer a Tibi tuve que pringarme los dedos de plastilina verde...

—Azul —lo corrigió.

—Azul —repitió—. Yo también la sentí.

Melisa lo miró sin saber muy bien si se estaba burlando de ella o hablaba en serio, esperando que en su cara asomara esa sonrisa pícaro con la que, con los ocho años que tenía, ya conseguía encandilar a todo bicho viviente, pero no apareció.

—Jan, te estoy hablando muy en serio. —Se cruzó de brazos y puso morros.

El chico la observó confuso, no comprendiendo muy bien el porqué de su actitud y sin saber qué debía hacer ahora, cuando su amiga comenzaba a llorar.

—Meli, Meli... —la llamó acercándose a ella con velocidad. Atrapó su cara y la miró preocupado a los ojos—. No quería hacerte daño...

Ella sorbió por la nariz e hizo un mohín con los labios.

—Vale... —Dejó que la letra se alargara.

—Jo... Meli —dijo limpiándole la cara con torpeza—. Ya sabes que no me gusta verte llorar. Porfa, no llores.

Esta miró a su amigo e intentó retener sus lágrimas.

—Vale... —musitó cabizbaja.

Jan asintió conforme al escucharla y esperó a que su amiga se calmara sin soltar sus manos. Cuando comprobó que estaba más tranquila, le señaló la luna.

—Ves eso...

—¿La luna? —preguntó algo confusa.

—Sí, la luna. —La miró con una enorme sonrisa que dejaba visible el hueco de dos de los dientes que le faltaban en la boca—. Quieres tocar el violín, ¿verdad?

Ella movió la cabeza de manera afirmativa con demasiada energía y sonrió con timidez.

—Sí, quiero.

—Pues pide un deseo.

—¿A la luna?

Jan asintió, la miró y luego devolvió su atención al satélite.

—Claro. Pide que quieres aprender a tocar ese instrumento.

—Pero Jan...

—Mmm... —La miró expectante—. Venga, Meli. Pide el deseo.

Ella posó sus ojos en la cara ilusionada de su amigo y luego en la luna, para posarla sobre

este a continuación.

—Creo que hay que pedir los deseos a las estrellas fugaces...

—¿Tú ves alguna estrella fugaz? —Ella negó con la cabeza—. Pues como no hay ninguna, seguro que ella... —Señaló con su pequeño dedo la esfera casi perfecta del cielo—. Puede servirnos.

Melisa miró esperanzada a la luna.

—¿Tú crees?

Jan le apretó una de las manos y asintió sin apartar su vista de la protagonista de su conversación.

—La luna brilla más que las estrellas... Eso significa que tiene más poder y por eso te va a conceder tu deseo.

La niña se sumió en silencio, pensando sobre las palabras de su amigo para pasados unos segundos soltar feliz:

—Vale. Está bien. Si tú crees que es así, me fío de ti.

Jan le sonrió y se tumbó boca arriba sobre el tejado, colocando sus manos por debajo de la cabeza.

—Te lo prometo —aseguró—.

La niña asintió confiada ya que su «más mejor» amigo, como se refería a él cuando hablaba con sus padres, nunca le había fallado y no iba a empezar ahora.

Miró la luna y, después de pensarlo mucho, cerró los ojos con fuerza pidiendo lo que más deseaba.

## Capítulo 2

### Tres años después...

—Llegas tarde —le dijo en cuanto asomó la cabeza por la ventana de su habitación.

—Sí, lo sé. —Se coló por el hueco y salió al tejado—. Pero el entrenamiento de fútbol se ha alargado y luego los chicos querían echar un partidito, y...

—Y no les has podido decir que no.

Jan le revolvió el rubio cabello que le llegaba hasta las orejas.

—Ya sabes... —Se encogió de hombros.

Melisa lo miró con el ceño fruncido y devolvió la atención a la luna llena, testigo de sus reuniones.

El silencio los envolvió, solo roto por el tráfico que había dos calles por detrás de la casa y por algunos de los perros que ladraban en el descampado que tenían enfrente.

—Venga, Meli. —Empujó su hombro moviéndola un poco—. No te enfades.

Esta apoyó sus brazos sobre las rodillas y posó su barbilla en ellas.

—No me enfado... —musitó a media voz, sin poder engañar a su amigo.

—Vale, lo siento —indicó—. La próxima vez llegaré puntual a nuestras «citas». —Movié los dedos imitando unas comillas imaginarias.

La niña se encogió de hombros y se pasó la mano por el corto cabello.

—Si no pasa nada... Tienes nuevos amigos y lo entiendo.

Jan tiró de uno de sus brazos y la miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso?

Melisa observó sus claros iris por unos segundos hasta que la fuerza que despedían la obligaron a desviar la mirada.

—Que entiendo que con once años no quieras seguir siendo amigo de una niña de nueve...

El chico atrapó su cara y la obligó a mirarlo.

—Que no se te pase eso por la cabeza, enana. —La golpeó con un dedo en la sien—. Tú siempre serás mi amiga y siempre querré estar contigo. ¿Lo entiendes? —Ella movió la cabeza de manera afirmativa—. Meli... —Lo miró ante su reclamo y este le apartó uno de los mechones rebeldes que caían sobre sus ojos—. Siempre seremos amigos. Te lo prometo.

La niña sonrió y asintió confiada.

## Capítulo 3

### Tres años después...

—Cariño, ¿por qué no entras? Hace frío... —preguntó su madre asomándose por la ventana de su dormitorio.

Melisa, que estaba envuelta en el nórdico para contrarrestar el frío que caía en esa noche de invierno, negó con la cabeza.

—¿Qué hora es?

Esta consultó su reloj y suspiró.

—Las diez pasadas... No creo que Jan venga ya...

—Vendrá —indicó con seguridad—. No ha faltado nunca a una de nuestras «citas» —dijo esa última palabra elevando la comisura de sus labios.

Su madre se quitó las gafas y se restregó los ojos con gesto cansado.

—Cariño ya sabes que se mueve con otra gente y que cada vez os veis menos...

Ella no apartó la mirada de su madre, escuchando muy atenta lo que le decía y, aunque no quería darle la razón, sabía que la tenía.

Desde que Jan había comenzado el instituto, sus encuentros se habían reducido y sus conversaciones eran más escasas, pero nunca había faltado a una de sus «citas».

En este último año apenas habían coincidido, y menos desde que se había juntado con esos nuevos amigos con los que salía. A ella no le gustaban, pero no tenía ninguna duda de que era un sentimiento recíproco por las miradas y comentarios que le lanzaban, pero, aunque su relación se había enrarecido, Jan seguía acudiendo a su lado como se lo había prometido.

—Mamá... Vendrá —le aseguró, recibiendo una mirada compasiva.

—Está bien, pero si en media hora no está aquí, vuelves para dentro —le ordenó.

Ella asintió y repitió:

—Vendrá.

Su madre movió la cabeza de lado a lado, resignada por la actitud de su hija, y desapareció.

Al poco, el timbre de la puerta de la entrada se escuchó por toda la casa.

—Ha venido —dijo en voz alta con un tono de alivio que no la sorprendió.

A pesar de la seguridad que había intentado transmitir a su madre, las dudas la atormentaban. En realidad, no confiaba en que viniera, en que acudiera a su casa para compartir ese tiempo que para ella era tan valioso, y, aunque hoy estaba ahí, sospechaba que sus encuentros cada vez se espaciarían más hasta que al final no se realizaran.

Temía...

Sabía que al final Jan y ella perderían el contacto, que la relación con el que consideraba su mejor amigo se diluiría en el tiempo, pero, hasta que eso ocurriera, prefería estrujar los segundos que les quedaban juntos sin mirar más allá de ese día.

—Hola, enana —le dijo en cuanto pasó por la ventana con ciertos problemas ya que llevaba colgada a la espalda su guitarra.

—Llegas tarde... —Fue su escueto saludo.

Este se dejó caer sin fuerzas sobre el tejado y le revolvió el cabello rubio que le llegaba hasta los hombros.

—Venga, no te enfades. Esta conversación ya la hemos tenido más veces y me aburre...

Melisa arrugó la boca y lo miró achicando sus ojos verdes.

—¿Y de quién es la culpa?

Jan se quitó la guitarra que llevaba en su funda negra y la colocó cerca de él, asegurándose de que no pudiera caer al suelo.

—Tenía cosas que hacer —indicó sin más y observó la luna llena, apoyando sus manos entre las tejas.

La chica bufó con fuerza y dejó sus ojos fijos en el satélite del cielo que tenía un color amarillento.

El silencio los envolvió sumiendo a cada uno en sus propios pensamientos.

—Qué...

—Tengo...

Los dos hablaron a la vez, estallando en carcajadas.

Jan se rascó la cabeza por encima del gorro de lana que llevaba y le guiñó un ojo.

—Tú primera...

—No, tú. Lo mío puede esperar.

El chico la empujó y le regaló una sonrisa.

—Venga, Meli, habla tú primera que sé que como no sea así, no me prestarás atención.

Le sacó la lengua.

—Eso no es verdad.

La risa masculina se escuchó por el silencioso barrio residencial.

—¿No me digas? Son ya muchos años desde que nos conocemos, enana. —Le pellizcó la mejilla donde reposaban sus pequeñas pecas, y, si no hubiera sido por la oscuridad de la noche, habría visto la rojez que adquiría.

La chica expulsó el aire que retenía y se recolocó enfrente de él, con las piernas cruzadas. Atrapó mejor el nórdico con el que se tapaba para evitar que el frío lo traspasara y miró a su amigo con interés.

—¿Qué era eso que te ha entretenido?

Jan puso los ojos en blanco.

—Nada, solo que los chicos querían practicar un poco y entre unas cosas y otras, y Celeste que no estaba contenta de cómo se escuchaba el tema... —Se encogió de hombros—. No he podido escaparme. —Le golpeó con cariño la punta de la nariz—. Lo siento, enana.

Esta arrugó la nariz, no porque le hubiera molestado la caricia sino más bien por el nombre que había salido en la conversación: Celeste.

Era compañera de clase de Jan. Ya había repetido varios cursos y todos los chicos suspiraban por ella... Hasta Jan, aunque según su amigo, no sentía nada por la chica. Solo los unía su relación laboral.

—¿Estaba Celeste?

—Claro, es la «mánager». —Movi6 los dedos simulando unas comillas—. Quiere tener todo perfecto de cara al concierto que vamos a dar —dijo con orgullo.

—¿Tenéis un concierto? —le preguntó entusiasmada, agarrándole las manos.

Este sonrió, feliz de comprobar la alegría que sentía su amiga por las buenas noticias.

—Sí, pero solo es en un cumpleaños...

Melisa comenzó a dar palmadas.

—Tú primer concierto, Jan. ¡Qué feliz debes de estar! —Le agarró las manos de nuevo y se las apretó—. ¿Puedo ir?

Negó con la cabeza.

—No puedes, enana. Es un cumpleaños y a no ser que te hayan invitado...

No pudo evitar hacer un puchero al escucharlo.

—Jooo...

Jan le agarró de la barbilla y acercó su cara a la de ella, mirándola fijamente a los ojos verdes.

—Pero tengo una sorpresa.

—¡Una sorpresa! —exclamó olvidando de golpe lo que le había hecho entristecer.

Este asintió sonriente. Se levantó con cuidado de no resbalar por las tejas, y rebuscó en el bolsillo trasero de su vaquero.

—Pero tienes que prometerme que la llevarás siempre —le pidió sentándose de nuevo en el mismo lugar, enfrente de ella.

Melisa elevó una de sus cejas.

—¿El qué?

—Esto —dijo mostrándole una pulsera compuesta por dos cordones, uno azul y el otro morado, con una placa de metal en ambos.

—¿Es para mí? —preguntó ilusionada.

Jan le agarró la mano derecha y se la colocó, apretándole los nudos para evitar que la perdiera.

—Es para que te acuerdes de mí —comentó mientras observaba como su amiga leía lo que ponía en las chapas plateadas.

Melisa lo miró al escucharlo y, sin previo aviso, lo abrazó dándole varios besos en la mejilla.

—Gracias, gracias... Me encanta.

El chico se rio ante su efusividad.

—Me alegro. Lo he visto y me he acordado de ti. —Señaló, acariciando las letras impresas en el metal.

Melisa siguió sus movimientos y leyó en voz alta:

—Tú conmigo. Yo contigo.



# Capítulo 4

## Cuatro años después...

La música de un violín se escuchaba por todo el dormitorio desde los altavoces del ordenador, mientras su dueña, de espaldas a la puerta, observaba la luna llena que colgada en el cielo y que parecía un foco luminoso como los que suponía que seguían a las actrices en el cine.

La ventana estaba abierta, una tentación para Melisa que dudaba si salir o no al tejado para disfrutar de la bella estampa. Hacía calor y, al no correr nada de aire, la necesidad de escaparse de esas cuatro paredes era imperiosa, pero, aunque la brillante luna la llamaba con insistencia para que se sentara en ese lugar que había ocupado junto a Jan en tantas otras ocasiones, se negaba a hacerlo.

Sola... no.

Jan no estaba allí y no lo esperaba.

La había llamado hacía apenas un cuarto de hora para informarla de que le habían organizado una fiesta sorpresa por su dieciocho cumpleaños, y que no podía dejar colgados a sus amigos... a Celeste.

—Celeste... —dijo en voz alta el nombre de la persona que más odiaba de un tiempo a esta parte; la culpable de que la relación entre Jan y ella se estuviera resquebrajando.

Desde hacía unos meses Celeste y Jan habían formalizado su relación. Después de enrollarse en algunos encuentros ocasionales, decidieron que estaría bien ponerse la etiqueta de novios...

—¡Novios! —Se pasó la mano por el cabello y gruñó con fuerza.

Melisa lo había visto venir desde mucho antes que el propio Jan.

Cuando Celeste acabó en la clase de su amigo y comenzó a ser imprescindible dentro de la pandilla con la que este salía. Ella fue aceptada, más que aceptada... Entre sus amigos era una más hasta que su palabra comenzó a escucharse por encima del resto.

A diferencia de Melisa que no terminó de encajar nunca entre ellos, a pesar de que los dos amigos trataron de que esto no fuera así. Pero ya fuera porque ella era mucho menor que el resto o porque tenía otros intereses, Jan y ella acabaron por conformarse con sus escapadas solitarias o sus conversaciones esporádicas.

Hasta que llegó Celeste y todo se fue complicando.

Ya no hablaban tanto como antes...

Se veían mucho menos de lo que deseaban y la distancia comenzaba a hacer mella entre los dos.

Esa noche se presentaba como una oportunidad para Melisa, para conversar con su amigo, comentarle las impresiones que tenía de lo que estaba ocurriendo entre los dos y así, intentar solucionarlo.

Esa noche era la noche, era su «cita en la luna», en la que podría confesarle que lo echaba de menos... Mucho.

Miró de nuevo el lugar donde ambos se reunían desde bien pequeños. Primero fue un juego

ya que lo habían visto en no sé qué película y les pareció una buena idea subir al tejado para admirar la luna, ya fuera llena o en cualquier otra fase, y posteriormente solo para estar juntos, compartir tiempo solos hablando o en silencio.

Lo importante era que los dos acudían para estar juntos...

Era su momento.

Una melancólica sonrisa asomó por su rostro. Se apartó el flequillo de la cara, se quitó las gafas que llevaba desde hacía bien poco, a las que no terminaba de acostumbrarse, y escuchó el ladrido de un perro en la lejanía, seguido de un maullido.

De pronto, el sonido de un wasap se coló entre las notas del violín de Ara Malikian, atrayendo su atención. Se apartó de la ventana para sentarse sobre la cama, donde había dejado el móvil, y, en cuanto abrió la aplicación, un mensaje de Jan destacó sobre los otros que tenía sin abrir.

Ese último curso la habían añadido a un sinfín de grupos que había terminado por silenciar por no tener el tiempo ni las ganas de leerlos. Al principio pensó que era una buena idea, por eso de estar informada de los temas concernientes a la academia de música o porque Cho, su mejor amiga desde que había comenzado el instituto, había insistido en que debía estar conectada al mundo... El mundo de los cotilleos porque eso es lo que se encontró en cuanto la metieron en varios donde comprobó que algunos de sus integrantes eran las mismas personas que en otros donde ya estaba. Bajo la etiqueta de «Grupos de estudio...» de Mates, Física o Inglés, servían de excusa para compartir fotos de chicos famosos o de clase, para debatir sobre la ropa que llevaba uno u otro compañero o para hablar del último escándalo del insti.

Melisa no se sentía a gusto entre esos chismorreos pero ahora que estaba dentro, no podía marcharse por Cho... o por lo menos eso le había rogado su amiga, que no se saliera, que no la abandonara.

Sonrió porque sabía que era una excusa.

Su amiga disfrutaba con el móvil en la mano, yendo de un grupo a otro, cotilleando, hablando o simplemente leyendo lo que se escribía en ellos.

No necesitaba que estuviera allí con ella.

Un nuevo sonido, avisándola de la entrada de otro mensaje, le recordó por qué se había alejado de la ventana y de su confidente, la luna. Observó el nombre de su amigo, donde destacaba el mensaje sin leer, y comprobó que un aviso numérico a la derecha iba aumentando, según crecían los mensajes que le mandaba.

Nada más abrir el chat varias fotos se descargaron con rapidez. En unas aparecía su amigo sonriente mirando a la luna y en otras, las más numerosas, una chica morena lo acompañaba.

Un mensaje escrito aparecía por debajo de las instantáneas que no dudó en leer:

«Enana, mira. Cumplo mis promesas. La luna, tú y yo...».

—Y Celeste... —Melisa rumió para sí, lanzando el móvil contra la almohada, pero erró el tiro y acabó chocando contra un paquete rectangular que, envuelto en papel de regalo, esperaba a que su destinatario lo abriera.

Agarró el libro que había escondido tras un papel llamativo y que había comprado hacía ya unas semanas en la pequeña tienda especializada en música que se encontraba cada mañana cuando iba al instituto.

Pasó la mano con reverencia por la cubierta y, aunque estaba escondida tras el envoltorio,

recordó la imagen del guitarrista que aparecía en su portada.

Sabía que le iba a gustar la biografía de Paco de Lucía, que era el regalo perfecto para Jan porque llevaba mucho tiempo hablando del guitarrista que había revolucionado la música y al que aspiraba emular. Se había convertido en su ídolo... y Melisa le había querido sorprender con la historia de su vida.

Un gran regalo por su cumpleaños pero... si no tenía oportunidad de dárselo...

Cerró los ojos con fuerza y respiró con profundidad al mismo tiempo que sentía como unas lágrimas descendían silenciosas por sus mejillas.

El mañana es un misterio para todo el mundo, y ese misterio debe provocar risa y deseo, no miedo ni rechazo.

**Marc Levy,**  
*Ojalá fuera cierto, 2000*

# Capítulo 5

## En la actualidad

—Venga, Meli. Vamos a llegar tarde y sé que luego no disfrutarás del concierto —le reclamó su amiga apoyada en la pared, cerca de las escaleras que conducían a la planta de arriba, sin apartar los ojos del móvil donde sus dedos escribían a la velocidad del rayo.

Esta salió de su dormitorio intentando encajar el cierre de una de las pulseras de plata que solía ponerse cuando no estaba practicando con el violín, y observó a Cho con una dulce sonrisa. Se apretó la goma que le sujetaba el rubio cabello en alto, y se miró brevemente en el pequeño espejo que había colgado cerca de las fotos familiares.

Sus ojos verdes se desviaron hacia las instantáneas donde aparecía junto a sus padres. Los tres tenían una enorme sonrisa. Un tiempo feliz que no volvería a repetirse.

Pasó el dedo índice por la cara de su madre, le lanzó un beso y se volvió hacia las escaleras para descender por ellas.

—Claro que voy a disfrutar del concierto de Ara Malikian, Cho —le rebatió sin dudarlo—. Llevo muchos años esperando a que venga a España y no pienso perderme ni un solo segundo de su actuación.

—Pues a este paso, lo tenemos complicado —le dijo moviendo el móvil delante de ella donde se mostraba el reloj.

Melisa le dio un beso en la mejilla en cuanto estuvo a su altura y le guiñó un ojo.

—Llegaremos. —La morena bufó poco convencida—. Papá... —lo llamó mientras agarraba su abrigo negro de la percha que había cerca de la puerta de entrada—, nos vamos ya.

—Vale, tened cuidado. —Movié el mando a distancia de la televisión por encima de su cabeza y siguió sentado en el sofá orejero delante de la pequeña pantalla, sin ni siquiera mirarlas.

La joven se acercó a él, cogió la bandeja que había en una de las mesas próximas al sofá, donde había restos de la cena que había tomado, y le dio un beso en la mejilla sin rasurar.

—No te entretengas mucho con el programa...

El padre la miró con sonrisa traviesa.

—Creo que sigo siendo tu padre, cariño.

Meli le quitó las gafas de la cabeza y se las dio para que se las pusiera.

—Y yo tu hija y por eso sé que cuando te entretienes con ese programa... —Miró brevemente la televisión para devolver la atención al hombre de inmediato—. Te dan las mil y terminas quedándote dormido aquí.

Su padre se incorporó levemente en el asiento.

—Solo pasó una vez...

La risa de Cho se escuchó desde el pasillo.

—Una de muchas, señor Vargas.

Este se movió levemente para mirar a la amiga de su hija.

—Tomás... Cho. ¿Cuántas veces te he dicho que me llames por mi nombre?

La joven de ojos rasgados se encogió de hombros y sonrió.

—Desde que lo conozco...

—Desde el instituto —especificó Melisa.

—¿Y por qué no lo hace? —preguntó a su hija.

Esta le dio otro beso en la mejilla y le guiñó un ojo.

—Porque le impones mucho, papá.

El hombre bufó y negó con la cabeza. Miró de nuevo a la joven morena que volvía a tener la vista fija en su móvil y reclamó su atención:

—Cho... —Esta lo observó sonriente—. La próxima vez que me llames por mi apellido, no te dejaré entrar en casa.

—De acuerdo, señor Vargas —afirmó y devolvió la atención al teléfono.

El adulto miró a su hija con el ceño arrugado y esta se encogió de hombros.

—No te quedes mucho tiempo viendo la tele —le recordó Melisa y salió del comedor con intención de dejar la bandeja en la cocina.



—¿Dónde pretendes aparcar? —le preguntó Melisa a su amiga, quien iba conduciendo su viejo Fiat con la vista fija en la calle por la que circulaban.

—Si no nos hubiéramos retrasado... —Se calló aposta, mirándola de reojo—. Habría sido difícil encontrar un hueco, pero ahora creo que es imposible hacerlo cerca del teatro.

La rubia miró la calle sin decir nada, sabiendo que si hablaba podía perjudicarla. Era su culpa que fueran con el tiempo justo, pero las prácticas con el violín se habían alargado y cuando llegó a su casa, y vio el estado de la misma, se entretuvo en fregar la vajilla que había acumulada en el fregadero y en prepararle algo para comer a su padre. Cuando se dio cuenta, el tiempo había pasado muy rápido, dejándole apenas quince minutos para una ducha rápida, vestirse y poco más.

Era normal que Cho estuviera molesta, por lo que rezaba para que tuvieran un milagro y encontraran ese estacionamiento que necesitaban, si no querían entrar con el concierto empezado.

—¿Qué tal tu día? —se interesó pasado unos segundos en los que solo se escuchaba la música de la radio.

La joven morena encogió uno de sus hombros.

—Como todos los días...

—¿En el restaurante?

Cho suspiró y asintió.

—He podido escaparme para acercarme a la uni, pero solo un par de horas. Lo suficiente para hablar con mi tutor...

—¿Tus padres te necesitaban?

Asintió sin mirarla.

—Como todos los días.

Melisa le ofreció una sonrisa compasiva, y le pasó la mano por su pierna para transmitirle su apoyo.

Los padres de Cho regentaban un restaurante oriental desde que habían llegado a este país.

Ubicado en pleno centro de Madrid, había terminado poniéndose de moda, subido a la ola del gusto por ese tipo de comida que vivía la ciudad. Todos los días acudía mucha gente, pero sobre todo los fines de semana que era cuando los dueños reclamaban la ayuda de su hija.

Al principio esta se había ofrecido para echarles una mano e incluso lo hacía con gusto, pero con el tiempo la fueron reclamando más hasta hacerla trabajar incluso a diario, afectándole en sus estudios.

El sueño de los padres de su amiga era que su única hija terminara heredando el negocio, pero con lo que no contaban era con que para Cho ese no era su sueño.

—Todavía no sé cómo convenciste a tu madre para que te dejara venir al concierto...

La conductora miró a su amiga y le regaló una sonrisa.

—Porque ya estaban compradas las entradas y hoy martes...

—...Hay menos trabajo —Melisa terminó por ella. Conocía demasiado bien a la madre de su amiga. Si hubieran estado en fin de semana, ya podrían haberse olvidado de ver a Ara Malikian.

—Pero mejor no hablar de ello que para un rato que tenemos sin que estén presentes mis padres... —La miró y le guiñó un ojo—. Vamos a quemar las calles hasta que nos duelan los pies.

Melisa se rio.

—Yo voy con deportivas por lo que puede que veamos amanecer.

Cho abrió los ojos de par en par al escucharla, sin apartar la mirada de ella, hasta que el sonido del claxon del coche que la adelantaba la obligó a devolver su atención a la carretera.

—¿Te has puesto zapatillas? ¿Con ese vestido?

La rubia asintió.

—Quedaban bien...

Cho la miró de medio lado y gruñó.

—Si llego a verte antes de salir de casa...

Melisa se rio y le tiró de la oreja.

—Si no estuvieras tan obsesionada con el móvil, te habrías percatado. —Esta gruñó de nuevo pero no dijo nada—. ¡Mira! —gritó de pronto, señalando con el dedo un hueco vacío—. Ahí podríamos dejar el coche, ¿no?

La conductora sin hablar puso el intermitente de la derecha y, tras comprobar que no pasaba nadie, se metió en el espacio. Era algo justo pero lo suficientemente grande para que entrara su pequeño Fiat azul.

—Nos va a tocar andar un poco pero...

Melisa atrapó su bolso y sonrió.

—Pero llegaremos al concierto a tiempo. —Abrió la puerta con cuidado de no dar al vehículo que había aparcado al lado—. Ves como al final íbamos a estar a tiempo. —Le sacó la lengua y salió del coche.

Cho no pudo más que sonreír ante la mención del conflicto ante su tardanza.

—A eso se le llama suerte, Meli —le dijo señalándola con el dedo, para cerrar el coche a continuación.

La rubia se encogió de hombros y abrochó los botones del abrigo mientras se ponía en marcha.

—Creo que es más el destino —indicó—. Si eres positiva, atraerás cosas buenas.

Cho se subió el cuello del abrigo verde que llevaba para intentar que el frío no se le colara

por el cuello.

—Pues hoy he debido de ser muy negativa —refunfuñó.

Melisa atrapó su brazo y la acercó a ella.

—Pensemos...

—¿Pensar? ¿En qué? —preguntó divertida sin perder el paso.

—En que seguro que algo bueno habrás tenido hoy, algo que te ha sacado una sonrisa —dijo tomándose muy en serio sus palabras.

—Melisa, hoy ha sido un día de mierda...

Su amiga chascó con la lengua el paladar haciéndola callar.

—No me lo creo. —Tiró de ella—. Piensa un poco que para eso tienes ese coeficiente tan alto.

Cho se carcajeó.

—Vale... A ver... —Se calló intentando hacer lo que su amiga le pedía—. Vamos al concierto de Malikian.

—Ves, algo bueno —afirmó Melisa—. Y encima vas conmigo.

La morena sonrió y asintió.

—Ir contigo sube muchos puntos en la escala de cosas buenas que me han pasado hoy.

Esta sonrió y le guiñó un ojo.

—No lo dudes, amiga. —Le palmeó el brazo—. Y ahora piensa un poco más...

—¿Más? —se quejó—. No tendríamos que olvidarnos de pensar y disfrutar un poco de esto.

—Melisa la miró traviesa, y Cho supo enseguida que esta conversación tenía un propósito—. A ver, ¿qué estás buscando?

La sonrisa de la rubia se amplió.

—Que me cuentes lo de tu conversación con el profe...

Cho se paró de repente.

—Meli, no vayas por ahí porque no...

—...Ha pasado nada —acabó por ella y volvió a tirar de su brazo para que reanudara el paso.

—Exacto —sentenció y el silencio las envolvió, solo roto por los coches que circulaban por la calle paralela a la acera por la que andaban.

—Pero...

Cho observó a su amiga y suspiró.

—¿Pero?

Melisa abrió la puerta del teatro y la miró.

—Tienes que reconocer que encontrarte con tu profesor. —Resaltó las últimas palabras subiendo la voz—. Ha sido algo muy bueno hoy.

La morena sonrió pero no dijo nada, traspasando la puerta de cristal del edificio donde la gente que iba a disfrutar del concierto de uno de los violinistas más famosos del planeta, esperaban pacientes a que revisaran sus entradas.



## Capítulo 6

—Ya era hora de que llegaraís.

Cho se volvió hacia el chico que acababa de acercárseles y le ofreció una tirante sonrisa.

Era alto y muy delgado, con la cara muy fina lo que provocaba que los ojos los tuviera muy cerca y su nariz resaltara sobre el rostro, no podía decirse que fuera muy atractivo. Llevaba el cabello castaño con gomina, destacando la raya lateral, y la boca con el rictus perenne de desagrado siempre que se dirigía a ella, provocándole repelús.

Todavía no entendía por qué su amiga insistía en quedar con él, cuando ambas se reunían. No le simpatizaba, y sabía que era recíproco, pero Melisa no perdía la esperanza de que al final terminaran siendo amigos.

—Hola, Bruno. Yo también me alegro de verte.

—Cho... —la saludó con tono distante.

—Hola, Bruno. ¿Llevas mucho tiempo esperando? —le preguntó Melisa tras darle dos besos en las mejillas—. Perdona, pero ha sido mi culpa. Me entretuve y si no llega a ser porque Cho tuvo la idea de traer el coche, habríamos llegado cuando el concierto hubiera acabado.

El chico cambió el gesto de su cara, ofreciéndole a su amiga una sonrisa de bienvenida, muy diferente a la que le había mostrado a Cho.

—No pasa nada —quitó hierro al asunto—. Es solo que estaba preocupado por si te ibas a perder a Malikian.

Melisa se rio y agarró a Cho del brazo para que se acercara al joven que, vestido con traje y corbata, revisaba las entradas de los asistentes.

—Ni en sueños. Ya te dije que es uno de mis músicos favoritos.

—Sí, sí... Por cierto, tengo que volver a agradecerte que me avisaras de que iba a venir porque así yo tampoco me lo he perdido.

Cho arrugó el ceño al escucharlo.

—¿También es tu violinista favorito?

—Pues claro, por eso estoy aquí, Cho —le indicó de malos modos.

La joven morena lo miró extrañada.

—Pues ya es raro porque no te he oído nunca hablar de él, no como a Meli.

Bruno se rascó la nuca nervioso.

—Será porque prestas más atención al móvil cuando quedamos —señaló como si la reprendiera.

Cho dio un par de pasos hacia él y lo miró con cara de pocos amigos.

—Si yo estoy mucho o poco con el teléfono es asunto...

—Cho, venga. El chico está esperando —Melisa llamó su atención, interrumpiendo lo que fuera a decir.

La joven tensó la mandíbula y se acercó a su amiga, mostrándole la entrada al empleado del teatro que esperaba paciente.

—Buenas noches, chicas —las saludó, devolviéndoles los tickets—. Tenéis que subir esas escaleras de ahí, y la segunda puerta a la derecha es vuestro palco.

—Gracias —dijo Melisa.

—¿Tenéis un palco? —preguntó Bruno tras ellas, recogiendo la entrada que le había revisado el chico del traje.

—Sí, es un regalo de mi padre por mi cumpleaños —le explicó Melisa.

—¿No vienes con nosotras, Bruno? —se interesó Cho sin ocultar su sonrisa de satisfacción.

El joven negó y señaló la gran puerta que había delante de ellos.

—Cuando compré la entrada, solo quedaban allí.

—¡Qué pena! —exclamó la morena, recibiendo un pellizco por parte de su amiga.

—Nos podemos ver en el descanso —indicó Melisa.

—Sí, estaría bien —afirmó Bruno, yendo con ellas hasta las escaleras por donde desaparecieron.

—No sé por qué no te cae bien —comentó Melisa cuando llegaron a sus butacas.

Cho se sentó en una de ellas y se apoyó en la barandilla.

—No me fio de él —dijo sin más.

—No es mal chico...

—Ni bueno —indicó con rapidez, fijándose en que el protagonista de su conversación se acomodaba por debajo de ellas.

Melisa no pudo evitar reírse al escucharla. Se quitó el abrigo, estiró el vestido negro con una gran rosa bordada en la cadera y se acercó hasta el extremo del palco para admirar el teatro.

—Estás muy guapa —la elogió Cho.

—Gracias...

—Lástima lo de las deportivas —añadió, recibiendo un empujón cariñoso.

—Estoy deseando que empiece —comentó, sentándose en la butaca que había libre.

Cho atrapó la mano de su amiga.

—Tu padre se ha lucido esta vez con el regalo.

Asintió sonriente.

—Sabe que me gusta mucho desde... —se calló sin terminar la frase.

La morena apretó su mano con cariño.

—...Desde que Jan te descubrió su música —terminó por ella—. ¿Sabes que es raro que todavía te cueste decir su nombre?

Melisa la miró y negó con la cabeza.

—Eso no es verdad.

Cho elevó su niquelada ceja negra.

—¿Y por qué no lo has dicho ahora?

Esta se agarró las manos, apoyándolas sobre sus piernas, para a continuación sujetar la barandilla. Estaba algo nerviosa y sabía que la culpa no se debía solo a que iba a presenciar la actuación de uno de los violinistas que más le gustaban, sino la conversación que mantenía con su amiga.

—Porque de pronto he pensado en otra cosa...

—Ya, claro —dijo Cho y se giró para buscar su móvil—. A la única que engañas es a ti, Meli.

Esta arrugó el ceño y, tras mirarla, centró su atención en el resto de asistentes que se iban acomodando en sus asientos.

—No me engaño...

La morena de ojos rasgados apagó el teléfono, porque no quería que la molestaran en mitad del concierto, y miró de nuevo a su amiga.

—Es normal que lo echas de menos, Meli.

Suspiró.

—Pero ha pasado tanto tiempo que debería haberlo olvidado —indicó por fin.

Cho le apretó una de las manos para ofrecerle su apoyo.

—La relación que manteníais era muy especial y... eso no se olvida con facilidad.

Meli asintió.

—Lo sé pero duele cuando lo recuerdo.

—Si no doliera, significaría que no fue importante.

Observó a su amiga y le ofreció una triste sonrisa.

—Sabes que eres muy sabia...

Cho movió la mano como si tratara de quitar importancia a sus palabras.

—Mi madre dice que de pequeña tuve que caerme en una marmita llena de galletas chinas.

Su amiga se rio ante su ocurrencia, atrayendo unas pocas miradas de los asientos cercanos.

—¿Como Obélix?

Esta se encogió de hombros justo cuando comenzaban a parpadear las luces, avisando de que estaba a punto de comenzar el espectáculo, cuando algo llamó su atención.

—Jan...

—Sí, Cho, se llamaba Jan. ¿Estás a gusto ya de que lo haya dicho?

La morena negó con la cabeza y miró a su amiga, al mismo tiempo que señalaba con la mano la esquina más alejada de donde se encontraban sentadas.

—No. Mira...

Melisa arrugó el ceño confusa, y siguió la dirección que le indicaba con el dedo.

Cuando por fin centró su mirada en lo que Cho quería que viera, se encontró que sentado en otro de los palcos, junto a dos chicas y un chico que no paraban de hablar, había alguien que le resultaba familiar.

—Se parece pero no puede ser... —musitó sin apenas fuerza.

—Sí, Meli. Sí puede ser.

Melisa se fijó en el joven que estaba sentado de espaldas, mientras sentía como su corazón cambiaba el ritmo de su latido y las manos le temblaban.

Tal vez era alguien que se parecía mucho...

Quizá Cho y ella estaban equivocadas, y no se trataba de él...

Cerró los ojos con fuerza y contó hasta tres como si necesitara buscar las fuerzas que se le habían evaporado en un segundo, y volvió a abrirlos justo cuando el joven que centraba toda su atención, como si sintiera la fuerza de su mirada, se giró hacia ella.

Justo cuando los ojos azules que la habían acompañado durante años coincidieron con los suyos, las luces del teatro se encendieron y apagaron por última vez, y un temblor se produjo bajo sus pies.

—No puede ser...

## Capítulo 7

—Meli...

La rubia pestañeó varias veces y miró a su amiga dándose cuenta de pronto de dónde se encontraba, para ponerse de pie a continuación sin dejar de hablar.

—¿Te ha gustado? A mí me ha encantado. Ha sido increíble... —Posó brevemente los ojos sobre el palco que había acaparado la mayor parte de su atención en ese tiempo, y se encontró con que estaba vacío. Una mezcla de alivio y decepción la invadió, mientras no paraba de mover las manos por su vestido, agarrarse la coleta o atrapar sus manos.

Cho agarró una de estas, deteniendo sus movimientos.

—Respira... Cierra los ojos y respira que te va a dar algo al final.

—No sé por qué lo dices. Estoy bien...

La morena tiró de su mano y la obligó a ocupar de nuevo su asiento.

—Meli no hace falta que disimules. Soy yo, Cho...

Esta fijó sus ojos verdes en los negros y cuando comprendió que no podría engañar a su amiga, expulsó el aire que retenía en su interior.

—Quizá no era él... —dijo sin más, ya que ambas sabían de quién hablaba.

—Quizá... —afirmó, apartándola de la cara un mechón que se le había escapado del recogido.

—Estamos muy lejos y puede que solo se parezca...

—Puede que sea eso. Hay mucha gente que comparte rasgos parecidos —intentó tranquilizarla a sabiendas de que ambas comprendían que no había posibilidad de confusión.

Meli miró de nuevo el palco vacío donde había estado sentado el culpable de su inquietud, y soltó el aire de nuevo de su interior con demasiada fuerza.

—Pero... ¿y si es él? —Buscó a su amiga—. ¿Qué hago?

Cho le apretó la mano que tenía agarrada, tratando de transmitirle su apoyo e indicó sin más:

—Lo saludas.

La rubia se echó hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo.

—Lo ves muy fácil, Cho.

Esta sonrió.

—Y tú muy difícil, amiga. —Le sacó la lengua—. Te acercas a él, le das dos besos y le dices: Hola. ¿Cuánto tiempo?

—Y luego llamas a una grúa para que me recoja del suelo.

Cho se carcajeó. Su amiga ya comenzaba a salir del pozo donde se había caído.

—No seas exagerada. Sois amigos...

—Éramos amigos —la corrigió.

La morena movió la mano en el aire quitándole importancia a ese hecho.

—Nimiedades. El paso del tiempo no puede romper la relación que tuvisteis, Meli. Erais y sois amigos. El problema es que la distancia, la edad y... —Le señaló el lugar donde latía su corazón—. Tus sentimientos os separaron.

Esta arrugó el ceño ante esa última mención.

—No sé qué quieres decir.

Cho le ofreció una sonrisa cómplice.

—Amiga, sí sabes lo que quiero decir. Otra cosa es que hayas cerrado con llave el baúl donde guardabas lo que sentías, tiraras esa llave al río del olvido y no quieras recordar pero...

Meli se tapó los ojos y suspiró.

—¿Qué libro estás leyendo ahora, Cho?

—Uno sobre una princesa y un pirata, ¿por?

Le guiñó un ojo.

—Por ese halo de romanticismo con el que hablas. No sé si te prefiero cuando lees novela negra y ves asesinos por todos los sitios por los que andamos, o ahora, con la novela esa de amor...

Cho golpeó con la lengua contra el paladar, silenciándola.

—Corrección. —Levantó su dedo índice en alto—. No es un libro romántico. Es una historia de fantasía.

Su amiga bufó con fuerza.

—Pues nada. —Elevó sus manos al aire para dejarlas caer de inmediato—. Dentro de nada me dirás que bese a la rana para que se convierta en príncipe.

Cho se rascó la barbilla como si estuviera pensando en lo que le había dicho y de pronto chascó los dedos.

—No, pero ¿y si fuera un pirata?

Meli negó con la cabeza sin poder evitar reírse.

—Sí, un pirata que cruzará esas cortinas. —Señaló la roja tela pesada que separaba el pasillo del palco donde se encontraban—. Para secuestrarme y llevarme en su barco.

En ese momento esas mismas cortinas que ambas miraban comenzaron a moverse, provocando que las dos chicas compartieran miradas cómplices y el corazón de Melisa latiera a velocidad vertiginosa.

—¿Qué hacéis? —preguntó un Bruno despistado, apareciendo por detrás de la tela.

—Ah... Eres tú —señaló con desgana Cho, levantándose de su asiento al mismo tiempo.

—Claro que soy yo. ¿A quién esperabais?

Meli se acercó a él y posó la mano en su brazo.

—A un pirata —dijo y salió al pasillo sin dar más explicaciones.

—¿Sabes si hay palomitas? —preguntó Cho yendo tras su amiga—. Me apetecen mucho y chuches...

—Y chocolate —añadió Melisa divertida.

—Ah... Sí. Chocolate —confirmó, atrapando su brazo y dejándose llevar por la marea de asistentes al concierto que buscaban un refrigerio en el descanso.

—No sé cómo podéis comer esas cosas a estas horas —comentó Bruno caminando tras ellas con cara de pocos amigos.

Cho lo miró por encima del hombro y le sacó la lengua.

—Y yo no sé cómo no puedes tú comerlas. Mira que eres raro, chico.

Meli le dio una palmada en el brazo, tratando de reprenderla por su comentario en cuanto llegaron a la cola que se había formado delante del bar.

—Bruno, ¿tú no quieres nada? —le preguntó en tono conciliador.

Este negó con la cabeza.

—Después de la cena mi estómago no admite nada más.

—Pues tú te lo pierdes —soltó Cho llevándose un buen puñado de palomitas a la boca.

Melisa no pudo evitar reírse al ver a su amiga con la boca llena.

—Con moderación —le aconsejó y pagó la comida que esta había pedido—. Ya estamos en paz —le dijo al mismo tiempo que agarraba el vaso de Coca-Cola, las chokolatinas y una bolsa de chuches.

—¿En paz? —se interesó Bruno.

—El otro día salimos al cine...

—A ver la de *Joker* —explicó Cho.

—Y pagó ella. —Melisa movió la cabeza señalando a su amiga que ya se dirigía hacia el palco que ocupaban.

—Ahh... ¿Y qué tal estuvo?

—¿La peli? —preguntó ella.

—Sí, es que a mí el Joaquin Phoenix no es que me apasione...

Cho se volvió con rapidez en cuanto lo escuchó.

—¿No te gusta? —Negó con la cabeza—. No sabes lo que dices, tío. —Movió la cabeza de lado a lado y se giró sobre sus pies para retomar el camino como si al afirmar eso, no mereciera su atención.

Meli no pudo más que reírse ante la actitud de su amiga.

—¿Qué he dicho? —Bruno la interrogó confuso.

—Acabas de menospreciar a su actor favorito.

Bruno observó la espalda de Cho y devolvió la atención a Meli.

—Pero sobre gustos...

Cho emitió un bufido exagerado en cuanto lo escuchó pero no se volvió a mirarlo.

Melisa se encogió de hombros y le regaló una sonrisa.

—Hay temas que mejor no tocarlos, Bruno.

—Lo tendré en cuenta —señaló resignado—. Pero... ¿a ti también te gusta?

Melisa puso los ojos en blanco y amplió la sonrisa.

—Cuando dice a Lucilla en *Gladiator* que «Arrasaría el mundo entero porque tú me amases». —Suspiró y cerró los ojos—. ¡Vaya momentazo!

—Pero es el malo —argumentó el chico.

—Pero a veces los malos son los más interesantes de la historia —dijo Cho, dándose la vuelta, incorporándose a la conversación cuando estaban cerca de donde se encontraban sus asientos—. Como los piratas...

—¿Piratas? —preguntó Bruno extrañado—. ¿Qué tienen que ver los piratas con la antigua Roma?

—Mucho, Bruno. Mucho... —indicó la morena, moviéndose hacia un lado del pasillo, permitiendo a Melisa ver quién se encontraba delante de ellos.

## Capítulo 8

—Hola, Jan. ¿Cuánto tiempo? —lo saludó Cho en cuanto llegó a su altura.

—Cho... Me alegro de verte. —Le dio dos besos y miró por encima de ella—. Melisa...

—Jan...

Un tenso silencio se asentó entre ellos, esperando a que alguno lo rompiera, pero ninguno sabía cómo hacerlo.

—Bueno... —Cho intervino pasados unos minutos. Observó a su amiga y luego al recién llegado—, creo que voy a sentarme. Bruno... —El mencionado la miró pero no se movió de donde estaba, muy pendiente de Melisa y del joven que acababa de aparecer—. Bruno, ¿vienes conmigo? —insistió subiendo el tono de voz, sin ofrecer opción a réplica.

Este observó de nuevo al recién llegado, con cara de animadversión, para mirar a Melisa a continuación.

—Meli, ¿todo bien?

Ella asintió y posó la mano sobre su brazo para tranquilizarlo. Intercambio que no pasó desapercibido para Jan.

—Sí, todo bien.

Bruno asintió, le quitó de las manos el vaso de refresco junto a las chuches que llevaba, y, aunque reticente, terminó cruzando las cortinas que conducían al palco de las chicas donde lo esperaba Cho.

—Cho sigue siendo de armas tomar —mencionó Jan cuando se quedaron solos.

—Sí, no ha cambiado —comentó Meli cruzándose de brazos.

—Por suerte hay cosas que no cambian —dijo atrayendo su mirada—. Había muchas posibilidades de que pudiéramos coincidir hoy aquí —comentó, dejando patente que todavía se acordaba de sus gustos.

Ella le ofreció una tímida sonrisa.

—Mi padre me ha regalado las entradas.

—Pero hoy no es, ¿no? —comentó—. Si no recuerdo mal es el sábado. Veintiséis ya...

Lo miró sorprendida.

—Sí...

—No me mires así, Meli. —Le guiñó un ojo—. Es normal que recuerde cuándo es tu cumpleaños.

Asintió aunque no estaba muy convencida de ello.

—¿Qué es de tu vida? —le preguntó pasados unos segundos en los que sus miradas solo hablaban.

Un tiempo en el que Meli aprovechó para observarlo con detenimiento, comprobando que los años habían realizado cambios favorecedores en él.

Iba vestido con un vaquero negro y un suéter del mismo color que se le ajustaba a su cuerpo como si fuera una segunda piel. Estaba delgado pero no demasiado, con una ancha espalda y unos brazos musculados que resaltaban por debajo de las mangas, evidenciando que hacía algo de deporte. Las manos las seguía teniendo grandes, con unos dedos largos que siempre habían

llamado su atención ya que al tocar la guitarra desde niño, había provocado que sus falanges se alargaran.

El oscuro pelo lo tenía más largo por la parte de atrás que por delante; peinado hacia el lado derecho dejando que esa onda rebelde que había intentado domar desde pequeño, se moviera con libertad con las ráfagas de aire caliente que soltaban los chorros de la calefacción desde el techo del teatro.

Su mirada azul, como un lago en calma donde los rayos del sol provocan destellos, seguía poniéndola nerviosa.

Siempre había pensado que podía leer dentro de ella cuando la observaba, escondiendo más de lo que mostraba y brillando con un toque travieso cuando una idea se le cruzaba por la cabeza.

Jan se rascó la cabeza y le regaló una sonrisa cómplice que rompió su escrutinio.

La había sorprendido mirándolo, contemplando cada parte de su cuerpo mientras memorizaba esos cambios que llevaban a tener ante ella a una persona diferente, pero que en realidad era la misma.

Esa sonrisa que le mostraba en esos instantes, le aseguraba que era la misma persona.

Su amigo.

—Sigues igual, Meli —le dijo en vez de responder a su pregunta.

—No sé a qué te refieres —se defendió algo molesta, abrazándose a sí misma con más fuerza.

El joven acertó la distancia que los separaba, provocando que esta diera varios pasos hacia atrás hasta que su espalda chocó contra la pared.

Jan le apartó el mechón rebelde que se le había soltado de la coleta y dejó sus ojos prendados en los de ella.

—Has cambiado pero... —Pasó su dedo por la curva de la nariz donde descansaban las pecas. Lo detuvo a escasos centímetros de sus labios por unos segundos, y como si se diera cuenta de lo que iba a hacer, se apartó con rapidez, golpeando su cabeza—. Ahí dentro sigues siendo la misma Meli.

Ella arrugó la boca y se alejó de él. Su cercanía la ponía nerviosa.

—Y después de estos años, lo sabes porque...

Este se encogió de hombros y sonrió.

—Porque sigues siendo tan transparente como cuando tenías seis años, enana.

—No me llames así —le exigió—. Ya no soy esa niña que esperaba paciente a que aparecieras...

Jan se pasó la mano por el cabello y dejó que sus ojos descendieran por su cuerpo.

—No, eso ya lo veo. Pero aunque tu cuerpo ha cambiado, en tu interior sigues siendo la niña que soñaba con tocar el violín.

Meli se mordió el labio inferior al mismo tiempo que sentía como sus mejillas enrojecían.

—Ya no es un sueño.

El joven apoyó un hombro en la pared y se cruzó de brazos sin dejar de observarla.

—¿Tocas el violín? —Movié la cabeza de manera afirmativa—. No sabes cuánto me alegro. Tendré que ir un día a escucharte.

—Cuando quieras —dijo sin pensar. En realidad no esperaba volver a verlo por lo que no dio importancia a su interés.



—Te tomo la palabra —indicó.

Meli asintió y dejó caer los brazos inertes a lo largo de su cuerpo. Ahora se arrepentía de no haberse puesto unos pantalones, ya que echaba mucho de menos los bolsillos que tenían para poder esconder las manos. Se estaba volviendo loca sin saber qué hacer con estas.

—Bueno... Tengo que irme —señaló cuando las luces comenzaron a parpadear.

—Sí. Claro. Ya nos veremos por ahí.

Ella asintió y se acercó a las cortinas por las que desaparecería en dirección a su palco, hasta que la mano de Jan se cernió alrededor de su muñeca deteniéndola.

Melisa observó los dedos que la agarraban, notando como en esa zona en la que sus pieles se rozaban, su temperatura ascendía hasta sentir una quemazón.

Elevó la cara, buscando a su dueño, y los ojos azules la atravesaron.

—Meli, yo...

—Jan, el concierto va a empezar.

—Sí, es solo que...

Ambos se miraron esperando que este terminara lo que fuera a decir, pero era como si no encontrara las palabras adecuadas.

Un nuevo parpadeo de luces y se quedaron a oscuras.

Solos los dos en mitad del pasillo, escuchando el sonido de sus respiraciones.

—Jan...

Este se acercó a su oído y para sorpresa de ella, le confesó:

—Te he echado de menos.

## Capítulo 9

—Que yo lo entienda... —le dijo Cho sentándose en la mesa que ocupaba Meli en el restaurante de los padres de esta.

La rubia no pudo evitar reírse al verla.

—¿Ya estás otra vez?

—Hombre, claro. —Golpeó la mesa con fuerza recibiendo una mirada reprobatoria por parte de su madre, que pasaba en ese momento por al lado de ellas. Cho arrugó la boca y bajó el tono de voz—. No puedes negarme que es raro que de pronto tu amigo...

—Examigo —la corrigió.

Cho suspiró con fuerza.

—Tu examigo —repitió—, al que llevas sin ver desde hace años... nos lo encontremos el pasado martes en un concierto de tu músico favorito. —La señaló con el dedo—. Que te diga que esperaba verte...

—Bueno, eso no fue exactamente así.

Esta puso los ojos en blanco.

—Vale, entonces a qué llamas tú, abro comillas... —Movié los dedos imitando el signo de ortografía—: «Había muchas posibilidades de que pudiéramos coincidir hoy aquí». Cierro comillas —dijo y de nuevo movió sus dedos.

—A que había ido al concierto y pensó que tal vez podría verme —señaló como si fuera lo más lógico.

Cho bufó y se levantó de la silla, no sin antes acercar su cara a la de su amiga para indicarle:

—No hay más ciego que el que no quiere ver.

Meli fue a replicarla, pero esta se lo impidió al alejarse de su lado para seguir ayudando a sus padres.

Negó con la cabeza, se colocó las gafas de montura azul e intentó continuar con la lectura de sus apuntes.

Como cada jueves, a la salida de la escuela de música donde daba clases de violín, terminaba en el restaurante de los padres de Cho para aprovechar el tiempo que tenía libre y así poder estudiar. Su casa se encontraba a bastante distancia del conservatorio y como salía tarde, había decidido que para aprovechar las horas, debía hacer parada allí. Claro que con el beneplácito de los padres de su amiga quienes, sin dudarle, le preparaban una pequeña mesa en una esquina cerca de los servicios.

Era su rincón de estudios particular y, aunque el trasiego de los camareros y comensales podía distraerla, Melisa tenía la facilidad de abstraerse y centrarse en lo que era importante: sus estudios. Una facilidad que ese jueves parecía haber perdido porque en su cabeza no paraba de recrear una y otra vez el encuentro con Jan.

Después de su conversación, si a lo que habían mantenido se podía llamar conversación, había intentado disfrutar del violín de Malikian y, aunque casi lo había logrado, tenía que reconocer que más de una vez se encontró mirando el palco donde su examigo se sentaba.

Sus miradas coincidieron en más de una ocasión y, a pesar de la escasa luz del teatro, pudo

jurar que sintió como la fuerza de sus ojos cristalinos la traspasaban.

Al término del concierto no volvieron a encontrarse, y, para su sorpresa, la desilusión se hizo presa de ella.

No sabía bien la razón por la que quería volver a encontrarlo...

Quizá para borrarle la imagen que se llevaría de ella, de una chica que apenas había pronunciado un par de frases seguidas... o para preguntarle, si lograba hallar el valor que parecía que se había esfumado, que si era verdad lo que le había dicho, que la echaba de menos... y, si era así... saber por qué se había alejado de ella, por qué se había marchado sin un adiós, sin un... mantendremos el contacto.

Había cosas que todavía no comprendía, que no entendía a pesar de haberlas revisado en su cabeza una y otra vez, como si rebobinara un viejo casete, intentando encontrar qué sucedió o si Jan, en todo ese tiempo que compartieron, había dado muestras de que iba a desaparecer de su vida de un día para otro.

—¿Qué haces? —le preguntó de golpe Cho cuando se acercó de nuevo a su mesa.

Melisa saltó encima de la silla por el susto y se llevó una mano al corazón.

—Un día de estos me da un ataque al corazón por tu culpa.

Esta se carcajeó y volvió a ocupar su anterior asiento.

—Mira que eres exagerada.

La otra gruñó.

—Solo en lo referente a ti... amiga —dijo esa última palabra con rencor.

Esta le subió las gafas por el puente de la nariz y le guiñó un ojo.

—Anda, deja de ser una cascarrabias y dime qué hacías.

—Pues qué voy a hacer. —Señaló los papeles que tenía sobre la mesa—. Estudiar.

Cho atrapó el folio que tenía delante, en el que había estado escribiendo hasta hacía unos segundos, y leyó en voz alta.

—Jan, Jan, Jan...

—¿Por qué dices ese nombre ahora? —le preguntó molesta ya que lo que menos necesitaba era que su amiga mencionara al culpable de sus distracciones.

La hija de los dueños del restaurante giró el papel que tenía entre las manos y se lo mostró.

—Porque has escrito su nombre en el folio más de una vez —le explicó, viendo como le arrebatava la hoja con rapidez.

—No puede ser...

Cho se rio.

—Sí puede ser... amiga. —La imitó—. Y no es por nada, pero alguno está enmarcado con un corazoncito. —Melisa sintió como se sonrojaba—. Ahora, amiga, desembucha de una vez y confiesa que desde que lo viste en el concierto, no has parado de pensar en él.

Esta dejó caer la cabeza sobre la mesa, emitiendo un sonido poco femenino.

—Tierra trágame...

Le golpeó la cabeza.

—De eso nada, monada. Antes tienes que hablar.

Melisa elevó levemente la cara y observó la diversión asomando a los negros ojos.

—¿Por qué me haces esto?

Le dio en la punta de la nariz.

—Porque sé lo que te cuesta exteriorizar tus sentimientos, contar lo que te preocupa... En definitiva, hablar de ti. —La señaló con el dedo.

—Y si sabes lo difícil que me resulta, ¿por qué insistes?

—Porque me preocupo por ti. —Le revolvió el cabello que llevaba suelto.

Melisa se incorporó en el asiento y miró a su alrededor.

—Pues tienes una forma muy extraña de preocuparte por mí...

—Anda, cuéntame. —Le apretó la mano con cariño—. Mira que te gusta hacerte de rogar. Esta suspiró.

—Vale, vale... Tienes razón —admitió—. No dejo de pensar en Jan y en lo que ocurrió.

Una enorme sonrisa de suficiencia se instaló en la cara de Cho.

—Lo sabía.

Melisa le golpeó la mano con fuerza.

—¡Cho! Eso no ayuda...

La joven de ojos rasgados levantó las manos en son de paz pero sin retener su risa.

—Perdona, perdona... Ya me pongo seria.

La rubia bufó y comenzó a guardar sus cosas en la mochila.

—Será mejor que me vaya.

—No, no... —Atrapó sus manos, impidiéndola continuar con la tarea—. Meli, lo siento. Cuéntame, anda...

Esta miró los ojos negros donde a pesar de que había rastro de diversión, pudo observar preocupación por ella.

—Es que ahí está el problema, que no sé por dónde empezar.

Cho le acarició la mano que tenía agarrada.

—Por el principio, cariño. Todo tiene un principio...

Melisa pensó en las palabras de su amiga y asintió.

Cuando se da de lo poco que se tiene es cuando se da de verdad.

**Marc Levy,**  
*Ojalá fuera cierto, 2000*

# Capítulo 10

## Ocho años antes

—Felicidades, enana —le dijo Jan dándole un beso en la mejilla.

Melisa se volvió hacia él, sorprendida de verlo allí.

—Jan...

—El mismo. —Se señaló y giró sobre sus pies.

La joven arrugó el ceño y observó lo que les rodeaba.

—¿Qué haces aquí?

Este se paró enfrente de ella y le agarró la mano que llevaba oculta bajo un guante.

—Sorprenderte... ¡Sorpresa! —gritó atrayendo las miradas de las personas que había en la plaza.

Melisa se soltó de su agarre y escondió las manos en los bolsillos de su anorak azul.

—Ha sido... —Se calló buscando la palabra exacta que describiera lo que era estar delante de su amigo en ese instante; ese que llevaba bastante tiempo sin ver—. Una sorpresa.

Jan le mostró esa sonrisa traviesa que hablaba de secretos y con la que terminaba convenciéndola para hacer locuras.

—Venga, vamos... —Intentó atrapar de nuevo su mano, pero se echó hacia atrás, impidiéndoselo.

—No puedo... He quedado. —Oteó entre la gente que había cerca de ellos, buscando a Cho.

—No va a venir.

Melisa lo observó extrañada.

—¿Perdona?

—Cho —indicó—. No va a venir.

—¿Y se puede saber cómo lo sabes? —le preguntó temiéndose la respuesta.

Jan se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros azules y se balanceó sobre los talones.

—Porque me ha hecho el favor...

—Jan, ¿qué quieres decir?

El joven enfrentó su mirada azul con la verde.

—Te echaba de menos, Meli.

El corazón de ella se detuvo por un instante para reanudar sus movimientos siguiendo un ritmo totalmente diferente.

—Pues eso no es lo que parece. —Se cruzó de brazos y le miró con gesto huraño.

—Venga. —Avanzó hacia ella, acortando la distancia que los separaba—. Cómo no voy a echar de menos a mi mejor amiga. —Le golpeó con cariño la punta de la nariz.

—Pues tenías la solución —le soltó sin cambiar el tono de voz—. Acercarte por casa, llamar, mandarme un wasap...

Jan se rascó la cabeza, donde descansaba su eterno gorro de lana, y le regaló una sonrisa

ladeada.

—Vale, estás en tu derecho de enfadarte pero... —Tiró con fuerza de sus brazos, hasta atrapar sus manos—. No hoy, enana. Hoy es tu cumpleaños y qué mejor que pasarlo con tu mejor amigo.

Melisa sonrió levemente.

—Se me ocurren mejores maneras de hacerlo...

Él se rio.

—Nunca has sabido mentir, enana. —Comenzó a andar, obligándola a seguirlo.

—Quizá he perfeccionado la técnica —dijo olvidándose con rapidez de que debía seguir enfadada. Pero nunca lo había conseguido. Se le esfumaba de entre los dedos como el vapor de agua, y Jan lo sabía.

La miró por encima del hombro.

—Pues vas a tener que seguir practicando...

Le golpeó la espalda, recibiendo una carcajada como respuesta.

—No te burles de mí. —Jan se detuvo de golpe, provocando que esta chocara contra él—. Oye, avisa... —se quejó pero cuando sus miradas se encontraron, cuando los ojos azules se prendieron de los verdes y sus respiraciones se enlazaron, las palabras se le atascaron en la garganta.

El joven posó la mano en su mejilla y, aunque hacía un frío helador, Melisa sintió como subía la temperatura en esa zona donde mantenían el contacto.

—Nunca me burlaría de ti... Lo sabes, ¿verdad? —Ella tragó como pudo y movió la cabeza de manera afirmativa.

Este asintió también, conforme con su respuesta, llevó uno de sus mechones rubios hasta detrás de la oreja, y continuó andando sin soltarla de la mano.

Melisa arrugó el ceño confusa por lo que acababa de suceder, y, sin querer, emocionada ante una posibilidad que nacía en el horizonte desde hacía tiempo, mucho tiempo... No quería ilusionarse, no quería abrigar esperanzas pero en su mente nació la tonta idea de que quizá... solo quizá... esa noche podría ser diferente.

—¿Adónde vamos? —le preguntó cuando vio que se acercaban hasta la moto de Jan.

Este se detuvo ante el vehículo de dos ruedas y le ofreció uno de los cascos.

—Es una sorpresa, enana.

—Eso ya lo has dicho... —se quejó al ver que no conseguía más información.

Jan se rio, le abrochó la correa del casco y golpeó el asiento de la moto, invitándola a montar.

—Creía que te gustaban las sorpresas —la picó, acomodándose delante de ella, obligándola a abrazarlo.

Meli fue a añadir algo más, pero el ruido del motor se lo impidió, por lo que terminó por abrazarlo con fuerza y se dejó llevar.



—¿Cómo lo has conseguido? —lo interrogó sin dejar de mirar todo lo que les rodeaba.

—Ya te lo he dicho. Un amigo me debía un favor...

—Un favor muy grande, Jan. —Giró sobre sus pies sin perder detalle de por dónde pasaban.

Este atrapó su mano y tiró de ella hacia las puertas blancas que había al fondo de la estancia, pasando cerca de las vitrinas de diferentes tamaños donde descansaba una gran variedad de minerales, réplicas de satélites o representaciones del espacio exterior.

—Vamos que lo mejor está por llegar —le dijo animándola a aumentar el paso.

Lo miró sorprendida.

—¿Pero hay más?

Este le guiñó un ojo cómplice.

—Ya lo verás. —Abrió una de las puertas y la invitó a pasar antes que él—. *Milady*...

Ella se rio nerviosa.

—¿Qué es lo que tramas?

—Ahora lo verás...

Meli negó con la cabeza e hizo lo que le pedía.

Traspasó la puerta y se encontró en una sala semicircular con asientos tapizados en una tela azul oscuro.

—¿Y esto?

—Sentémonos —la animó y la llevó de la mano hasta la mitad de la sala.

—Jan... ¿qué has hecho?

Posó la mano en su barbilla y la obligó a observar el techo.

—Calla y mira.

Meli arrugó el ceño ante la orden.

Fue a decir algo más pero su acompañante llevó con rapidez el dedo índice hasta su boca, y siseó.

—Si me haces caso, no te arrepentirás —le indicó justo cuando la luz se apagaba.

—Jan...

Este siseó otra vez y le agarró la mano que tenía más cerca.

—Espera...

Y ella esperó... Nerviosa, sintiendo el latido de su corazón en la garganta, notando como la sangre circulaba con demasiada rapidez por sus venas y su respiración se aceleraba. Esperó impaciente y expectante por lo que estaba a punto de ocurrir, por la sorpresa... pero sobre todo por tener cerca a su amigo... a Jan...

Cerró los ojos brevemente, intentando tranquilizarse, cuando sintió como los dedos masculinos le acariciaban la muñeca, alterándola todavía más.

—Jan... yo...

Este siseó acallándola.

—Empieza ya. —Señaló el techo con la cabeza.

Meli parpadeó confusa y miró lo que le indicaba.

Un gran destello iluminó la pared, seguido de una cadena de luces parpadeantes que se fueron sucediendo hasta que la luna apareció ante sus ojos.

—Eso es...

—Nuestra cita en la luna, enana —le explicó—. Te debía unas cuantas...

—Bastantes —le cortó sin poder evitarlo.



Jan le apretó la mano y buscó sus ojos.

—Siento haber roto nuestra promesa... —confesó y observó la redonda luna que los espiaba desde el techo, para a continuación mostrar las distintas fases por las que pasaba a lo largo de un mes.

—Bueno... —Sonrió con timidez—. Siempre nos quedará la luna. —Intentó quitar importancia al asunto, el mismo que la había atormentado al ver como su amigo se distanciaba cada vez más hasta casi desaparecer de su vida.

Había pasado por distintas fases, al igual que la luna, cuando faltó a la primera de sus citas.

Se había enfadado, se había preocupado, se había entristecido hasta tratar de olvidarlo, pero lo que los unía era más fuerte de lo que ellos podían comprender. Muchos años de amistad que comenzaban a diluirse hasta convertirse en un sentimiento que ninguno de los dos comprendía.

—No, enana —la contradijo—. He sido un cretino. Eres la única persona que siempre ha estado a mi lado...

—Porque eres muy pesado —le soltó provocando que naciera una sonrisa en su rostro.

Jan besó su mano sin despegar los ojos de los de ella.

—Siento no estar a tu lado cuando me necesitas o... cuando no me necesitas... Compartir tiempo contigo, nuestras citas... Meli, yo...

Ella siseó acallándolo.

—No pasa nada. Aunque seas un cretino... —Achicó los ojos al repetir el mismo calificativo que él había usado, arrancándole una sonrisa—. Siempre regresas.

—Porque es muy fácil hacerlo contigo, Meli —le confesó—. Son muchos los años que llevamos juntos. Me comprendes como nadie y sé que siempre estarás ahí.

—Soy una chica facilona...

Este chascó la lengua contra el paladar al escucharla y atrapó su cara con ambas manos.

—Eres mi amiga. Lo más importante que tengo y que necesito ahora mismo.

—Jan, ¿qué sucede? —le preguntó preocupada ante sus palabras.

Negó con la cabeza y apoyó su frente en la de ella.

El silencio los envolvió mientras las imágenes del techo se sucedían.

Meli fijó sus ojos en los azules.

Jan observó con intensidad su mirada.

Sus respiraciones se entrelazaron.

El latido de sus corazones se acompasó, unidos, como si estuvieran siguiendo una melodía creada solo para ellos.

Él descendió su mirada hasta los labios, esos que se entreabrieron en una muda invitación, y, para sorpresa de ambos, sus bocas se unieron en una caricia que les arrancó un delicioso gemido.

La luna, siempre la luna, fue testigo de su primer beso.

El tiempo cura todas las heridas, aunque nos deje algunas cicatrices.

**Marc Levy,**  
*Ojalá fuera cierto, 2000*

# Capítulo 11

## En la actualidad

—¿Qué?! —gritó Cho atrayendo las miradas de las personas que había sentadas en las mesas cercanas, degustando sus cenas.

—Cho... —la llamó la atención su madre desde la distancia.

Esta la miró con gesto avergonzado al mismo tiempo que sus mejillas adquirían una tonalidad rosácea.

Meli se rio pero un gesto de su amiga, provocó que su diversión se esfumara.

Cho apoyó los brazos en la mesa, echó medio cuerpo por encima de la mesa y la interrogó:

—¿Me estás diciendo que hace ocho años te besaste con Jan? —La rubia asintió—. ¿Con Jan? —Meli movió de nuevo la cabeza de manera afirmativa—. ¿Con Jan?

—Cho...

—Vale, vale... Perdona. —Se pasó la mano por su negro cabello varias veces sin apartar los ojos de su amiga—. Es que todavía no doy crédito...

Ella sonrió débilmente.

—¿A que me besara?

Cho movió la cabeza de manera exagerada.

—Por Dios, Meli, era Jan. ¿Cómo no me lo contaste?

Se encogió de hombros.

—Porque no era importante...

Cho atrapó su mano, atrayendo su mirada.

—La verdad, Meli —le exigió sin darle opción a huir.

Esta soltó el aire que retenía de su interior y ojeó el restaurante como si buscara una salida de emergencia. En verdad eso era lo que necesitaba en ese momento, y su amiga lo sabía, por eso esperaba paciente a que le explicara lo que sucedía... sin soltar su mano.

—Porque al día siguiente desapareció —confesó al fin.

La morena se echó hacia atrás, como si acabara de recibir una bofetada.

—Ahora lo entiendo.

Meli hizo un puchero con la boca.

—Se fue, Cho.

—E hiciste como si no hubiera ocurrido nada —explicó por ella.

Esta asintió y sintió como una pequeña lágrima se escapaba de sus ojos.

—Era lo más fácil —aclaró resignada.

Cho le limpió la cara con cariño.

—Pero podrías habérmelo contado, podrías...

Meli apretó su mano y buscó sus negros ojos.

—Si te lo hubiera contado, habría sabido que fue verdad y de esta manera... Solo fue un sueño. Un dulce y triste sueño.

La morena observó la cara de su amiga, esa en la que se reflejaba cada uno de los sentimientos que cruzaba por su corazón.

—Y ahora ha vuelto...

—Ha vuelto —repitió casi sin voz.

—¿Y sigues enamorada de él?

Meli arrugó el ceño y negó con rapidez.

—Yo no estoy enamorada de Jan.

Cho le ofreció una sonrisa de suficiencia.

—Meli...

—No, no... —Comenzó a recoger todas sus cosas sin cuidado y se levantó de la silla en cuanto lo hizo—. Me tengo que ir.

—Meli, venga... No te vayas —le rogó—. Es muy tarde. Espera a que cerremos y mis padres te acercarán hasta tu casa.

Esta negó con la cabeza, se puso el abrigo azul sobre el jersey del mismo color, pero un poco más claro, se colocó la mochila a la espalda y agarró su violín.

—No. Será mejor que me vaya ya.

Cho se levantó y se acercó a ella.

—No te enfades.

—No lo estoy —mintió y ambas lo sabían—. De verdad que tengo que irme. Mi padre estará preocupado.

La morena asintió reticente.

—Está bien, pero mándame un mensaje en cuanto llegues.

Movió la cabeza de manera afirmativa y, sin despedirse de su amiga con los dos besos que le daba siempre, se marchó.

Cho no pudo más que sonreír mientras se acercaba a la barra del bar.

—¿Y esa cara? Parece como si acabaras de comerte tu postre favorito —se interesó su madre al mismo tiempo que le pasaba un cuenco con una sopa oriental y otro con ramen de pollo.

—Es todavía mejor.

La mujer incrédula elevó sus cejas.

—¿Mejor que un pastel de merengue?

Asintió.

—Tienes una hija muy lista —comentó y le guiñó un ojo.

Su madre suspiró, negó con la cabeza, y lejos de pedirle que le aclarara qué quería decir con eso, le señaló la comida que tenía entre las manos y los clientes que había tras ella:

—Pues como tengo una hija muy lista, lleva estos platos a la mesa dos.

Cho tensó la mandíbula e hizo lo que le pedía sin discutir.

## Capítulo 12

—Melisa...

Esta se giró en cuanto escuchó su nombre.

—Jan...

El joven, que vestía una chaqueta de cuero negra por encima de un jersey de cuello alto del mismo tono y un vaquero azul oscuro, avanzó hasta situarse cerca de ella, deteniéndose debajo del foco de luz que ofrecía una de las farolas de la acera.

Tenía que reconocer que lo había echado en falta... Esa sonrisa, su mirada... su olor a tierra mojada...

—¿Te marchas ya?

—Es tarde... —le indicó de forma escueta e incluso con una pizca de bordería. No terminaba de sentirse a gusto con los sentimientos que regresaban a ella, después del tiempo que habían pasado distanciados.

Este miró la puerta del restaurante, como si estuviera decidiendo qué hacer, y la volvió a mirar a ella. Se rascó la cabeza por encima del gorro de lana negro, y de pronto tomó una decisión:

—Te acompaño.

No fue una pregunta sino una afirmación que con rapidez trató de rechazar:

—No, no hace falta...

Jan se puso a su altura y movió la mano derecha animándola a caminar.

—Vamos, Meli... Hace mucho frío y si nos quedamos quietos discutiendo... —Se calló por unos segundos dejando claro que conocía muy bien la intención de ella—... Nos helaremos.

La joven tuvo la tentación de no moverse del sitio, de regresar al restaurante de los padres de Cho y aceptar la proposición de su amiga, pero, al enfrentar la mirada retadora de Jan, un estremecimiento la atravesó. No quería darle el gusto de darle la razón, de que en todos estos años, ella no había cambiado un ápice...

No. No quería que creyera que sabía cómo era... aunque fuera verdad.

—Está bien —cedió, agarró con fuerza el asa del estuche del violín, tensó la mandíbula y comenzó a caminar con la vista al frente, sin esperar a que la siguiera.

Jan observó su espalda bien recta y no pudo más que sonreír ante su actitud. «Esto va a ser divertido», se dijo a sí mismo y se puso en movimiento.



—¿Vas a seguir sin dirigirme la palabra? —Jan le preguntó rompiendo el silencio que habían compartido hasta entonces.

Llevaban ya más de la mitad del camino andado, un recorrido que habían hecho sin hablar, sin mirarse... pero siendo muy conscientes de su cercanía. Uno al lado del otro, y, aunque mantenían las distancias, cada poco se veían atraídos como los polos opuestos de un imán.

La electricidad que generaban sus cuerpos provocaba que sus manos, las únicas que se acercaban lo suficiente para rozarse, se enlazaran por hilos invisibles que desencadenaban pequeños escalofríos que los recorrían de arriba abajo.

Buscaban ignorarse, por lo menos Melisa era lo que pretendía, Jan... Jan nadaba en un mar de confusión, lejos del propósito que se había autoimpuesto con motivo de su regreso.

Cada uno en su mundo, y los dos con la mente en el otro. Inmersos en sus propios pensamientos pero muy conscientes de la persona que había a su lado.

Meli soltó el aire que retenía de su interior al escucharlo y, sin previo aviso, se detuvo. Fijó sus ojos verdes en los azules y lo interrogó con tono brusco:

—¿Por qué estás aquí?

—Para acompañarte...

Ella gruñó ante su respuesta, se subió la cremallera de la cazadora hasta arriba con escasa delicadeza y reanudó la marcha a paso ligero.

Jan, que tardó en reaccionar, negó con la cabeza resignado y salió corriendo tras su amiga. Atrapó su muñeca, para intentar detenerla, pero no lo logró.

—Meli, espera...

—Hace mucho frío —le indicó enfadada.

—Melisa... —rogó a media voz, colocándose delante de ella, obligándola, esta vez sí, a detenerse.

Esta gruñó de nuevo al verse acorralada.

Se movió a la derecha, y Jan la siguió.

Cambió con rapidez de dirección, pero se lo encontró otra vez de frente, impidiéndola conseguir su objetivo.

—No hay tiempo para discutir. Nos vamos a helar —repitió la misma excusa que él le había dado cerca del restaurante.

Jan elevó la comisura de sus labios y se cruzó de brazos.

—¿No querías hablar?

—Pero tú no —lo acusó.

—Ja...

Meli arrugó el ceño.

—¿Cómo que «Ja»? ¿Qué quieres decir?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez sí quiero hablar y seas tú la que huyes...

Esta arrugó el entrecejo.

—¿De verdad me estás diciendo eso? —Lo miró de arriba abajo sin dar crédito a sus palabras—. He sido yo la que ha comenzado esta conversación... —Se calló de repente—. Si se puede llamar así... —Se apartó el cabello de la cara de malos modos y gritó—: Aghh... —Elevó las manos al aire y las dejó caer, golpeándose con el estuche del violín en la pierna, que le arrancó un gesto de dolor que a Jan no le pasó desapercibido—. Mira... no tengo ni tiempo ni ganas de juegos... —Se movió hacia la derecha y logró reanudar su camino.

Jan se movió con rapidez y le agarró la mano con la que sujetaba el instrumento de música.

—Déjame que lo lleve...

Meli miró sus manos unidas y elevó su rostro.

—No hace falta... —dijo reteniendo su malhumor.

—Melisa, venga. Estoy con la bandera blanca ondeando delante de tus narices y no la ves ni con las gafas —comentó con una media sonrisa.

Observó su cara y al final suspiró rendida.

—Está bien. —Le pasó el estuche negro—. Pero ten cuidado.

Jan se pegó el violín al cuerpo y le guiñó un ojo.

—Lo protegeré con mi vida, enana.

Meli lo empujó y se rio, rompiendo la tensión que los envolvía.

—No seas exagerado.

—Siempre... y más cuando sé lo importante que es para ti. —Movi6 la cabeza hacia el instrumento.

Le regal6 una sonrisa comedida.

—Gracias.

Jan asintió y comenzaron a andar de nuevo... en silencio.

—Ya lo sabes... —el joven retom6 la conversaci6n anterior cuando les quedaban un par de calles para llegar a su destino.

Lo mir6 sin comprender.

—¿El qu6 s6?

—Por qu6 estoy aqu6...

Neg6 con la cabeza y se baj6 un poco la cremallera de la cazadora. Era como si de repente llevara una calefacci6n incorporada y todo el fr6o que hab6a en el ambiente, hubiera desaparecido.

—Jan, si no hablas claro, no te entiendo —le indic6.

Este se detuvo sin previo aviso.

Meli no se dio cuenta de ello hasta haber caminado varios metros sola.

Se volvi6 hacia 6l y lo mir6 a la cara, esperando a que hablara.

—Te he echado de menos... —anunci6 a los pocos segundos, repitiendo lo mismo que le hab6a dicho en el teatro.

Un temblor la recorri6...

Se cruz6 de brazos y sinti6 que el coraz6n le lat6a de manera descontrolada.

Le costaba respirar...

Era como si, de repente, el aire hubiera dejado de circular entre ellos, y sus pulmones buscaran ag6nicos el ox6geno que les faltaba.

Se llev6 una mano al est6mago, se dobl6 sobre s6 misma y cerr6 los ojos mientras enumeraba con rapidez una lista de palabras que en apariencia no ten6an ning6n sentido entre s6:

—Fr6o, lluvia, 6rbol, tierra, luz, calor, azul, sonrisa...

—¡Meli! —grit6 su nombre mientras corri6 hacia ella—. ¿Est6s bien? Melisa, dime que est6s bien... Meli...

Esta levant6 una de sus manos pidi6ndole tiempo y se quit6 la mochila.

Jan asintió pero no se separ6 de su lado, dudando qu6 hacer... impotente de verla sufrir de esa manera, sin poder ayudarla hasta que, inconscientemente, llev6 su mano hasta su espalda, donde reposaba el rubio cabello, y comenz6 acariciarla con lentitud, siguiendo un ritmo constante, tratando que la respiraci6n de la joven se acompasara a sus movimientos.

Sus dedos se enredaron entre los largos mechones, recordando su suavidad, su olor... a

flores, y, por un segundo, un solo segundo, estuvo a punto de retirar su mano, alejarse de su contacto pero Meli se movió levemente, instándole a que continuara con sus movimientos, y no tuvo ninguna duda de lo que debía hacer... debía seguir a su lado.

Pasaron unos minutos en los que lo único que se escuchaba era la voz de Meli que iba perdiendo velocidad hasta casi perderse en el espacio. Ni un coche circuló por donde se encontraban, ni un ruido se oyó de fondo como si el universo esperara paciente a que ella se recuperara.

—¿Mejor? —le preguntó cuando comprobó que se callaba.

Ella asintió y se incorporó con lentitud.

—Mejor. Gracias...

Jan se separó de su lado, escondiendo la mano con la que le había acariciado en el bolsillo de su chaqueta.

—No debes darlas...

Movió la cabeza de manera afirmativa de nuevo y, sin decir nada más, se dirigió hacia su casa.

El joven la siguió en silencio, esperando que ella diera el siguiente paso.



No tardaron en llegar.

Las luces del comedor estaban encendidas por lo que Meli intuyó que su padre se habría quedado dormido delante del televisor. Cada vez le sucedía más a menudo y, aunque le insistía en que debía acostarse en la cama porque su espalda se resentía al día siguiente, e incluso le había propuesto comprar otra tele para que pudiera seguir sus programas favoritos desde su dormitorio, este se negaba con rotundidad. Insistía en la idea de que si cedían a ese capricho, apenas pasarían tiempo juntos, en familia.

Subió las dos escaleras que separaban la casa de la acera y se volvió hacia Jan.

—Gracias, otra vez...

Este negó con la cabeza y le dio el violín.

—Ya te he dicho que no hace falta que me lo agradezcas... —Meli asintió y se volvió con intención de entrar en su casa—. Pensé que ya no tenías ataques de ansiedad...

Ella lo miró de nuevo y se encogió de hombros, sonriendo con pesar.

—He aprendido a controlarlos y aparecen menos.

—¿Y te duran tanto? —preguntó haciendo referencia al que había sucedido minutos antes.

—Ese no ha sido de los peores... De hecho... —Calló pensando si seguir hablando—. Gracias a ti no ha sido tan malo.

La observó sorprendido.

—¿A mí?

Meli asintió.

—Siempre has tenido magia en tus manos... —confesó sintiendo como sus mejillas se sonrojaban—. Como cuando tocabas la guitarra —añadió con rapidez intentando quitar importancia a sus palabras.



—Meli, yo...

Esta levantó la mano, silenciándolo.

—Sé que debemos hablar... —Se apartó el cabello de la cara y le ofreció una sonrisa amistosa—. Que ambos nos merecemos una explicación. Tú quieres contarla y yo escucharla pero... —Buscó sus ojos azules—. Hoy no...

Jan movió la cabeza de manera afirmativa aunque de manera excesivamente lenta.

—Está bien... Hoy no.

—Si sigues por aquí... —dijo sintiendo como le temblaba la voz—, ya hablaremos.

Este ascendió los escalones hasta estar frente a ella.

—Meli no me voy a ningún sitio —le prometió.

—Está bien —indicó, sintiendo como una llama de esperanza nacía en su corazón—. Pues nos debemos una conversación.

—Es una promesa.

—Una promesa... —repitió Meli algo más insegura que él.

# Capítulo 13

## Melisa

Respira, respira...

Debes respirar.

No es difícil.

Recuerda que se marchó, se fue...

Rompió sus promesas...

Te dejó...

Y tú ya lo has olvidado... Lo olvidaste...

A tu amigo, tu confidente, tu cómplice, tu... primer amor.

No, no, no...

Solo quiere hablar... pues hablaremos y después...

Después se acabó.

# Capítulo 14

## Jan

Venga, has vuelto porque la echabas de menos.

Tienes que contarle todo.

Habías tomado una decisión y ya no hay vuelta atrás.

Es ella... Meli...

Tu amiga, tu confidente, tu cómplice, tu... primer y único amor.

Debes hablar con ella y luego...

Luego el futuro está por escribir.

¿No te he enseñado que la peor mentira es mentirse a uno mismo?

**Marc Levy,**  
*Ojalá fuera cierto, 2000*

## Capítulo 15

Jan abrió la puerta de la casa de su madre con cuidado de no hacer ruido. Sin encender las luces, la cerró tras él y se aventuró a oscuras por el pasillo que conducía hasta las escaleras que lo llevarían hasta su dormitorio.

En su cara había una sonrisa perenne, que reflejaba lo ilusionado que se encontraba por haber podido compartir un poco de tiempo con Meli.

No había podido hablarle de lo que él quería, de su marcha, los motivos que le habían llevado a alejarse de allí, de su lado... pero la promesa que le había hecho, al asegurarle que lo escucharía, era más que suficiente para que se hubiera marchado a casa ilusionado.

Albergaba la esperanza de que Meli quisiera retomar su relación, ser amigos y... quizá, podría haber un futuro entre ellos más allá de la amistad.

Fue a subir las escaleras cuando el sonido de la televisión desde el salón captó su atención. Se acercó con sigilo hasta la estancia y se encontró la misma imagen de la que se había alejado hacía ya ocho años.

La luz parpadeante de la pequeña pantalla, donde se transmitía una telenovela muy antigua, ofrecía la claridad suficiente para ver que su madre se había dormido en el sofá. En una mano agarraba todavía una botella casi vacía de alcohol y sobre la mesa que había enfrente de ella, descansaban otras dos más.

Jan le quitó la que ella aferraba con fuerza, provocando que se quejara entre sueños, y la dejó en la mesa. La tapó con una manta de cuadros que había sobre una de las sillas, para evitar que cogiera frío y, tras apagar la televisión, recogió todas las botellas para llevarlas a la cocina.

Las tiró en el cubo de basura junto a otras que asomaban por la bolsa, recogió los platos que había sobre la encimera con restos de comida y, cuando acabó de adecentar más o menos la estancia, golpeó inconscientemente la mesa de madera en la que había desayunado y comido desde niño. Respiró varias veces seguidas y, cuando sintió que se tranquilizaba, se fue a su cuarto.

## Capítulo 16

—Diga...

—Cho, soy yo. ¿Estabas dormida?

La joven morena se apartó el móvil de la oreja y miró la hora que mostraba la pantalla.

—Meli... —dijo confusa.

—Sí, soy yo.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien? —le preguntó mientras se restregaba los ojos con el brazo.

—Sí, sí... Tranquila. Todo bien.

—Entonces ¿por qué me llamas? No sé si sabrás pero son las cuatro de la mañana. —El silencio se asentó por la línea telefónica—. ¿Melisa? ¿Estás ahí?

—Sí, perdona... —se excusó de manera atropellada—. No sabía la hora que era y... Nada. Será mejor que te deje dormir...

—Meli, para un segundo.

—No, no... Lo siento. Cuelgo y ya mañana hablamos...

—¡Melisa! —gritó su nombre y se incorporó en el colchón con rapidez, al mismo tiempo que su amiga se callaba—. Un segundo, por favor.

—Sí, perdona —se disculpó de nuevo y esperó.

Cho salió de la cama, se acercó hasta la puerta de su habitación y miró a ambos lados del pasillo para comprobar que sus padres seguían dormidos. Esperó unos segundos en los que solo escuchó los ronquidos de su padre, para cerrarla tras ella a continuación.

—Vale, ya podemos hablar —le indicó encendiendo la luz de la lamparita que tenía en su escritorio.

—No, no te preocupes... Entiendo que es muy tarde y tienes que descansar y...

—Meli... —la llamó alargando la última vocal—, ya estoy despierta. Habla de una vez —le ordenó dejándose caer sobre la silla.

—He estado con Jan —soltó de golpe.

Cho sonrió a sabiendas de que su amiga no podía verle la cara.

—Y...

—Y nada —dijo sin más.

—¿Cómo que nada? —le preguntó de forma brusca, irguiéndose todo lo grande que era en la silla—. Habréis hablado, te habrá contado por qué se marchó, por qué ha vuelto... Algo, Melisa. Algo.

Esta tensó la mandíbula y apartó las cortinas de la ventana de su dormitorio para ver la luna.

—Nada. No he podido... —confesó—. Él ha empezado a hablar, quería explicarme pero... —Soltó el aire de su interior provocando que el cristal se empañara—. He tenido un ataque...

—¿Estás bien? —la interrogó preocupada.

—Sí, sí... Tranquila. Gracias a Jan, he conseguido regresar pronto.

—Jan siempre te ha sentado bien —comentó dejándose caer una vez más contra el respaldo de la silla, subiendo las piernas encima del asiento para darse impulso con las manos y así empezar a girar.

—Sí... —convino a media voz, dejando que su dedo índice dibujara sobre el cristal empañado.

—Meli, una cosa es que se marchara de... —Dudó por un segundo—. De esa manera, y otra muy diferente que no olvides que era tu amigo, la persona que mejor te conocía.

—Y tú —afirmó de inmediato.

Cho sonrió, agradecida de que la tuviera en cuenta aun sabiendo que Jan suponía para Meli, mucho más de lo que las unía a ellas.

—No voy a discutir eso... —Se rio.

—No lo hagas porque ya sabes que eres parte importante de mi vida. Si no hubiera sido por ti...

—Cuando Jan se marchó, a todos nos pilló por sorpresa.

—No me dijo nada, Cho. Se fue sin más... —indicó.

La joven asintió, dándose cuenta de que por fin, desde que su amiga la había despertado, llegaban a lo que le preocupaba.

—Lo sé, cariño. Sé que fue muy duro...

—Era mi amigo, quien me escuchaba cuando algo me preocupaba, cuando necesitaba desahogarme... Era mi amigo —repitió bajando el tono de voz.

—Era más que eso, Meli, y por eso te dolió tanto su partida —le soltó con temor a su reacción.

La rubia observó lo que había dibujado en la ventana y leyó el nombre del chico que ocupaba sus pensamientos cada día, ya no desde que se había presentado en el teatro después de ocho años. No... Por desgracia desde que el destino les había juntado, llevándolos por los mismo caminos, haciéndolos amigos... Manejando los hilos invisibles que nacían de ellos, primero como la amistad que los dos necesitaban, para transformarla en otra cosa a la que no querían ponerle nombre.

—Debía de estar acostumbrada...

Cho puso los ojos en blanco al comprobar que no decía nada sobre lo que le había comentado.

—¿A qué?

—A que rompiera sus promesas —aclaró—. Poco a poco todo lo que me prometía fue rompiéndolo... Nuestras citas, nuestros encuentros, que siempre sería mi amigo...

—La vida es muy larga y, aunque no queramos desilusionar a la gente, a nuestros seres más queridos, las circunstancias con las que nos vamos encontrando a veces nos obligan a hacerlo... En nuestra mano está comprenderlo y saber perdonar.

Meli, que escuchaba con atención a su amiga, observó la pulsera que asomaba por debajo de la manga del pijama. Tiró de los cordones de diferente color y leyó en voz alta lo que en las placas ponía:

—Tú conmigo. Yo contigo.

—¿Qué? —preguntó Cho confusa.

—Nada, nada... —Negó con la cabeza sin darse cuenta de que no la veía—. Son cosas mías...

—Meli, debes hablar con Jan. Seguro que tiene una buena explicación para haber hecho lo que hizo —insistió.

Esta suspiró y se sentó sobre la cama de golpe, provocando que algunos de los cojines que había sobre ella, cayeran al suelo.

—No sé...

—Prométeme que por lo menos te lo pensarás —le exigió—. Escuchar no puede ser malo.

—Vale, te prometo que lo pensaré aunque... Cho...

—Dime.

—Tengo miedo —confesó.

—¿A qué?

Meli se dejó caer hacia atrás y observó las miles de lucecitas que parpadeaban en el techo, simulando un cielo estrellado, junto a las cadenas de cordel que cruzaban la habitación y de las que colgaban fotos de su familia, de ella con Cho y una junto a Jan. A veces se preguntaba por qué no se había deshecho de esa polaroid.

—A que una vez que vuelva a abrirle la puerta, se vaya de nuevo.

Cho se levantó de la silla y se sentó en su cama.

—Si algo queremos, debemos arriesgarnos.

—Pero yo no sé si es lo que quiero —indicó.

La joven de ojos rasgados también se dejó caer boca arriba sobre el colchón.

—Meli, eres mi amiga y te quiero, pero a veces no ves la realidad, tu propia realidad, hasta que te golpea bien fuerte en las narices.

La rubia se acarició la parte del cuerpo que esta había mencionado, como si acabara de sentir ese golpe que mencionaba.

—Para eso te tengo a ti, para abrirme los ojos.

Cho se rio.

—Pues, cariño, o espabilas o te espabilo —la amenazó divertida, consiguiendo arrancarle una carcajada pareja a la suya.

—Te quiero —le dijo feliz.

—Y yo a ti pero ahora cuelga que mañana tengo que acercarme a la uni y luego mi madre quiere que haga no sé qué... Y mira las horas que son ya... Mañana seré la zombi Cho.

Meli se rio de nuevo.

—Ay Cho... Lo siento de verdad. No debí despertarte. No debí...

—Soy tu amiga —la cortó—. Estoy para eso... Aguanto tus paranoias, tus preocupaciones y tus alegrías. En lo bueno y en lo malo...

—A horas intempestivas —añadió ella.

—Nunca mejor dicho y ahora...

—Ya te dejo —la cortó.

—Sí, pero si necesitas algo, si sigues dándole vueltas a cualquier cosa... Melisa, a cualquier cosa...

—Sí —aceptó.

—Me llamas.

—Gracias...

—Dilo en voz alta —la exigió.

Meli sonrió e hizo lo que le pedía:

—Te llamo.



## Capítulo 17

—¿Vamos a ver la luna, enana? —le preguntó Jan muy cerca de ella.

Esta se giró sorprendida por verlo allí.

—¿Qué haces aquí?

Le guiñó un ojo y le señaló la guitarra que colgaba de uno de sus hombros.

—He venido a practicar.

—¡¿Aquí?!

Jan se rio al escucharla.

—Me alegro de que te guste la idea.

—No, no... perdona. Es que ha sido toda una sorpresa.

Posó la mano en su brazo de manera inconsciente y Jan observó como sus dedos se afianzaban a él. Era la primera vez que Meli lo tocaba de manera voluntaria, y sintió como su corazón daba un salto de alegría. Solo faltaba que en su cabeza comenzara a sonar la canción de *Happy* de Pharrel Williams y sus pies empezaran a moverse sin control.

—Meli, perdona... —la reclamó el mismo chico con el que la había visto en el concierto, provocando que ella rompiera el contacto.

—Hola, Bruno. Dime...

El recién llegado, más alto que Jan, lo miró con cara de pocos amigos, algo que extrañó al guitarrista, y se volcó en la joven.

—Jerry, el profesor de piano, quiere revisar las partituras... —Le mostró los papeles que llevaba entre las manos.

—¿Ahora? —preguntó desilusionada, mirando brevemente a Jan.

Bruno asintió.

—Ahora... Siempre que no estés ocupada —indicó y observó con aire altivo a Jan.

—Pues...

—No, no... Está bien —la tranquilizó—. Vete. Yo tengo que practicar...

—¿Estás seguro?

—Seguro. No pasa nada —insistió—. Buscaré la sala que me han asignado. —Miró el móvil por un segundo—. Y por cierto a la que ya llego tarde, y me perderé entre las marcas de tempo y las notas.

Meli asintió conforme.

—Está bien. —Le agarró del brazo de nuevo—. Me alegro de verte.

—Yo también... —musitó a media voz sin apartar los ojos de su espalda mientras se alejaba de él.



—Eso suena muy bien —le dijo Meli cuando se detuvo en una nota con la que se trababa.

Jan se volvió con rapidez y la miró anonadado.

Ahora había sido ella la que lo había sorprendido.

No la esperaba... De hecho ya se había hecho a la idea de que debía crear otro encuentro de esos fortuitos en los que ya se estaba especializando, y de pronto... estaba ahí... delante de él...

Había ido en su busca y no sabía qué pensar.

La admiró desde la distancia, dejando caer su mirada sobre su cuerpo escondido tras un vaquero ancho y un jersey extra grande de color turquesa, y por su rubio cabello, con esa tonalidad ceniza que tanto se le aparecía en sueños y que conseguía que comparara a otras chicas con ella. Lo llevaba recogido, sin muchos miramientos, con una coleta que buscaba más la comodidad que mostrar una buena presencia.

Buscó sus ojos, esos de gata que lo volvían loco y que le habían acompañado durante todos esos años. Esa mirada que había acabado siendo su musa junto a ese beso, ese único beso que habían compartido aquella última noche y que lejos de satisfacerlo, había terminado convirtiendo su vida en un calvario.

—Hola...

—Hola —lo saludó ofreciéndole una sonrisa al mismo tiempo que traspasaba la puerta de la sala insonorizada, y se sentaba en una de las sillas que había libre—. ¿Qué era eso?

—¿El qué? ¿Eso? —Señaló la guitarra y las notas que había tomado en un folio, aunque parecían más garabatos que otra cosa.

Meli asintió.

—Sí, lo que estabas tocando...

—Una nueva canción...

Ella se rio.

—Vale, hasta ahí llego pero sonaba...

—¿Diferente? —se animó a preguntar.

—Muy diferente a todo lo que has hecho hasta ahora.

Jan sonrió de lado a lado.

—¿Me has escuchado?

Meli puso los ojos en blanco.

—Para no hacerlo. Estabais en todas las emisoras, a todas horas... —Lo miró y observó esa sonrisa bobalicona que había aparecido en su cara—. Oye, que no se te suba a la cabeza. Es solo que no había forma de ignorarte.

Este se sentó en el suelo, no muy lejos de ella.

—Podrías haber apagado la radio...

Ella asintió.

—Y la televisión y la gente que lleva los móviles con vuestras melodías... No, espera... —Chascó los dedos—. Podría haberme encerrado en mi dormitorio para no salir a la calle. Así no habría sabido de tu grupo...

Sus miradas se buscaron con esa última afirmación, ya que ambos sabían que lo que había quedado en el aire y que ella no se había atrevido a mencionar, era que así no habría sabido nada de él.

Ninguno añadió nada más, dejando que el silencio se adueñara de la habitación, hasta que, sin poder evitarlo, Jan comenzó a tocar las cuerdas de su guitarra. Cuando estaba nervioso y tenía el instrumento cerca, sus dedos adquirirían vida propia.

—¿Y qué opinas? —se aventuró, pasado un tiempo prudencial.

—No está mal...

Él levantó su cara y la miró con el ceño fruncido.

—¿No está mal?

Meli se rio.

—Vale, vale... Ya veo que sigues siendo el de siempre. Impetuoso y exigente.

—A veces no está bien cambiar —indicó bajando el tono de voz.

—Pero otras es necesario —atajó ella y se levantó del asiento para acercarse hasta la esquina más alejada de él—. Termínala, y te daré mi sincera opinión —retomó la conversación, cambiando adrede de tema.

Jan asintió.

—Deseando saberla...

Meli se fijó en sus ojos azules con una tonalidad más oscura a la que normalmente tenía, y supo, sin ninguna duda, que él no hablaba de lo mismo.

—¿Y qué pasó? —se interesó sentándose en el suelo, con la espalda apoyada en la pared roja, lejos de él.

—¿Con qué? —preguntó divertido al ver la distancia que tomaba entre ellos.

—Con el grupo... —aclaró—. De la noche a la mañana habéis desaparecido del panorama musical. De estar arriba... —Movi6 la mano y la dejó caer—. No se sabe nada de vosotros. Tenéis a vuestras fans desesperadas.

Jan sonrió.

—Un poco exagerada, ¿no crees?

Meli compartió su sonrisa.

—Bueno, seguro que alguna hay desesperada. Ya sabes que hay mucho loco suelto...

—Sí pero no por un grupo de tres al cuarto...

—Ehh... —le cortó con brusquedad—. No os menospreciéis. Habéis llegado varias veces al número uno y, como ya te he dicho, estabais por todos lados. Ha sido...

—...Insufrible —terminó por ella.

Esta negó con la cabeza y le regaló una dulce sonrisa.

—No tanto.

—Me alegro... que no fuera una tortura para ti.

Meli apoyó su barbilla sobre las rodillas.

—No me seas vanidoso, Jan. No te va. —Le guiñó un ojo—. Si quieres que te confiese que me sé más de una de vuestras canciones... —Hizo una pausa dramática aposta—. Lo haré. Pero... —Levantó la mano, para evitar que interviniera—. Ya está. Por hoy es suficiente.

Este sonrió agradecido.

—Más que suficiente, enana. —Le sacó la lengua—. Por hoy. —Ella bufó arrancándole una carcajada—. Ohh... no sabes cómo te he echado de menos...

Meli se abrazó a sí misma al escucharlo, pero en vez de hablar sobre ese tema que tenían a medias desde que se habían reencontrado, insistió con otro que no le suponía tantos quebraderos de cabeza:

—Bueno, ¿qué sucedió?

—Egos —respondió sin más.

—¿Egos?

Se encogió de hombros.

—Lo de siempre, enana. Yo puedo triunfar solo, yo soy el alma del grupo, yo, yo, yo...

—¿Ricky?

—Ricky —afirmó.

—Pero si Ricky era como tu hermano, tu amigo... Fundasteis el grupo juntos. —No daba crédito a lo que le contaba.

Este asintió.

—Tú lo has dicho bien: era.

Meli gruñó con fuerza y se pasó la mano por la cabeza.

—No me lo puedo creer...

Jan se encogió de hombros.

—La vida, enana. Unos llegan para compartir unos años de nuestra vida y otros para acompañarnos toda ella —lo dijo con sus ojos azules fijos en los verdes.

—Lo siento... —se disculpó al mismo tiempo que cambiaba su posición, cruzando las piernas.

Este volvió a encogerse de hombros.

—Tú no tienes la culpa.

—No, pero sé que el grupo era importante para ti.

Jan se incorporó y comenzó a guardar sus notas, y la guitarra en la funda.

—Bueno, el cariz de importancia que damos a las cosas va cambiando con los años.

Ella se levantó cuando se acercó a su lado, aceptando la mano que le ofreció para ayudarla.

—Eso también es verdad —aceptó—, pero ¿qué harás ahora?

Le abrió la puerta de la sala y la dejó pasar primero.

—Estoy valorando algunas cosas.

—¿Como qué? —se aventuró a preguntar.

Jan la miró divertido.

—No sé si todavía estás preparada para saberlo, enana.

Arrugó el ceño ante el misterio de sus palabras.

—Si lo dices por mis ataques de ansiedad... No te preocupes. Los tengo controlados.

Este negó con la cabeza y atrapó su mano.

—Ya sé que los tienes controlados... De hecho, esas palabras que recitabas el otro día, eran nuevas, ¿no?

Meli se encogió de hombros y sonrió con timidez.

—Bueno, son trucos que he ido perfeccionando...

Él la miró, intrigado por ese halo de misterio que acababa de aparecer en sus ojos.

—¿Me vas a contar qué quieren decir?

Negó y le sacó la lengua.

—¿Me vas a explicar tú lo de tus planes?

Se rio y tiró de ella hacia la puerta de salida del edificio.

—Antes de contarte algo más... —Le guiñó un ojo—. Tenemos que ver la luna juntos.

Meli no pudo evitar estallar en carcajadas nada más pisar la acera.

—¿Quieres ver la luna?

Jan la miró y le apartó un mechón rebelde que se le había soltado del recogido, acariciándole la mejilla en el camino.

—Quiero tener una cita en la luna contigo —concretó.

Ella sintió que la temperatura de su cuerpo aumentaba ante su contacto y retuvo la respiración por unos segundos.

—¿Dónde? —preguntó cuando logró recuperar las fuerzas que se le habían escapado.

—¿Crees que a tu padre le molestará que sea en tu tejado?

—Mi padre estará más que encantado de verte de nuevo —respondió para tranquilidad de él.

Jan suspiró.

—Menos mal. No sabía que tenía un aliado más...

—¿Un aliado? —le preguntó confusa.

Él negó con la cabeza y comenzó a caminar en dirección a su destino.

—No te preocupes, enana. Son cosas mías.

## Capítulo 18

—Jan... hijo mío. ¡Cuánto tiempo! —lo saludó el padre de Meli con un gran abrazo según se adentró en la casa.

—Señor Vargas, me alegro de verlo.

—Tomás —indicó—. Recuerda que tienes la suficiente confianza para llamarme Tomás. —Le palmeó la espalda y lo animó a pasar al comedor—. Permitir que te cambie los pañales tiene esos privilegios.

Meli sonrió al escuchar a su padre.

—Creo que Jan tampoco podía negarse...

El hombre miró a su hija y le guiñó un ojo.

—Si hubiera llorado, lo habría sabido.

Ella se rio y Jan sonrió a pesar de que sus mejillas enrojecieron ante el recuerdo.

—He echado de menos esto —comentó al mismo tiempo que se sentaba en el sofá de dos plazas, al lado del padre de Meli que había ocupado su sillón orejero.

Tomás le palmeó la pierna con afecto y sonrió.

—Pues ya sabes, debemos ponernos al día...

—Papá...

Este miró a su hija y movió la mano en el aire.

—Melisa no seas aguafiestas. —Jan sonrió ante la regañina—. Hace mucho que no vemos a este muchachito, qué menos que saber de él, de lo que ha hecho y qué planes de futuro tiene. —Le guiñó un ojo.

La chica suspiró y se quitó el abrigo.

—Se queda a cenar por lo que tienes tiempo suficiente para interrogarlo —anunció.

Su padre lo miró feliz.

—¿Eso es verdad? —Él asintió—. Genial. —Le golpeó la pierna otra vez—. Pues pidamos *pizza*...

—Papá...

Jan observó confuso como miraba con cara de pocos amigos a su padre, hasta que este se encogió de hombros resignado y le explicó:

—Hijo, tendrá que ser una ensaladita y pescado...

—Filete —le corrigió su hija.

—Filete a la plancha. —Se encogió de hombros otra vez mirando a su invitado—. El médico me tiene a dieta.

—¿Es grave? —se preocupó.

—Nada, nada... los efectos de la edad —lo tranquilizó Tomás.

Jan asintió y miró a Meli que en ese momento se dirigía a las escaleras por las que se subía a la planta de arriba.

—En cuanto salga de la ducha, preparo la cena —les informó—. Jan ponte cómodo...

—Creo que no hace falta que le digas eso, hija. Jan ya sabe que esta es su casa.

Este sonrió ante las palabras del padre de Meli.

—Gracias, Tomás.

Ella siguió andando sin mirar atrás, notando como un sentimiento que conocía muy bien anidaba en su estómago.

Escuchar a Jan hablar con su padre, en esa casa, como si no hubieran pasado los años le hacía recordar... Su familia volvía a estar junta pero no sabía cuánto podría durar y eso... eso le daba verdadero pánico.



El ruido en la cocina le indicó que había alguien trasteando en esa habitación.

Se asomó al comedor y comprobó que su padre, como venía siendo habitual a esas horas, dormitaba sentado en su sillón. No había rastro de Jan, por lo que dedujo que, lejos de quedarse quieto esperando, había pensado que podría ayudar con la cena.

Se acercó hasta la cocina y por el hueco de la puerta observó cómo se movía de un lado a otro, abriendo y cerrando los armarios, sacando platos y cubiertos que iba dejando sobre la encimera. En uno de los lados descansaba ya un bol de cristal con ensalada y en una sartén, los filetes de pollo se hacían a fuego lento.

Se había quitado el gorro, dejando libre su pelo castaño que jugaba con la luz artificial de la cocina, mientras la tentaba para que se acercara.

Si era sincera consigo misma, añoraba enredar los dedos por sus suaves mechones y aspirar su aroma, el mismo que se le presentaba cada vez que llovía; el mismo que la acompañaba cada vez que escuchaba sus canciones, centrándose solo en los acordes de su guitarra.

Se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos sin apartar la mirada de su espalda.

Comprobó que su constitución había cambiado para mejor y que sus músculos, firmes, resaltaban por debajo de la ropa. Ya no era el Jan que se marchó. Era más atractivo... más guapo... más de todo... pero seguía siendo el mismo Jan que la conquistó con una sonrisa, la obnubiló con la voz y la enamoró con su mirada azul...

El mismo Jan...

El mismo problema en el que no quería embarcarse aunque sabía que negarse era una tarea casi imposible.

No le había olvidado y no quiso hacerlo porque como Cho no paraba de recordarle, lo amaba... Lo amaba con el mismo fervor que antaño.

Se pasó la mano por su húmedo cabello y sonrió al mismo tiempo cuando recordó que le había mentado al decirle que solo sabía de sus canciones por simples coincidencias...

Era falso.

Sí las conocía...

Se las sabía de memoria.

No unas pocas sino todas, desde que comenzaron a comercializarlas, desde que una pequeña radio decidió apostar por ellos, poniendo a todas horas su música. Siguió su trayectoria, empapándose de cada gota de información que le llegaba, ya fuera por internet, la radio o incluso las redes sociales. Ella que repelía el contacto con las nuevas tecnologías, que le había costado descargarse el WhatsApp cuando Cho se lo exigió en el instituto, ella...había terminado creándose

un perfil en todas las aplicaciones en las que el grupo tenía cuenta oficial y donde estaba él, donde estaba Jan.

Lo hacía a escondidas, como una vil *voyeur*, pendiente de cada post que el grupo subía o de lo que Jan publicaba, y, a cada nueva canción que grababan, ella la imitaba. Cuando lo añoraba, cuando lo echaba de menos, cogía su violín y repetía cada una de las notas que este tocaba con la guitarra.

Era su momento... como si estuviera con ella... como si nunca se hubiera marchado...

—Has mejorado mucho —le comentó cuando decidió que sería mejor hacer notar su presencia, antes de que él la pillara espiándolo.

Jan se giró con rapidez, con la espátula en la mano, y le regaló una sonrisa.

—Bueno, me manejo.

—Jan, que todavía recuerdo tu primera tortilla de patata. —Achicó los ojos y puso cara de asco.

Él se rio y se volvió hacia la vitrocerámica para dar la vuelta a la carne.

—Tu padre se la comió —se defendió.

—La patata estaba cruda —mencionó divertida.

Se encogió de hombros.

—Pero se la comió.

Meli se carcajeó.

—Porque se come todo lo que hay en un plato sin rechistar.

Este puso el filete en la bandeja donde había colocado el resto y apagó el fuego.

—¿Qué le pasa? —se interesó mirándola a los ojos, haciendo referencia a la conversación que habían mantenido en el comedor entre padre e hija.

—Le dio una angina de pecho hace poco y lo tienen controlado —explicó, acercándose a donde estaba la vajilla.

—¿Pero está bien?

Ella asintió y cogió los platos.

—Sí, sí... Fue solo un susto...

Jan atrapó sus manos, y, en cuanto se tocaron, la porcelana chocó entre sí.

Sus miradas se encontraron, y este pudo comprobar un rastro húmedo en sus verdes iris.

—Un gran susto —especificó por ella, quien no pudo más que mover la cabeza de manera afirmativa, tratando de retener las lágrimas que luchaban por escaparse de sus ojos.

Le acarició la mano derecha y el silencio los arropó como el compañero fiel de su historia, esa en la que en vez de ser un enemigo, se afianzaba como un aliado cuando ninguno de los dos quería hablar y preferían solo su compañía. En silencio, escuchando sus respiraciones, el latido del corazón del otro como la música que creaban con sus instrumentos y que tanto amaban. Una relación en la que también hubo muchas conversaciones, risas y llantos... complicidad y... un gran secreto.

De pronto un sollozo se le escapó de entre los labios a Meli y Jan le arrebató los platos para poder abrazarla con total libertad.

Ella no dudó en cobijarse entre ellos, en el abrigo de la confianza que le profesaba. Su amigo, su confidente... su amor.

Este pasó las manos por su espalda al mismo tiempo que repetía una y otra vez la misma



promesa:

—Todo irá bien...

## Capítulo 19

—Papá... —lo llamó moviendo con suavidad su hombro.

Tomás parpadeó un par de veces regresando del mundo de los sueños y le ofreció una sonrisa como disculpa.

—¿Me he quedado dormido?

Ella asintió.

—La cena está lista.

El hombre se giró sobre el sillón y vio a Jan que ya estaba sentado en una de las sillas que había alrededor de la mesa grande del salón.

—He cocinado yo —le anunció.

El padre lo observó horrorizado y miró a su hija de inmediato.

—¿Le has dejado?

Ella se carcajeó y le dio un beso.

—No creo que lo haya hecho tan mal...

Tomás se incorporó y se acercó a la mesa.

—Espero que no tan mal como aquella vez... —Apartó la silla donde se iba a sentar.

—Vale, vale... ya sé que con la tortilla de patata no acerté.

—Ni con el pavo medio crudo... —recordó mientras se sentaba y pinchaba con el tenedor el filete que tenía ante él—. Hijo, tienes que reconocer que, aunque seas un prodigio con la guitarra, la comida no es lo tuyo.

Jan sonrió avergonzado.

—Menos mal que no tengo que ganarme la vida en la cocina.

El padre de Meli asintió y cortó la carne con el cuchillo.

—No, mejor dedícate a la música que te va muy bien. —Se llevó un pequeño trozo a la boca, tras examinarlo concienzudamente, y masticó.

—¿Qué tal? —preguntó pasados unos segundos en los que no dijo nada.

El hombre mayor sonrió y asintió.

—Bien, comestible...

Este suspiró y comió de la ensalada.

—Menos mal. Ya me veía pidiendo *pizza*...

Tomás miró de pronto a su hija y esta negó con la cabeza de inmediato.

—Se puede comer, por lo que comamos. —Pinchó un tomate cherry con el tenedor y se lo llevó a la boca.

—¿Desde cuándo se ha convertido en una mandona? —le preguntó Jan bajando el tono de voz, haciendo como si la joven no se encontrara en la mesa.

El hombre movió el cubierto en el aire.

—Siempre lo ha sido, lo que pasa que sus encantos te tenían cegado, hijo.

Este sonrió y miró a Meli que, con la vista baja, parecía que estaba ajena a la conversación que mantenían. Pero sabía que no era así, que, aunque pareciera que solo estaba pendiente de lo que comía, sus mejillas sonrojadas eran la prueba suficiente que necesitaba para saber que lo

había escuchado.

—Eso debía ser... —afirmó—. Pero sus virtudes ocultaban esos nimios defectos.

—¡Defectos! —saltó ella dándole la razón en sus suposiciones.

Jan sonrió y le guiñó un ojo.

—Nimios, enana. La palabra clave aquí es nimios... —indicó divertido—. ¿Necesitas un diccionario para saber lo que significa?

Ella torció el morro y gruñó.

—No, no hace falta —le negó con retintín y comió de la ensalada.

El padre de Meli se rio.

—Es como si no hubiera pasado el tiempo...

Los dos jóvenes se miraron y sonrieron.

—Es verdad —afirmó Jan contento de estar allí con ellos.

Ella fue a admitir lo mismo pero de pronto los recuerdos la asaltaron.

—Pero sí ha pasado —dijo sin más y se levantó de la mesa para comenzar a recoger.

El gesto del chico se tornó serio y Tomás se percató de que, aunque él había regresado y estaba a su mesa cenando, todavía tenían mucho que solucionar entre los dos.

Le señaló con el dedo cuando su hija desapareció por la cocina.

—Lo vas a tener difícil...

Se pasó la mano por la nuca y suspiró.

—Lo sé pero quiero intentarlo.

Tomás sonrió al escucharlo.

—Me gusta oír eso porque los mejores regalos, los conseguimos tras nuestro esfuerzo.

—La amistad de Melisa siempre ha sido un gran regalo en mi vida —afirmó mirando la puerta por la que ella se había marchado.

—Pues ya sabes, a trabajar.

Este asintió con fuerza.

—Se lo prometo.

El padre de Meli atrapó su mano y lo obligó a mirarlo a los ojos, los mismos que había heredado su hija.

—Pero intenta no romper tu promesa esta vez...

Jan afirmó de nuevo y puso la mano que tenía libre sobre las que estaban unidas.

—Esta vez puedo cumplirla.

Tomás asintió y rompió su contacto.

—¿Cómo está tu madre? —se interesó por un tema con el que parecía que cambiaba de tema, pero ambos sabían que no era así.

—Como siempre... —respondió justo cuando Meli regresaba al salón.

—¿Café? —preguntó ella.

Su padre negó con la cabeza.

—Yo ya me retiro. —Se levantó de la silla y se dirigió a su sillón.

—Papá... ¿por qué no te vas a la cama?

Hizo un gesto con la mano sin mirarla.

—Van a echar esa entrevista que quiero ver ahora... —Se sentó y tomó el mando a distancia para subir el volumen—. Luego me acuesto.

Meli arrugó el ceño y llevó una de sus manos a la cadera.

—Ya. Claro. Luego...

—Yo sí quiero café —intervino Jan.

La joven lo miró y, tras expulsar el aire de su interior, asintió.

—Está bien. —Volvió hacia la cocina pero antes de desaparecer, se volvió hacia él—. Solo y con dos cucharadas de azúcar, ¿verdad?

—Verdad —afirmó sonriente al ver que se acordaba de cómo le gustaba la bebida.

## Capítulo 20

—Creo que somos ya muy mayores para estar en el tejado... —mencionó Meli al mismo tiempo que se arrebujaba por debajo del nórdico.

Jan pasó el brazo por encima de su hombro y la acercó a él.

—Confiesa que, a pesar del frío, lo echabas de menos.

Meli se quedó callada mirando la luna menguante que le recordaba a la sonrisa del gato de *Alicia en el País de las Maravillas*, hasta que, pasados unos segundos que se le hicieron eternos, decidió hablar:

—Tal vez...

—Si quieres entramos y...

—No, no... —ella atajó de inmediato, cortándolo—. Quedémonos un rato más.

Jan asintió con una sonrisa ilusionada y observó la luna mientras sentía el cuerpo femenino pegado al suyo.

Era como si se encontrara en una nube y volara por los cinco océanos, admirando las maravillas que sus profundidades escondían; como si pudiera tocar las estrellas y jugar con ellas; como si, por fin, hubiera regresado a su hogar...

Con el grupo de música había llenado estadios, había firmado discos hasta que la mano se le había quedado dormida, y había visitado países que no sabía ni que existían, pero todo eso... Todo eso no era nada comparado con estar allí, en esa casa, disfrutando del silencio y de las vistas, de los recuerdos... como si nunca se hubiera ido... como si nunca la hubiera dejado.

Melisa...

Su compañía, el silencio que ponía la banda sonora de su historia, de los sentimientos que renacían con más fuerza y que nunca se habían marchado...

Siempre había sido ella la que lo había acompañado en cada nueva canción que componía, a cada nuevo kilómetro y en cada nuevo escollo que se encontraba en el camino... pero desde la distancia, y, ahora que estaba a su lado, tenía la esperanza de que todo se pudiera solucionar, que lograra un final feliz... su final feliz.

Sintió que apoyaba la cabeza en su hombro, permitiendo que su aroma a flores le llegara con libertad, y notó como el músculo que latía en su interior, daba un salto mortal.

Retuvo su respiración para que nada le impidiera disfrutar de ese momento y observó la luna.

—Meli... —Saboreó su nombre entre los labios.

Ella emitió un leve sonido prueba de que se estaba quedando dormida y, aunque no quería interrumpir ese momento que compartían, la necesidad de poner las cartas sobre la mesa comenzaba a ahogarlo.

Necesitaba hablar con ella y explicarle todo lo que no había podido contarle antes...

Todo.

—Melisa, debemos hablar... —dijo en un susurro.

—¿Ahora? —preguntó sin apenas voz.

—Sí, ahora —afirmó con rotundidad.

La joven buscó sus ojos y comprobó que había llegado el momento.

—Está bien... —Se incorporó—. Pero será mejor que entremos.

Jan estuvo de acuerdo.

En cuanto atravesaron la ventana de la habitación de Meli, el silencio se asentó entre los dos, pero esta vez, lejos de ser ese aliado que los acompañaba siempre, se había convertido en uno opresor que conseguía que el ambiente se enrareciera.

Los dos se miraron sin saber muy bien qué hacer o por dónde empezar.

—¿Quieres que ponga música? —se ofreció Meli acercándose al portátil que tenía sobre su escritorio.

—Será lo mejor. —Estuvo de acuerdo con ella, y se sentó sobre la cama apartando a un lado algunos de los cojines que la invadían.

Mientras ella encendía el ordenador, Jan observó el dormitorio que tan bien conocía, y pudo comprobar que apenas había sufrido cambios. Salvo por el color de sus paredes, que había pasado del rosa pastel al morado, el resto seguía exactamente igual.

Los colores vivos de las colchas y mantas que descansaban sobre la cama, los peluches que lo miraban desde uno de los lados de la habitación y que reposaban sobre el baúl de madera que rescató de un mercadillo de antigüedades su madre. Los pósteres de los músicos que le gustaban a Meli y que seguían ocupando la misma pared vertical de siempre, y las fotos que cruzaban el cuarto de lado a lado, y en las que vio más de un rostro conocido como... ¿el suyo?

Se incorporó con rapidez en cuanto se fijó en una de las polaroids, como si un hilo invisible tirara de él, y atrapó la que le había llamado la atención.

—¿Todavía la tienes? —Se volvió hacia ella y le mostró la prueba del delito.

Meli, que buscaba entre las *playlists* que tenía en su cuenta de Spotify, pinchó sobre una canción sin comprobar cuál era, y lo miró.

Las notas de una melodía conocida por los dos comenzaron a sonar por la habitación.

Una gran sonrisa nació en la cara de Jan en cuanto la reconoció, al mismo tiempo que Meli deseaba que se abriera ante ella un gran agujero y que la tragara.

—Eso es...

—Bueno... Sí...

—Pero... ¿no me dijiste que no nos escuchabas?

Ella se encogió de hombros e hizo un mohín con la boca.

—Si somos sinceros, no escuchaba al grupo.

Jan elevó una de sus cejas oscuras y señaló al aire sin soltar la foto de la mano.

—¿Y eso?

Las mejillas femeninas enrojecieron.

—Te escuchaba a ti —confesó al fin.

La observó sorprendido.

—¿A mí?

Asintió y se acercó hasta donde descansaba su violín. Pasó los dedos con delicadeza por la voluta, y colocó el arco para evitar que se cayera, aunque fue más un tic nervioso porque no corría ningún peligro.

—Trataba de versionarla con él. —Señaló el instrumento musical.

Jan siguió sus movimientos y se aproximó a ella.

—¿Por qué? —le susurró a su espalda, haciendo que el pelo se le erizara por su cercanía.

Meli no se giró para mirarlo y prefirió seguir con los ojos fijos en su fiel compañero. Su violín no la traicionaba nunca, podía confiar en él, y cuando se sentía sola o triste, solo necesitaba tocarlo y sus males se evaporaban...

La desaparición de Jan era un mal recuerdo, pero, al contrario de lo que le ocurría con el resto de problemas, cuando tocaba el violín, lo que conseguía era reconciliarse con él, con lo que vivieron, con el tiempo que pasaron juntos...

Otra cosa era cuando dejaba de tocar y la tristeza volvía a aparecer.

—Era la forma que tenía para que estuvieras cerca...

Jan posó las manos en sus brazos y apoyó la frente en su cabello.

—Meli, yo... —Dudó—. No sabes lo duro que fue para mí marcharme.

Esta esperó a que continuara hablando pero, al ver que tardaba en hacerlo, se separó de su lado hasta sentarse sobre el baúl, al otro lado de la habitación.

—Pues no haberte ido —dijo sin más, dándose cuenta de que acababa de sonar como una pataleta de niña pequeña.

El chico la observó y se apoyó en la mesa, dejando la foto descansar sobre la superficie de madera.

—Tenía obligaciones que cumplir...

—¿Cuáles? ¿El qué? —Elevó las manos al aire y las dejó caer sin fuerzas de inmediato—. No creo que fueran tan graves como para que no pudieras dejarme una nota o para que no me llamaras... —Enfrentó su mirada y tensó la mandíbula—. ¡Ocho años! Han pasado ocho años sin saber de ti, sin saber lo que te había pasado o si... —Dudó si debía continuar hablando, pero había transcurrido mucho tiempo para seguir callando lo que anidaba en su interior. Se apartó el cabello de la cara y, tras observar esos ojos cristalinos que mostraban el mismo sufrimiento que ella sentía, preguntó—: ¿Hice algo mal?

Jan arrugó el ceño confuso.

—¿Mal? ¿Por qué debías haber hecho algo mal?

Esta se encogió de hombros y desvió su mirada hacia el suelo. Parecía que de repente las vetas del parqué habían adquirido una gran importancia.

—Es que como la última vez que estuvimos juntos... —Se mordió el labio inferior con timidez sin acabar la frase.

Jan negó con la cabeza y, sin poder evitarlo, sonrió mientras se acercaba a ella.

—¿Porque nos besamos? —Meli asintió pero no lo miró—. No sabes lo importante que fue esa noche para mí. —Se sentó en el suelo, delante de ella, y atrapó su mano—. Su recuerdo me ha acompañado todos estos años.

Ella lo observó anonadada, sintiendo como sus mejillas se sonrojaban.

—¿De verdad?

Él le acarició la mano y asintió.

—Gracias a él, cuando creía que todo volvía a derrumbarse, seguía avanzando.

Meli sonrió al escucharlo. Saber que esa noche era tan importante para él, como lo fue para ella, era el mejor regalo que le podía hacer.

—Pero...

Jan enfrentó sus ojos verdes y le ofreció un guiño cómplice.

—Dime. Si no recuerdo mal, antes no te cortabas a la hora de hablar, de preguntarme, de

querer saber... Había días que parecía que me había trasladado a una comisaría y que estaba ante un interrogatorio.

La joven abrió los ojos como platos.

—Eso no es verdad —se quejó y lo golpeó con cariño.

Él atrapó de nuevo la mano con la que le había pegado y sonrió.

—No, no es verdad pero antes nada impedía que habláramos —dijo y ella asintió conforme—. Me he propuesto ser un libro abierto para ti. No quiero más secretos entre los dos.

Esta arrugó el entrecejo al escucharlo.

—¿Secretos? —Él asintió—. Pero pensé que siempre habíamos tenido una relación sincera, que los dos sabíamos lo concerniente al otro, que...

Jan siseó, negando con pesar.

Tiró de ella y la obligó a sentarse sobre sus piernas.

—Casi todo —dijo y la dejó callada.

Sus ojos se buscaron y la confusión que navegaba por los verdes, entristeció los azules.

—Jan, ¿qué quieres decir?

Le apartó los mechones rubios de la cara y dejó que sus dedos se enredaran entre su cabello.

—Por aquel entonces la situación familiar en mi casa no era tan buena —comenzó a relatar—. Ya sabes que mi padre nos abandonó a mi madre y a mí... —Ella asintió, recordando que esos días fueron muy duros para su amigo—. Lo pasamos mal. Mi madre intentaba hacer ver que todo seguía como siempre, pero no era así.

—Jan... —Posó la mano en su barbilla, donde sintió el vello que le comenzaba a crecer.

Este la atrapó y le dio un beso en la palma.

—El único sitio donde sentía que quizá podría con todo, era aquí, contigo y con tu padre. Pero con el tiempo... —Cerró los ojos como si necesitara encontrar las fuerzas que necesitaba para seguir hablando—. Ver tu felicidad, comprender que, a pesar de la muerte de tu madre, habíais conseguido avanzar...

—Pero...

Él le puso un dedo en los labios silenciándola. Si la dejaba hablar, no sabría si podría continuar con su explicación.

—Sé que la echabais de menos, y que seguís extrañándola Tomás y tú, pero después del luto, continuasteis con vuestra vida. —Cerró los ojos y suspiró—. Mi madre no. El pozo en el que se iba metiendo era cada vez más profundo hasta que todo lo que había a nuestro alrededor se derrumbó.

—¿Qué sucedió?

Jan miró el techo donde las fotos que colgaban de los cordeles lo esperaban también expectantes a que continuara.

—Comenzó a beber... —La apartó con cuidado de su lado, y terminó por levantarse, dándole la espalda.

Meli observó sus hombros caídos y, por primera vez, desde que lo conocía, lo vio derrumbado, como si portara sobre sus espaldas todos los problemas del mundo.

—No lo sabía.

—Nadie lo sabía... —Se pasó la mano por el cabello y suspiró mirándola con resignación—. Al principio trató de escondérmelo... pero las botellas comenzaron a aumentar en el cubo de



basura y más de un día me la encontré inconsciente...

—Jan... —Se acercó hasta él y atrapó sus manos para llevarlo hasta la cama donde se sentaron.

Este buscó sus ojos verdes, en los que se sentía seguro, y sonrió con pesar.

—La cosa fue a peor...

—¿Cómo? —Le apretó las manos.

Tensó la mandíbula al recordar esos días.

—No tenía suficiente con beber dentro de casa, que comenzó a hacerlo fuera... —Cerró los ojos unos segundos—. Y perdió el trabajo. Trató de encontrar otros, pero terminaban echándola por lo mismo, porque iba borracha o bebía en horario laboral.

—Jan...

—No se repuso de ello y en los bares, y establecimientos de la zona, comenzó a tener deudas.

—¿Qué quieres decir?

Este miró sus manos unidas y las besó.

—No tenía dinero... —explicó de manera brusca y se alejó de nuevo de ella. Quería contarle todo pero no sabía que sería tan duro hacerlo—. Era yo el que lo controlaba para comprar o para pagar los gastos que acarrearaba la casa... —Se apoyó en la mesa y la miró—. Por lo que comenzó a consumir en diferentes bares.

Meli arrugó el ceño.

—¿Sin dinero?

Encogió uno de sus hombros.

—Era la vecina de toda la vida y... —Tensó la mandíbula—. Luego llegaba su hijo y saldaba las deudas.

La chica lo observó confusa.

—¿Cómo?

—Trabajando.

Meli negó con la cabeza.

—Pero tú no trabajabas...

Él asintió.

—Sí, Meli. Empecé a encadenar un trabajo con otro para poder cubrir las deudas de mi madre.

Esta cruzó las piernas sobre la cama.

—¿Cuándo? —preguntó sin comprender—. Cuando no estabas en clase, estabas con el grupo, en fútbol o... conmigo.

Jan escondió las manos en los bolsillos del vaquero e hizo un mohín con los labios.

—El fútbol lo dejé pronto —confesó—. Con el resto iba haciendo malabarismos, lo que me llevó a que tuviera que faltar en más de una ocasión.

—Como a nuestras citas... —No fue una pregunta sino una afirmación.

Asintió con tristeza.

—Las deudas iban a más... —se excusó.

Meli se colocó el cabello en un lado y comenzó a enrollarlo entre sus dedos.

—Y no me lo dijiste —musitó sin fuerzas.

Este negó con la cabeza.

—No pude... —Se pasó la mano por los ojos al mismo tiempo que suspiraba—. Estaba avergonzado...

—Pero ¿por qué? Te podríamos haber ayudado...

—No —dijo de manera tajante—. Era mi problema y yo... —Se calló por unos segundos—. Debía solucionarlo.

Meli observó a su amigo, el mismo que desprendía una gran energía y que en ese momento parecía que se le había escapado de entre los dedos.

Se acercó a él y lo abrazó por la cintura.

—Pero estabas solo... —le dijo y se apoyó en su pecho.

Jan dejó caer la barbilla sobre su cabello y también la abrazó.

—Aunque no te lo creas, no estuve solo.

Ella se apartó para mirarlo a los ojos.

Jan pasó su dedo índice con lentitud por su ceja, dibujando su contorno perfecto y descendió por el puente de la nariz donde descansaban un sinfín de pecas... Acarició sus labios finos y le sonrió.

—Siempre estuviste a mi lado... —confesó—. Tus ojos de gata se me presentaban cada noche, a cada nuevo problema que surgía, ofreciéndome la fuerza que necesitaba para continuar. —Posó las manos a ambos lados de su cara—. Meli fuiste mi salvavidas...

La temperatura de la habitación aumentó mientras sus miradas estaban prendidas la una en la otra. Sus respiraciones aumentaron al mismo ritmo que el latido de sus corazones, la única melodía que se escuchaba en la habitación, que los envolvía y los animaba a dar el paso que ambos deseaban.

—Jan...

—Meli —interrumpió lo que fuera a decir—, voy a besarte. —Ella de pronto se tensó, pero la mano masculina que se coló por debajo de su largo cabello y que comenzaba a acariciarla, la relajó—. Llevo muchos años recordando ese beso que nos dimos bajo la luna, en el planetario, tanto... que he llegado a pensar que fue un sueño. Un sueño perfecto que no pudo ser real, por lo que necesito asegurarme de que no ha sido mi cabeza la que lo ha maquillado para que pudiera continuar con mi vida. —Descendió brevemente hasta que sus frentes se tocaron y sus ojos estuvieron a la misma altura—. Necesito confirmar que tus labios saben a fresa y tu savia me ofrece esa fuerza que me ha acompañado cada día. —Le colocó un rubio mechón por detrás de la oreja—. ¿Me permites?

Meli tragó como pudo tras escucharlo y aspiró con fuerza el aire que se le había escapado de los pulmones. Observó sus ojos cristalinos, en los que brillaba la estrella de la esperanza, y movió la cabeza de manera afirmativa sin hablar.

Jan soltó el aire que retenía ante su respuesta, nervioso por si se negaba.

Ella le regaló una tímida sonrisa, y, sin esperar a que él diera el primer paso, se elevó de puntillas hasta que sus bocas estuvieron a la misma distancia.

—Quizá lo has idealizado tanto que no merezca la pena...

Este sonrió travieso, posó la mano en su barbilla y negó con la cabeza.

—Los sueños son bonitos pero no se pueden comparar con la realidad —dijo y atrapó su labio inferior para pasar a continuación al superior.

Meli correspondió de inmediato a la caricia.

Se colgó de su cuello, enredando los dedos entre los mechones oscuros, y sintió como miles de escalofríos la recorrían de arriba abajo.

# Capítulo 21

Jan se separó de ella al mismo tiempo que emitía un gemido de placer.

Meli sintió como sus mejillas ardían.

—¿Y?

Él abrió los ojos y la miró.

—Mejor... Mucho mejor —afirmó sin ninguna duda.

La joven sonrió con timidez justo cuando unos golpes en la puerta los interrumpió, separándolos como si hubiera entre ellos un resorte.

Jan se alejó de ella reticente y se acercó a la mesa donde había dejado la foto en la que aparecían los dos, al mismo tiempo que Meli abrió la puerta.

—Papá...

—Siento molestaros, chicos... pero es tarde. —Les mostró la hora que marcaba el reloj que llevaba en la muñeca—. ¿Qué vais a hacer?

Meli miró a su invitado y luego a su padre. Fue a hablar, pero Jan se le adelantó:

—Será mejor que me vaya...

—No —dijo con rapidez y los dos hombres la miraron sorprendidos—. Todavía hay muchas cosas con las que ponernos al día... ¿Puede quedarse a pasar la noche, papá? —le rogó.

—Meli, tenemos muchos más días...

Ella negó con la cabeza y volvió a dirigirse a su progenitor:

—Papi... *porfa*...

Este sonrió y asintió.

—Está bien pero habrá que preparar la habitación de invitados...

—No hace falta —indicó acercándose hasta el baúl. Tiró los peluches al suelo sin ningún cuidado y sacó las mantas que guardaba dentro de él—. Puede dormir como cuando éramos niños.

Jan se rascó la nuca y sonrió divertido.

—¿Quieres que duerma en el suelo?

Movió la cabeza de manera afirmativa y miró de nuevo a su padre.

—Por lo menos si dormimos así, en algún momento de la charla, el cansancio podrá con nosotros.

El adulto suspiró.

—Pero tú en la cama. —La señaló con el dedo—. Y él en el suelo. O al revés... —Movió la mano de lado a lado—. Eso ya lo decidís entre vosotros.

Ella asintió con rapidez.

—Yo en la cama y Jan en el suelo.

El mencionado gruñó:

—Lo echamos a piedra, papel o tijera...

—¿En serio? —Elevó incrédula una de sus rubias cejas.

Jan se pasó la mano por los riñones y asintió.

—En serio, enana. Mi espalda merece dormir en un colchón blandito.

—Está bien —bufó—. Luego lo decidimos...

Tomás asintió.

—Pues ya está. —Fue a marcharse pero en el último momento se acordó de algo más—. No habléis muy alto, que me despertaréis...

Su hija se carcajeó.

—Papá, eso no sucederá. Ni un terremoto lo consigue.

—Bueno, por si acaso. —Le guiñó un ojo—. Ahh... y no cerréis la puerta.

—¡Papá! —se quejó.

Este la señaló y luego a Jan.

—Mi casa, mis normas.

Meli suspiró con fuerza.

—Está bien —cedió.

—Buenas noches, Tomás —se despidió Jan—. Y gracias.

Este movió la mano en el aire al mismo tiempo que se iba dejándolos solos.

Jan buscó la mirada de ella, y esta le sonrió.

—¿Querías quedarte?

Se acercó hasta ella y le quitó las mantas que tenía entre las manos.

—No tenía otra opción.

Meli arrugó el ceño.

—No es una obligación —soltó de repente y se alejó de su lado—. Si quieres irte...

Jan atrapó su muñeca, dejando caer la ropa de cama al suelo, y tiró de ella hasta tenerla otra vez de frente.

—Pasar contigo la noche es el mayor regalo que he podido desear nunca.

Esta elevó la comisura de sus labios y movió la cabeza hacia la puerta abierta.

—Sin intimididad y con mi padre al final del pasillo.

Le colocó uno de sus mechones detrás de la oreja, dejando que su dedo le acariciara la cara por el camino, y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Como le has dicho, tenemos que ponernos al día y así lo conseguiremos... —comentó dejando en el aire lo que podría suceder si no se encontraran en esa situación.

Meli asintió y, para sorpresa de este, le dio un leve beso en los labios. Le guiñó un ojo travieso y se alejó en dirección a la cama.

—Entonces tú en el suelo y yo... —Se dejó caer sobre el colchón—. Aquí.

Sonrió mientras recogía las mantas.

—Está bien pero eso acarreará un precio.

—¿Cuál? —preguntó siguiéndole el juego.

Jan extendió las mantas en el suelo, cerca de donde se encontraba ella, y se quitó el jersey, quedándose con una camiseta de manga corta que se le ceñía al cuerpo.

—Tenemos toda la noche para pensarlo...

—Si no te duermes antes —le soltó y le sacó la lengua—. Recuerda que eras el primero en cerrar los ojos.

Jan movió la cabeza de lado a lado mientras se desabrochaba el cinturón.

—Eso era antes... —Se quitó el botón del vaquero.

Meli miró tras él, por donde la oscuridad del pasillo asomaba, y le devolvió la atención justo cuando hacía amago de quitarse los pantalones.

—¿Qué haces? —preguntó escandalizada.

Le sonrió.

—Desvestirme...

—Ya, ya... —Se llevó su mano a la garganta para pasarla por su cabello a continuación nerviosa—. Mi padre puede pasar en cualquier momento y... —Lo señaló de arriba abajo.

Jan se encogió de hombros.

—¿No querrás que duerma vestido? Es algo incómodo... —dijo quedándose con un bóxer azul.

Meli se dio la vuelta en la cama con rapidez, arrancándole una carcajada.

—¿No me digas que no has visto a ningún chico desnudo? —El silencio se hizo en la habitación—. Meli... —la llamó, pero al comprobar que no le hacía caso, se subió en la cama e intentó que lo mirara—. Melisa, ¿has estado con algún chico?

Su primera intención fue mover la cabeza de manera afirmativa, pero cambió de opinión. No podían retomar su relación con más secretos.

—No... —dijo y agarró uno de los cojines para esconder su cara avergonzada.

Jan le quitó el almohadón que utilizaba como escudo y buscó sus verdes ojos.

—¿Por qué? —Se sentó en el colchón, y le acarició la cara—. Seguro que por falta de pretendientes no habrá sido. Eres preciosa...

Ella apoyó la cara en su mano y cerró los ojos.

—Tú que me miras con buenos ojos...

Jan posó las manos a ambos lados de su rostro y enfrentó su mirada.

—Es la verdad, Meli. —Le pasó el dedo por la nariz y fue dibujando cada una de las pecas que adornaban su piel—. Eres la musa que cualquiera querría tener a su lado. Una belleza mística que, sin resaltar demasiado, esconde un misterio que todo el mundo querría desentrañar... — Descendió con su caricia hasta los labios y los delineó con delicadeza—. Dulce y salvaje a la vez, con una fuerza en su interior que contagia a los que tiene cerca para conseguir alcanzarte y así evitar ser eclipsado.

Las mejillas enrojecieron ante los halagos.

—Gracias...

—No me las des, enana. —Se tumbó en la cama de lado y apoyó la cabeza en la mano derecha—. Solo prométeme que cuando veas tu reflejo en el espejo, te mirarás con los ojos con los que te miro yo y comprenderás cuán importante eres...

Ella asintió muda, incapaz de emitir palabra alguna, y enredó sus dedos con la mano de él.

—He salido con algún chico pero no era el apropiado —confesó pasados unos segundos de silencio, enfrentando su mirada.

El corazón de Jan comenzó a latir a gran velocidad.

—Quizá no era el momento...

Negó con la cabeza.

—Entre los estudios, el violín y mi padre... Ya sabes que me costaba relacionarme. —Este asintió—. Pues sigo siendo tan asocial como entonces... —Se mordió el labio inferior.

Jan pasó el dedo por su boca, evitando que se dañara.

—No eres asocial, Meli —la contradujo—. Eres exigente a la hora de ofrecer tu amistad... —Fijó sus azules ojos en los verdes—. Todavía no sé cómo conseguí ese premio.

—Porque eras muy pesado —le soltó divertida.  
Jan se rio y la abrazó, invitándola a que se tumbara junto a él en la cama.  
—Fue un gran privilegio conocerte, Melisa.  
—Lo fue para mí. —Se volvió hacia él, buscando su mirada.  
—Te he echado de menos, enana —le dijo lo que llevaba repitiendo desde que se habían encontrado.  
Ella se cobijó entre sus brazos y suspiró.  
—Yo también... Yo también.



Estaban a oscuras, encima de la cama, tapados por el nórdico que alejaba de ellos el frío de la noche.

—Jan...  
—Umm... —No se había quedado dormido todavía pero tener a Meli entre sus brazos había conseguido que su cuerpo se relajara.

—¿Por qué te fuiste así?

—Meli...

—¿Por qué te marchaste sin despedirte? ¿Sin una llamada? —Se incorporó levemente sobre su brazo izquierdo y buscó su cara entre las sombras.

Jan se tumbó boca arriba y fijó sus ojos en las luces parpadeantes del techo de la habitación.

—Una mañana recibí una llamada... —Posó el brazo sobre sus ojos—. Uno de los bares a los que acudía mi madre, había vendido su deuda a un *cobrador*. —Movié los dedos imitando unas comillas imaginarias—. Me exigía el pago de la misma con efecto retroactivo. Los intereses de demora que esa deuda había generado, se habían triplicado y, aunque yo había ido pagando poco a poco todo lo antiguo, quería que lo que había generado la tardanza en ese pago, lo hiciera de inmediato... —Soltó el aire de su interior—. Además de abonarle todo lo que faltaba.

—¿Y era mucho? —se interesó al mismo tiempo que apoyaba la barbilla sobre su pecho.

Jan enredó sus dedos por el largo cabello.

—Demasiado... —indicó sin más—. No podía negociar... —La miró a los ojos cuando se acordó de algo—. ¿Te acuerdas de nuestra visita al Planetario?

Ella asintió con una pequeña sonrisa.

—Creo que nunca podré olvidarla...

—Era uno de los muchos sitios donde trabajaba —explicó guiñándole un ojo.

—¿De verdad?

Movié la cabeza de manera afirmativa.

—Pasé por muchos sitios, en los que sin contrato o con él, conseguía hacerme con algo de dinero pero...

—...Pero no era suficiente para ese *cobrador* —terminó por él.

Jan suspiró.

—Todas las responsabilidades con las que llevaba acarreado desde hacía tanto tiempo, terminaron por sobrepasarme —susurró.

—Jan... podrías... pudiste... —Se levantó de la cama e intentó huir de su lado. Era consciente de que lo que menos necesitaba su amigo era una reprimenda por su parte pero si no hubiera sido tan orgulloso...

—Melisa... —Atrapó su mano y fue tras ella—. No te enfades conmigo... Ahora no —le suplicó sentado en la cama.

La joven soltó el aire de su interior y asintió tras observar su cara. En ella se reflejaba el agotamiento que llevaba arrastrando desde hacía tanto tiempo... Estaba cansado de lo que había vivido y de lo que le había tocado arreglar. Cansado de tener que hacerse responsable de algo que no le tocaba... Era el hijo, era el que debía ser mimado, cuidado, querido... pero en cambio había tenido que cuidar de una madre enferma que, en vez de dejar su sufrimiento a un lado, para preocuparse por él, había terminado ahogándose en un pozo egoísta en el que cada vez estaba más lejos una solución.

A veces la vida nos lleva por caminos tortuosos, nos pone barreras que debemos esquivar y que se alejan mucho de lo que en principio, por la edad, nos deberíamos encontrar pero es en esos momentos cuando nos damos cuenta de la fuerza que escondemos en nuestro interior, con la que conseguimos salir hacia adelante.

Acarició el mentón cuadrado de Jan y apoyó las manos en sus hombros.

Este la abrazó.

—Lo siento, pero saber que si no hubieras sido tan orgulloso... —Le golpeó el pecho y gruñó con fuerza—. Quizá todo se hubiera arreglado mucho antes.

Jan atrapó su mano y le dio un beso en los nudillos.

—Si tu padre me hubiera ayudado, no habría descansado hasta saldar mi deuda... Melisa, no habría ni dormido a gusto. Era mi madre, mi familia...

Esta suspiró y asintió.

—Está bien. Es el pasado y ya no tiene solución. —Apoyó las manos a ambos lados de su cara—. Pero prométeme que si vuelves a necesitar ayuda... Jan, tanto mi padre como yo te queremos, somos tu familia...

Él asintió.

—Acudiré a vosotros.

—Prométemelo —le exigió.

Jan sonrió y movió la cabeza de manera afirmativa otra vez.

—Si necesito ayuda, te avisaré, enana. —Le dio un rápido beso en los labios—. Te lo prometo.

Ella lo abrazó al mismo tiempo que se sentaba a horcajadas sobre él.

—Así me gusta. Obediente.

Jan se rio.

—Y tú una mandona.

Le sacó la lengua.

—Pero me quieres...

—Siempre —dijo y su boca se cernió sobre la de ella, robándole un voraz beso.

Jan coló sus manos por debajo de la camiseta del pijama y ascendió por su estómago liso, hasta que los dedos rozaron su pecho.

Meli retuvo su respiración...



Él gruñó de impotencia. La necesidad que tenía de tocarla, de acariciarla le estaba superando, y no sabía si podría mantener las manos quietas a pesar de saber que Tomás estaba al otro lado del pasillo.

La joven le agarró la barbilla y buscó su mirada.

—Ya habrá tiempo...

Él asintió y le robó un nuevo beso.

—Explícame lo de las palabras... —Meli arrugó el ceño sin saber muy bien a qué se refería—. Venga, enana, o me distraes con algo o soy capaz de hacer cosas que conseguirán que tu padre me eche... —le dijo y la tumbó sobre la cama—. Explícame eso que recitas cuando te dan las crisis de ansiedad.

Ella se rio de pronto.

—No sé si debería... Además, tengo mucho sueño...

—¿Sueño? —le preguntó mientras comenzaba a torturarla con cosquillas.

—Jan... Para —le ordenó mientras se revolvía de lado a lado, tratando de escapar de sus manos—. Para... Ya te lo cuento...

Este gruñó de satisfacción y se tumbó a su lado, a la espera de que hablara.

Meli se volvió hacia él y pasó sus dedos por su rostro, dibujando cada parte de su cara.

—Siempre supiste tranquilizarme cuando sufría mis ataques... —recordó—. Ya fueran tus manos acariciándome. —Enredó los dedos con los suyos—. Tu cercanía. Pero... cuando te fuiste, tuve que encontrar algo que me aliviara...

Jan le apartó el cabello de la cara con delicadeza.

—No sabes la de veces que me arrepentí de la manera en que todo ocurrió, pero luego pensaba que si hubiera mantenido contacto contigo o si te hubiera avisado de lo que pretendía hacer, no lo habría hecho.

Meli fijó sus ojos en los azules y sonrió con tristeza.

—Es el pasado... debemos dejarlo atrás —dijo y se cobijó entre sus brazos.

Él le acarició la espalda con lentitud.

—¿Y qué hiciste? —preguntó con curiosidad.

—Recordar lo que me hacías sentir cuando estabas a mi lado —confesó—. Empecé con la sensación de *frío* cuando te marchaste... —Se calló por unos segundos para continuar de inmediato—. Pasé a la *lluvia*... Tu olor es como un día de tormenta de verano —explicó sin mirarlo—. El *árbol* y la *tierra*... Es cuando me siento segura, a tu lado, entre tus brazos, el hogar... La *luz*... todo se ilumina contigo; el *calor*... se asienta en mi estómago cuando me hablas, cuando me tocas... *Azul* es tu mirada, la misma en la que me siento atrapada cuando me observas con tu fuerza, y *sonrisa*... tu sonrisa, la que me cautivó...

—Meli... —la llamó obligándola a mirarlo—. Eso es...

—Una tontería —cortó ella con rapidez.

Jan negó con la cabeza y atrapó su boca con delicadeza. Pasó su lengua por los labios, deleitándose con su sabor, y fijó sus ojos en los de ella cuando el beso llegó a su fin.

—Gracias... Gracias por seguir a mi lado a pesar de todo...

Ella negó con la cabeza y le sonrió.

—Siempre.

## Capítulo 22

—Entonces ¿te fuiste sin más? —le preguntó trayéndolo del mundo de los sueños.

Jan gruñó y se volvió hacia ella. Pasó la mano por debajo de la camisa del pijama y la dejó en su lisa barriga.

—Nos fuimos —especificó—. Mi madre y yo.

—¿Se fue contigo?

Él asintió.

—Estaba hundido, desesperado y, a pesar del alcohol que corría por sus venas, todavía pudo darse cuenta. Le expuse lo que sucedía y que no teníamos salida si no queríamos acabar con una pierna rota o algo peor. —Meli arrugó el ceño preocupada y este siseó al notar su tranquilidad, realizando figuras inconexas con la mano sobre su piel—. No pasó nada...

—Pero pudo suceder...

Jan negó con la cabeza y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Pero no fue así —afirmó—. No debemos quedarnos en el pasado si queremos seguir avanzando, enana.

Ella asintió pensando todavía en lo que pudo haber ocurrido.

—¿Y entonces? —Lo animó a continuar, tratando de alejar los malos pensamientos que habían invadido de pronto su cabeza—. ¿Qué hizo tu madre?

—Me propuso ingresarse en una clínica de desintoxicación...

Meli frunció el ceño.

—¿En serio?

—Sí, aunque no te lo creas fue idea de ella —recordó—. Esa misma noche... —Subió la mano hasta el principio de los senos de ella, provocando que retuviera su respiración ante el contacto, para descender de inmediato hasta el ombligo—. Después de acompañarte a casa... Nos fuimos. Mi madre ingresó en una clínica y yo me puse a trabajar en la misma ciudad, sin descanso.

—¿Para pagar?

Movió la cabeza de manera afirmativa.

—Cuando conseguí el dinero necesario y un poco más, me presenté delante de ese hombre y saldé la deuda. Me costó un par de puñetazos que aterrizaron en mi ojo y en mi estómago...

—¡No!

Jan le dio un beso en la frente.

—Me llevé poco para haber estado fuera varios meses...

—Pero eso no es justo —se quejó.

Sonrió con tristeza.

—La vida no es justa, enana, pero debemos jugar con las cartas que nos han repartido.

Meli pasó la mano por su cara, rozando levemente sus ojos.

—¿Te dolió?

—No más que estar lejos de ti —confesó provocando que la caricia se detuviera—. Aunque tu recuerdo logró que siguiera avanzando.

Meli le regaló una pequeña sonrisa.

—Me alegro de que sirviera de algo el tiempo que pasamos juntos.

—No sabes cuánto —dijo con tono enigmático.

Lo miró expectante por querer saber más.

—¿Qué pasó?

Jan gruñó al mismo tiempo que colaba los dedos por debajo de la goma elástica de su pantalón del pijama.

—Mi madre comenzó a entrar y salir de una clínica a otra. Parecía que estaba recuperada pero enseguida volvía a caer en el mismo precipicio. Las facturas de los centros aumentaban, al mismo tiempo que trataba de buscarle la mejor atención hasta que de pronto los chicos me localizaron...

—¿El grupo? —preguntó curiosa.

Asintió.

—Había alguien, amigo de otro alguien, que había escuchado nuestras maquetas y estaba interesado en representarnos... —Se calló de pronto—. Palabras textuales: «quería llevarnos al estrellato».

—Lo conseguí —afirmó recordando que de no conocerlos apenas gente y de que sus canciones solo se escucharan en las fiestas de cumpleaños de los vecinos, comenzaron a inundar las ondas radiofónicas y a llenar conciertos.

Movió la cabeza de manera afirmativa aunque sin demasiado énfasis.

—La persona que comenzó a guiarnos, que debía velar por nosotros, consiguió una plaza en una de las mejores clínicas de desintoxicación del país para mi madre, donde ha estado hasta ahora... y yo me puse a tocar con los chicos.

—Eso suena muy bien.

Las caricias se detuvieron.

—Al principio sí, pero con el tiempo las drogas se impusieron en nuestro día a día, y algunos empezaron a desvariar, a crecerse...

—¿Ricky?

—Ricky —afirmó—. Nuestro agente empezó a comerle la cabeza hasta que una mañana nos anunció que quería probar suerte en solitario... —Meli gruñó—. Me ofrecieron continuar como guitarrista en otros grupos o acompañando a solistas, pero el encanto de ese mundo se había esfumado y no quise aceptar...

—Y regresaste aquí. —No fue una pregunta sino una afirmación.

Jan fijó sus ojos en los de ella y reanudó las caricias.

—Donde siempre he querido estar.

Vivir el instante presente, al menos por una vez sin planear, ocultando el mañana.  
Sin pensar en nada más que en lo que sucede.

**Marc Levy,**  
*Ojalá fuera cierto, 2000*

## Capítulo 23

—Meli...

Ella se removió en la cama, tirando del nórdico para taparse la cabeza.

—Un poquito más...

Jan se rio y le apartó la colcha. Le acarició el cabello y depositó un dulce beso en su mejilla.

—Venga, perezosa. Despierta...

—No me apetece —se quejó y lo miró achicando los ojos. La luz que entraba por la persiana de la ventana, le hacía un poco de daño—. ¿Cómo puedes estar ya vestido? —le preguntó percatándose por primera vez de que estaba sentado al lado de ella y que se había puesto la ropa.

—Porque no quería que tu padre me pillara durmiendo contigo... —susurró y le dio un nuevo beso pero esta vez en la boca—. Felicidades, preciosa.

Meli abrió los ojos de par en par y se incorporó con rapidez, apoyando la espalda en el cabecero de hierro.

—¿Hoy es mi cumpleaños?

Jan se carcajeó y le revolvió el cabello.

—Si no lo sabes tú, mal vamos, enana.

Esta arrugó el morro y lo señaló con el dedo.

—Esto es culpa tuya...

—¡¿Mía?! ¿Y se puede saber qué he hecho yo ahora?

—No dejarme dormir en toda la noche...

Jan se tumbó sobre su cuerpo, dejando su cara a escasos centímetros de la de ella.

—Enana, si hubiera querido que estuvieras despierta toda la noche, lo habrías estado y no habría sido hablando precisamente.

Meli sintió como sus mejillas enrojecían.

—Yo... yo... —tartamudeó sin saber muy bien qué decir.

Este le dio un beso en la punta de la nariz y le guiñó un ojo al mismo tiempo que se apartaba de su lado.

—Te espero abajo... —le dijo y se recolocó el jersey—. Date prisa si no quieres perderte tu cumpleaños.

—Ya lo he celebrado.

Jan, que estaba a punto de salir de la habitación, la miró por encima del hombro.

—No conmigo —comentó y se marchó dejándola sola.



—¿Qué tenéis planeado, chicos? —se interesó el padre de Melisa tras beber del café.

Su hija se encogió de hombros y mordió la tostada con queso y mermelada que se había preparado.

—Ni idea... —Miró a Jan que bebía de su taza en ese instante—. Pregúntale a él...

—¿Y eso? —se interesó el hombre.

—Tenía pensado pasar el día con tu hija, Tomás —explicó—. Si tú no tenías nada organizado...

Este negó con la cabeza.

—Verla soplar veintiséis velas en una tarta...

—Papá, si quieres me quedo.

Volvió a mover la cabeza de manera negativa.

—De eso nada. —Le palmeó la mano y pasó la vista de ella al chico—. Hace mucho que no estáis juntos. No quiero privaros de vuestro momento. —Le guiñó un ojo cómplice a Jan y miró a su hija tras darle un beso en la mano—. Ya habrá más días... Además, no hay ninguna norma que prohíba que soples las velas mañana.

Meli sonrió agradecida.

—Mañana será nuestro día —le prometió.

—Ya sabes que a mí me haces feliz con un trozo de esa tarta tan buena que haces... —  
Recogió la taza y el plato que había utilizado para desayunar.

—¿Tarta? —preguntó Jan curioso.

Tomás asintió y se relamió al pensar en el dulce.

—Tienes que probarla, hijo. De merengue y limón... —Puso los ojos en blanco—. Cho sueña con ella todos los años.

—Yo también quiero —dijo mirando a la joven.

Meli se rio.

—Mañana. —Le señaló con el dedo—. A no ser que quieras cambiar tus planes y...

Jan se levantó con rapidez, arrastrando las patas de la silla.

—No, no... Puedo esperar a mañana.

Ella asintió y se fue a la cocina con la bandeja donde habían dispuesto algo de bollería para desayunar.

—Jan... —lo llamó el padre de Meli en cuanto se quedaron solos.

Este, que tenía fija la vista en el sitio por el que había desaparecido la chica, miró al dueño de la casa.

—¿Sí?

—Sabes que si necesitas ayuda, puedes acudir a mí, ¿verdad?

Jan agachó la cabeza con timidez.

—No hace falta, señor Vargas.

El hombre se acercó hasta él y apoyó la mano en su hombro.

—Si me hubiera enterado antes de lo que sucedió con... —Dudó por unos segundos mencionarlo—. Con tu madre, habría sido el primero en echarte una mano, hijo.

—No era su responsabilidad...

—Ni la tuya. Eras muy joven —le indicó apretando sus dedos en el hombro—. Estamos aquí, Melisa y yo, para lo que necesites —insistió—. Aunque no lleves nuestra sangre, eres nuestra familia y la familia se cuida entre sí.

Jan observó los ojos verdes del hombre, los mismos que había heredado su hija, y asintió agradecido.

—¿Cómo se ha enterado?

—La gente habla... —Le palmeó la espalda y se alejó de su lado.

—La gente es una cotilla —gruñó.

Se encogió de hombros y le señaló.

—Lo sea o no, lo importante es que te quede una cosa clara y no admito una negativa por tu parte. —Jan lo miró expectante—: Si necesitas ayuda...

—...Acudiré a usted —dijo por él.

Este asintió, feliz de escuchar eso, justo cuando Meli regresaba de la cocina.

—¿Nos vamos?

Jan observó al dueño de la casa, quien movió la cabeza de manera afirmativa como si le diera su beneplácito, y respondió a la joven:

—Si estás lista...

—Vestida, lentillas puestas y peinada —enumeró divertida—. Solo falta coger el abrigo.

Jan asintió conforme e indicó:

—Pues nos vamos.



—¿Adónde me llevas? —le preguntó Meli curiosa.

Jan la miró de medio lado y le agarró la mano según salieron de la vivienda.

—Primero a mi casa...

—¿A tu casa?

Este asintió.

—Necesito darme una ducha y cambiarme de ropa —explicó, recibiendo un movimiento de comprensión por su parte.

—¿Y está muy lejos?

—Vamos a mi casa, Meli. La de mi infancia, donde jugábamos al escondite y esperabas en la puerta con tus padres para ir al colegio.

Lo observó extrañada.

—¿La conservas todavía? —Él movió la cabeza de manera afirmativa—. Pero yo pensé que al tener que pagar las deudas... —Se calló de golpe sin saber si debía continuar hablando o no.

Jan tiró de ella para acercarla a su cuerpo y pasó el brazo por sus hombros.

—...De mi madre —terminó por ella—. Meli no pasa nada porque lo digas en voz alta. Mi madre está enferma y la única forma que existe para que nos demos cuenta de lo que sufre, es normalizar la enfermedad.

Asintió y agachó la cara.

—Sé que tienes razón pero no quería hacerte daño...

Jan se detuvo, obligándola a detenerse también, y le levantó la barbilla para poder mirarla a los ojos.

—No te preocupes por mí —señaló—. Estando a tu lado, yo ya estoy bien.

Ella asintió al mismo tiempo que se ponía de puntillas para darle un dulce beso en los labios.

—Pues no te vuelvas a ir...

Este la abrazó con fuerza y negó con la cabeza.

—¿Dónde podría irme sin ti?

Puso los ojos en blanco y suspiró.

—A muchos sitios...

Negó de nuevo y le dio un beso en la frente para, a continuación, ponerse en movimiento sin soltar su mano.

—No pude vender la casa —trató de aclarar sus dudas—. Está a nombre de mi padre y de mi madre, y como no se han separado legalmente... Había que buscar un abogado para que nos resolviera los papeles. Muy complicado en su momento por lo que opté por alquilarla por un tiempo...

—Era una buena solución —afirmó apretándole la mano, para que comprendiera que tenía su apoyo.

Le guiñó un ojo.

—Pero ahora disfrutemos de tu cumpleaños... los dos —resaltó esa última palabra subiendo el tono—. Parada en mi casa y luego ya veremos... —dijo de forma enigmática.

Meli no pudo evitar reírse mientras trataba de pellizcarla.

—No te rías de mí.

Este se carcajeó y abrió la puerta de la entrada.

—Jamás se me ocurriría. —Le sacó la lengua y se adentró por la vivienda, donde el silencio les dio la bienvenida—. ¿Mamá? ¿Estás en casa?

Meli tiró de su mano, intentando llamar su atención.

—¿Está tu madre? —Asintió—. ¿No está en una clínica?

Jan negó con la cabeza.

—Luego te lo explico. —Le apartó un mechón rubio de la cara, y volvió a llamar a su madre —: ¿Mamá? —Nadie respondió—. ¿Te acuerdas de dónde está mi habitación? —le preguntó, deteniéndose al pie de la escalera.

Esta asintió confusa.

—Sí... ¿Pasa algo?

Él le acarició la cara y negó.

—Nada. Solo que ve subiendo y ahora voy yo...

—¿Seguro?

Le dio un beso en la mejilla.

—Sube, por favor.

Meli movió la cabeza de manera afirmativa y ascendió las escaleras, dejándolo solo.

En cuanto Jan vio como desaparecía de su vista, se internó por la casa. Subió las persianas del comedor, permitiendo que la luz de la mañana entrara con libertad por la habitación, y se encontró encima de la mesa varias botellas vacías.

Emitió un gruñido de impotencia mientras recogía los vidrios y se dirigía a la cocina para tirarlos a la basura.

Fregó deprisa los platos con resto de comida que se encontró, y, tras adecentar un poco la estancia, salió de nuevo a la calle para tirar a los contenedores de reciclaje las bolsas con las botellas.

Se quedó mirando por unos segundos los grandes cubos que había pegados a la carretera, hasta que se acordó de que Melisa lo esperaba.



Meli...

Aspiró con fuerza el aire frío de ese día y se volvió hacia su casa. Observó la planta de arriba y comprobó que la joven que conseguía arrancarle una sonrisa a pesar de las vicisitudes con las que se encontraba, lo miraba a través del cristal.

—No me la merezco... —dijo en voz alta y fue en su busca.

## Capítulo 24

—¿Todo bien? —se preocupó en cuanto entró en la habitación.

Jan abrió los brazos y la animó a que se cobijara entre ellos. En cuanto sintió su cuerpo cerca del suyo, y escuchó la melodía de su corazón, supo que a su lado todo podía ir bien.

—Ahora sí...

Lo miró a los ojos.

—Jan, ¿necesitas algo?

Este observó sus ojos verdes, en los que no se podía esconder nada. Le apartó el cabello de la cara y enredó sus dedos entre los largos mechones rubios, y aspiró su aroma a flores. Dejó que su mirada le acariciara cada gesto, cada curva de su rostro y descendió hasta la multitud de pecas que poblaban su nariz. Un universo de estrellas de variados cromatismos, que pasaban del marrón más oscuro a la simple sombra de un círculo, y miró sus labios rosas a los que comenzaba a ser adicto.

Pasó con delicadeza el dedo índice por ellos, delineando sus formas casi perfectas, provocando que su dueña entreabriera la boca, dando paso a la lengua que saboreó el sabor de su piel.

Sus ojos se volvieron a encontrar al mismo tiempo que la energía de la habitación explotaba.

Sus respiraciones se aceleraron...

—Meli, te necesito... —dijo con voz ronca, descendiendo su mirada una vez más hasta sus labios.

Ella dio un par de pasos, acortando la escasa distancia que los separaba, y coló sus manos por debajo de su jersey con un poco de dificultad ya que seguía llevando el abrigo.

—Estoy aquí... Contigo.

Jan suspiró y posó su boca sobre la de ella tras escucharla.

Sus labios se enredaron en una caricia húmeda que les arrancó más de un gemido, y sus manos ávidas comenzaron a desvestir al otro mientras las capas de tela caían al suelo.

Sin previo aviso, Jan la levantó en el aire para tumbarla sobre la cama con la camisa ya abierta.

El sujetador azul asomaba con timidez por la abertura y el movimiento de sus pechos atrajo su atención.

Llevó uno de sus dedos hacia la frontera de fina lencería y dibujó con delicadeza el borde de suave tela al mismo tiempo que su piel iba adquiriendo una tonalidad sonrosada.

La temperatura de sus cuerpos aumentaba...

La sangre circulaba por sus venas a gran velocidad...

El deseo de poseerla, tratar de saciarse de ella, aunque sabía que eso iba a ser una tarea imposible, lo estaba volviendo loco...

—Eres preciosa... —dijo sin apenas aire en sus pulmones.

Buscó sus ojos, los mismos que le habían acompañado en cada nueva nota, con cada nueva canción que había creado, y se encontró un brillo expectante en sus iris.

—Jan... —susurró su nombre.

Este se pasó la mano por su cabello, quitándose sin cuidado el gorro que llevaba, y soltó el aire que retenía de su interior.

Trastabilló hacia atrás y la miró asustado.

—Perdona... Meli, yo...

Observó de nuevo su cuerpo semidesnudo y sintió una mezcla de deseo y vergüenza ante lo que había estado a punto de hacer.

Esta se incorporó confusa sobre la cama, cerrando la camisa con las manos.

—¿Pasa algo? —Él asintió con la cabeza pero no dijo nada—. Jan... —lo llamó yendo hacia él—. ¿Qué sucede?

El joven abarcó su cara y observó su inocente mirada.

—Yo solo pensaba en mí... No me di cuenta de que tú... —gritó de impotencia, alejándose de ella—. No debí ser un desconsiderado, Melisa.

La joven se le acercó de nuevo y lo abrazó por la espalda, apoyando la cara en él.

—¿Quién te dice que yo no lo quiera? —le preguntó con timidez—. Llevo soñando con este momento desde hace tanto tiempo...

Este le acarició las manos.

—Pero no así, Meli. —Se giró hacia ella y posó las manos en su rostro—. Te iba a usar... —Ella arrugó el ceño sin comprender, y él no dudó en pasar los dedos por sus arrugas para tratar de hacerlas desaparecer—. Quería evadirme de esta realidad, de mi día a día, de mi madre...

—¿Por qué está aquí y no en una clínica? —se interesó, llevándolo hasta la cama donde lo obligó a sentarse mientras ella se quedaba de pie, enfrente de él.

—Cuando dejé el grupo, la clínica donde la había metido nuestro agente comenzó a ponernos problemas... —Suspiró y apoyó la cabeza en su estómago—. Subieron las tasas y empezó a serme imposible afrontar el pago.

—Pero eso no es justo —se indignó.

Mostró una triste sonrisa.

—Sabemos que la vida no es justa, enana. —La abrazó.

Meli le acarició el cabello con ternura.

—¿Y qué hiciste?

Hizo un mohín con la boca.

—Hablé con mi madre y le expliqué lo que sucedía... Había solo dos opciones: o se cambiaba a otro centro más económico o salía...

—Y decidió salir —indicó lo evidente.

Asintió con pesar.

—Me prometió que estaba curada, que no iba a recaer de nuevo pero...

—¿No ha sido así?

Jan negó con la cabeza.

—Desde que hemos vuelto pasa sus días en esta casa bebiendo para caer en la inconsciencia cuando su cuerpo no aguanta más.

Meli buscó su mirada azul en la que comenzaban a asomar unas pocas lágrimas.

—Jan, no estás solo... —le recordó pasando los dedos por sus mejillas. Nunca le había visto tan roto.

Elevó la comisura de sus labios intentando sonreír, pero no lo logró y en cambio le salió una

mueca sin vida.

—Gracias por estar a mi lado, Meli —susurró sin apenas voz.

Esta se acercó hasta su cara, dejando escasos centímetros de separación entre sus labios, y le indicó:

—Siempre... —Se sentó a horcajadas sobre él, obligándolo a moverse para que estuvieran ambos cómodos, y agarró sus manos para llevarlas hasta su estómago, para volver a sentir su piel —. Siempre estaremos juntos, Jan, y ahora que no estoy confundida...

—¿Confundida?

Ella encogió uno de sus hombros y le regaló una tímida sonrisa.

—Cuando éramos amigos...

—Somos amigos —la corrigió.

Ella amplió su sonrisa.

—Pero me refiero a antes de que desaparecieras... —explicó observando como este achicaba los ojos, ante esa mención—. Es un hecho que no podemos olvidar, Jan —le dijo al mismo tiempo que lo despeinaba.

—Ojalá no compartiéramos ese episodio de nuestra vida.

Meli lo sorprendió dándole un sutil beso en la boca.

—Existió y no podemos borrarlo, pero, aunque el pasado ha conseguido que nuestra relación sea lo que es ahora, es mejor que pensemos en el presente y miremos al futuro.

Jan la elevó un poco por encima de él, para colocar mejor sus piernas.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabia?

—Desde que me di cuenta de que no somos solo amigos —soltó a bocajarro dejándolo sin palabras.

Él subió las manos por su espalda desnuda y arrugó el entrecejo.

—¿Y cuándo te has dado cuenta de eso?

—Hace unos días —confesó.

La miró con incredulidad.

—¿Estás hablando en serio?

Meli asintió.

—Siempre pensé que solo compartíamos una bonita amistad...

Jan detuvo sus caricias y enfrentó su mirada.

—No puede ser verdad. —Ella movió la cabeza de manera afirmativa—. Pero ¿no viste las señales? Si estaba loco por ti, enana.

No pudo evitar estallar en carcajadas.

—Pues lo disimulabas muy bien. —Le sacó la lengua.

El joven suspiró y reanudó las caricias por su espalda, aventurándose un poco más hacia la parte de su estómago, hasta ascender donde el sujetador escondía los pechos.

—Y yo que creía que no era correspondido por tu parte —se quejó, pellizcándole de pronto en el pezón.

Meli emitió un grito de sorpresa.

—¿Y tus novias?

Este elevó las cejas con incredulidad.

—¿Qué novias?

—Celeste —nombró a la chica que había acaparado la atención de su amigo durante un tiempo.

Jan sonrió.

—Meli, éramos unos niños.

Hizo un mohín con los labios.

—Pero ya me gustabas...

Este la miró sorprendido.

—¿Dices la verdad?

Ella asintió.

—Siempre...

Jan atrapó su cara y la miró con adoración.

—No te merezco, enana —aseguró y la besó con pasión siendo de inmediato correspondido.

## Capítulo 25

Sus labios se enredaron, sus lenguas se encontraron y sus cuerpos respondieron, alentando a sus dueños a que dieran el siguiente paso.

Las manos de Meli se afianzaron a su nuca, enroscando sus dedos entre los rizos del cabello y se movió levemente sobre él, notando como una parte de su cuerpo comenzaba a cobrar vida.

Jan mordió su labio inferior, para a continuación dejar que su lengua sanara los pequeños arañazos que pudiera haberle prodigado, y pasó al superior absorbiéndolo ligeramente.

Un gemido femenino se escuchó en el silencio de la habitación, instante en el que el joven regresó al presente y rompió el contacto.

Meli gruñó de impotencia al verse separada de él.

—Jan...

Este siseó y pasó las manos por su rostro.

—No quiero que te veas obligada —se excusó.

Lo miró sin comprender.

—¿Obligada? —Pasó las manos por debajo de su camiseta, dejando que sus uñas imprimieran su rastro—. Nadie me obliga a nada, Jan. Quiero y deseo acostarme contigo.

—Pero no has estado con nadie y quizá... —Dudó, cerrando los ojos por unos segundos, buscando la fuerza que necesitaba para hablar—. Quizá te arrepientas después porque no sea lo que esperabas o yo no sea el indicado.

Meli sonrió al verlo indeciso.

—Déjame probar una cosa... —Tiró de su camiseta hacia arriba, pero este elevó una de sus cejas receloso—. Venga, no te resistas.

Él sonrió e hizo lo que le pedía, dejando su torso al descubierto.

La joven sonrió complacida y, tras enfrentar sus miradas, descendió su atención por el cuerpo desnudo. Pasó las manos por su pecho firme, dejó que sus dedos delinearan los músculos de su estómago, al mismo tiempo que escuchaba como la respiración de Jan se aceleraba.

Descendió hasta donde la hebilla del cinturón asomaba y dibujó el metal con tentadora delicadeza, buscando los ojos azules que no perdían detalle de su escrutinio.

—Sabes...

—Umm... —musitó sin conseguir emitir ninguna palabra.

—Nunca creí que la persona con la que había soñado cada noche, que me había acompañado cuando tocaba el violín, pudiera hacerme sentir cómoda y apasionada al mismo tiempo. Tu cuerpo es el instrumento musical que he querido tocar desde que no tengo recuerdo, y solo de pensar que creas que luego me podría arrepentir, prueba que en realidad desconoces lo mucho que te quiero, Jan... lo mucho que te he amado.

Este retuvo su respiración ante la confesión. Atrapó su mano, la misma que conseguía con sus caricias hacerle temblar, y buscó sus verdes ojos.

—Sin ti no soy nada...

—No es cierto... —lo contradujo—. Mira todo lo que has conseguido. Piensa en todo lo que has alcanzado. Gracias a tu esfuerzo has logrado ayudar a tu madre...

—Pero...

Llevó su dedo hasta la boca silenciándolo.

—En la medida en la que ella se ha dejado cuidar. —Este suspiró y asintió. Tenía razón—. Recuerda lo que has conseguido con tu música —reanudó su discurso—. Haces magia con la guitarra, Jan.

—Pero no estaba solo —indicó.

—No, pero tus acordes sobresalían por encima de la voz del cantante, tanto que conseguían que te perdonara...

—¿Me has perdonado?

Sonrió con dulzura.

—Hace mucho tiempo, lo que sucede que no me había dado cuenta de ello hasta que regresaste.

Jan atrapó su cara y sonrió feliz.

—Te amo, enana.

—Lo sé —dijo y ambos se besaron con la pasión que retenían.

La boca de Meli se apoderó de la masculina, al mismo tiempo que sus manos acariciaban su cuerpo y un gemido gutural resonaba en la habitación.

Jan se deshizo de la camisa, y del sujetador, liberando los senos que no tardó en acariciar con devoción.

Pasó los dedos por los pequeños montículos, pellizó los pezones enhiestos y tiró con suavidad de estos, provocando que la joven se encorvara ante la caricia.

La suavidad de la piel de esa zona le era irresistible, y una sensación imperiosa por querer saborearlos lo llevó como un animal salvaje a apoderarse de uno de los pechos, dejando que su boca absorbiera su sabor y que sus dedos, junto a su lengua, torturaran a su dueña.

Meli se echó hacia atrás, apoyando sus manos en las piernas de este, permitiendo que tuviera un mayor acceso a la zona donde sus caricias la enloquecían.

Cerró los ojos, disfrutando del momento, y comenzó a moverse con lentitud al sentir como el miembro masculino cobraba vida por debajo de los pantalones, por debajo de ella...

La fricción la llevaba muy lejos... hasta alcanzar la cumbre más alta y nevada, donde las estrellas y la luna vigilaban feliz a la pareja.

Se le escapó de entre los labios un gemido, que atrajo la mirada de su amante.

Jan sonrió al mismo tiempo que atrapaba el otro pecho para corresponderle con la misma atención que a su gemelo, cuando escuchó como le llamaba, sin apenas fuerzas, sin saber lo que en verdad reclamaba.

—Jan...

Este se movió algo incómodo, ante la presión que sentía bajo su bóxer, y posó la mano por su estómago sin dejar de saborear su seno.

Dejó que sus dedos descendieran por su tersa piel hasta que se toparon con el botón del vaquero que no dudó en desabrochar.

Meli, lejos de quejarse, se movió buscando un mayor contacto con su endurecido pene, pero la ropa impedía su objetivo.

Se quejó...

Jan gruñó y la elevó en el aire, para dejarla caer sobre la cama con rapidez.

Esta lo observó extrañada pero cuando vio como se deshacía de su propio vaquero y del bóxer, se mordió el labio inferior muy pendiente del espectáculo que tenía ante ella.

Desde siempre había pensado que el cuerpo desnudo de Jan debía ser digno de admirar y ahora, cuando lo tenía delante, comprobó que sus expectativas no se desinflaban.

Pasó la mano por su liso estómago y descendió hasta su pene que erecto mostraba la excitación de su dueño.

Jan retuvo la respiración ante su contacto.

—Eres hermoso... —musitó con una pizca de timidez.

Este sonrió, atrapó la mano y buscó su mirada.

—Tú sí que eres hermosa... —Se agachó hasta su cara y la besó, dejando que sus dedos se adentraran por debajo de sus braguitas.

El cuerpo femenino se arqueó ante la caricia, disfrutando de las sensaciones que nacían de donde él la tocaba.

Se mordió el labio ante su contacto e instintivamente abrió más las piernas para permitir un mejor acceso, al mismo tiempo que se le escapaba un grito de entre los labios.

Jan la observó travieso.

Ella buscó sus ojos, sintiendo que le robaba el aire que respiraba.

—¿Qué?

Este siseó y movió el dedo que había dentro de ella.

Meli ahogó un gemido.

—Jan... —lo llamó de nuevo.

Él sonrió y le dio un beso cerca del ombligo, para detener las caricias que le prodigaba. Le quitó el vaquero y las braguitas sin demasiadas ceremonias, y, tras buscar en uno de los cajones de la mesilla un preservativo, le preguntó:

—¿Estás segura?

Ella no dudó en mover la cabeza de manera afirmativa.

—Más que nuca.

Jan emitió un gruñido de satisfacción y se tumbó encima de ella. Agarró su duro pene y, con cuidado de no hacerla daño, se adentró por su interior.

Meli gimió de placer al sentirlo.

Jan suspiró al saber que se encontraba en casa.

Los dos se miraron, navegando en los iris del otro, admirando el rostro de su amante... memorizando cada rasgo, cada gesto...

Después de esperar un tiempo prudencial, en el que ella se debía acostumbrar a su cuerpo, comenzaron a moverse a la par.

Primero despacio... con lentitud... siguiendo la armonía del vals que sonaba en sus oídos, para pasar a continuación a un salvaje tango que creaba una atmósfera irresistible, de atracción, de ofrecer al otro... sin egoísmos, solo pensando en dar placer a su pareja.

Sus bocas se unieron de nuevo, bebiendo de su sabor mientras sus cuerpos aumentaban las investidas. Sus manos acariciaban, buscando recordar cada rasgo de su piel...

Jan la besó.

Meli gimió.

Sus resuellos se enredaron...



Una nueva acometida.

Un mayor contacto...

Una nueva estocada.

Una mayor intimidad.

Los ojos azules en los verdes.

Su sabor en los labios de ella.

La pasión desbordada hasta alcanzar su luna particular.

# Capítulo 26

## Meli

Me quiere...

Jan me quiere...

Y no puedo estar más feliz.

Es como si estuviera en una nube, flotando, viendo desde las alturas el verde paisaje de los páramos y los animales correteando.

Volando en libertad para llegar hasta mi destino...

Llegar hasta Jan.

¿Se puede ser más feliz? Creo que no...

Es imposible.

Si es un sueño no quiero despertar... no quiero abrir los ojos y golpearme con la realidad.

Por favor, que no sea un sueño...

Por favor, que sea real.

# Capítulo 27

## Jan

Me quiere...

Meli, me quiere.

Después de tanto tiempo ha logrado perdonarme... Perdonar lo tonto que fui, al orgulloso que no supo pedir ayuda...

Perdonar lo que hice... para volver a abrirme los brazos, para permitir que regrese a su lado.

Me quiere y, como cuando estaba lejos de ella, solo puedo pensar que es un sueño... que estar con ella, compartir nuestra pasión, confesar que nos amamos solo puede ser un sueño...

No quiero despertar...

## Capítulo 28

—Pensé que te habrías deshecho de ella —le dijo acariciando la pulsera que llevaba en la muñeca.

Meli miró sus dedos enredados entre los cordones azules y morados, y buscó sus ojos, su mirada... la que hablaba de amor, del amor que se prodigaban ambos, del que habían compartido apenas una hora antes.

Era mucho más de lo que jamás había soñado...

Sus cuerpos unidos por el amor que sentían, acariciando, besando, tratando de saciar la necesidad que tenían y que sabían que no sería posible lograr.

Después de hacer el amor, habían terminado en la ducha, donde las caricias siguieron y los besos se repitieron, y si no hubiera sido porque Jan anunció que llegaban tarde a su cita, seguirían allí, en la cama, reencontrándose, conociéndose...

—No pude —confesó.

Le levantó la mano y leyó en voz alta lo que ponía en las placas de metal:

—«Tú conmigo. Yo contigo»... —Le acarició la mejilla mirándola a los ojos—. Siempre fue así.

—Siempre... —dijo y le dio un beso en los labios, dejando prendada la mirada en la suya—. Y ahora, si no quieres que vuelva a abusar de ti... —Le rodeó la cintura con una sonrisa traviesa—. Deberíamos irnos.

Este gruñó y dejó caer su cabeza resignado.

—Porque ya he quedado, si no seguiríamos en la cama. —Le guiñó un ojo y correspondió su sonrisa con otra.

—¿Hemos quedado? —preguntó curiosa—. ¿Con quién?

Jan se carcajeó.

—No tienes nada de paciencia, enana. —Le revolvió el cabello y agarró su mano para salir de la habitación.

—Eres tú al que de repente le encantan los misterios.

Este se volvió y la abrazó en el comienzo de la escalera.

—Lo que me gusta es sorprenderte —le anunció y le acarició los labios—. Deberías ver la cara que pones cuando lo consigo.

Puso los ojos en blanco.

—No creas que así dejaré de preguntarte.

Jan se rio y negó con la cabeza.

—Eso me temía... —Comenzó a bajar los escalones cuando la puerta de la casa se abrió—. Mamá... ¿dónde has estado?

La mujer observó a la pareja, sorprendida de ver a Melisa con su hijo.

—Una entrevista de trabajo... —respondió pero no dio más detalles, adentrándose por la casa.

Jan observó la espalda de esta según se alejaba de ellos sin comprender.

—Ve... —lo animó Meli—. Te espero fuera.

—¿Seguro? —Ella asintió, recibiendo un beso en los labios—. Gracias —susurró y salió en pos de su madre.

Se la encontró en la cocina, rebuscando entre los armarios.

—No quedan —le anunció Jan tras ella.

La mujer lo miró con mala cara y siguió abriendo las puertas blancas como si temiera que su hijo la engañaba.

Cuando terminó de inspeccionar toda la cocina, trató de ir hacia el salón, pero Jan se interpuso en su camino.

—No hay —insistió.

Su madre enfrentó su mirada y tensó la mandíbula.

—¿Y no has comprado?

—No debes seguir bebiendo —dijo a modo de respuesta.

La mujer lo empujó, moviéndolo del sitio, y se fue al comedor donde continuó con su busca.

—Tú no eres nadie para decirme lo que debo o no debo hacer. Eres igual que tu padre —espetó con furia—. Te irás y me dejarás sola... Sola —gritó con fuerza al mismo tiempo que estrellaba un jarrón de cristal contra el suelo.

Jan se le acercó con rapidez, impidiendo que se agachara para recoger el estropicio.

—Mamá, déjalo. Ya lo hago yo. —Atrapó sus manos temblorosas, y observó como por su rostro corría el agua salada—. Mamá... no llores —le rogó al mismo tiempo que intentaba abrazarla.

Ella negó con la cabeza y se levantó, alejándose de él.

—Será mejor que te vayas... Te esperan.

—Si quieres, me quedo y...

Ella volvió a negarse.

—No. Ya lo hago yo... —Se limpió la cara con la manga del jersey—. Melisa te espera... Vete.

—Puedo quedarme... —insistió.

—Ya estoy bien. Tranquilo —trató de confortarle—. Ha sido un momento... Todo va a ir bien. Ya verás.

Jan arrugó el ceño, confuso de la diatriba sin sentido de su madre.

—¿Seguro?

Ella asintió y le sonrió, pero en vez de tranquilizarle el gesto, le preocupó todavía más.

—Estoy bien —repitió y se acercó a él, posando la mano ajada en su mejilla. Hacía mucho que Jan no recibía un gesto cariñoso por parte de ella—. He tenido una entrevista de trabajo y me han dicho que lo más seguro es que me llamen... Solo quería festejarlo brindando —explicó.

Este tensó la mandíbula y se alejó de su contacto, recogiendo los cristales rotos del jarrón.

—No te sienta bien la bebida —comentó sin mirarla, evitando que se sintiera violentada.

Ella observó los movimientos de su hijo. Su hijo... quien la había cuidado todos estos años, quien se preocupaba por ella, quien tanto se parecía a su marido...

Tuvo el impulso de acariciar su cabello, sentir la suavidad de esa cabellera tan similar a la de su padre, pero en el último momento retuvo su mano.

—Lo sé y por eso, es mejor que no haya ninguna botella en casa —afirmó, sorprendiendo a Jan, que la miró como si no la conociera.

—¿Estás bien?

Ella asintió y le quitó los cristales de las manos.

—A partir de ahora todo irá bien. Ya lo verás, hijo —le dijo y le empujó hacia la puerta de la calle para que se reuniera con Melisa.

## Capítulo 29

—¡FELICIDADES! —le gritaron en cuanto traspasó las puertas del restaurante de los padres de Cho.

Meli se quedó con la boca abierta al ver a su padre junto a los de su amiga, además de a Cho, a Bruno y a algunos compañeros del conservatorio.

Esta observó a los allí reunidos y luego miró a Jan.

—¿Es cosa tuya?

El joven se encogió de hombros y le dio un beso en la mejilla.

—Felicidades, enana.

—Meli, que sepas que este chico de aquí es muy pesado. —Cho señaló con el dedo a Jan mientras se acercaba a ellos y le dio un beso a su amiga—. Se presentó el jueves, cuando estábamos cerrando, y no se fue de aquí hasta que convenció a mis padres para organizarte una fiesta sorpresa. ¡A mis padres! —exclamó en voz alta—. ¿Te lo puedes creer? Yo no y eso que son mis padres...

La rubia miró anonadada a su amiga.

—¿El jueves? —Ella asintió—. ¿Y por qué no me lo dijiste?

Cho se mordió el labio inferior y miró a Jan como si acabara de meter la pata.

—La culpa es de él. —Le volvió a señalar con el dedo—. Es muy persuasivo —lo acusó y se marchó dejándolos solos.

Meli observó al culpable de esta situación, quien la miraba con cara de no haber roto un plato.

—Después de acompañarme a casa, ¿viniste aquí?

Este asintió.

—Eran mis planes iniciales, pero te encontré y no pude evitar cambiar de idea.

—Y a pesar de cómo te traté, aún tenías ganas de organizarme esto... —Miró a su alrededor para devolverle la atención.

Jan encogió uno de sus hombros y le dio un leve beso en los labios.

—Te mereces esto y mucho más —le indicó, dejando sus miradas enlazadas, llevándolos más lejos de donde se encontraban.

Un sutil carraspeo atrajo su atención pasados unos segundos.

—Hija...

Meli se volvió con rapidez hacia su padre.

—¿A ti también te convenció para esta locura?

Tomás miró primero a Jan para después posar sus ojos sobre ella.

—No pude negarme. —Le dio un beso en la mejilla—. Hace mucho que no tienes una fiesta de cumpleaños como Dios manda...

—¿Te estás quejando de mi tarta?

El hombre se alarmó.

—Oye, nadie ha hablado de tu pastel de merengue y limón —atajó con rapidez—. Tanto Cho como a mí nos gusta mucho, y estaremos encantados de que nos lo hagas mañana.

—¿Mañana? —preguntó divertida.

Este asintió y palmeó la espalda de Jan.

—Claro. Además, este muchachote tendrá que llevarse un premio por su regalo...

—A mí no me importaría probarla —Jan se confabuló con él.

Meli negó con la cabeza y bufó con fuerza.

—Sois tal para cual. —Los señaló a ambos mientras trataba de no sonreír, pero le era imposible viendo la cara que los dos hombres le ponían—. Voy a por algo de beber —les anunció al final y los dejó solos mientras escuchaba tras ella sus risas.

—Te he comprado un regalo...

La joven se volvió con el vaso de refresco en la mano, y le ofreció una sonrisa amistosa a Bruno.

—Muchas gracias. —Tomó el pequeño paquete envuelto en papel de regalo—. Pero no debiste hacerlo...

—Claro que sí —soltó Cho apareciendo a su lado.

Meli negó con la cabeza y, tras dejar el vaso en una mesa, posó su mano en el brazo del joven.

—No la hagas ni caso... Ya sabes como es Cho —le dijo y abrió el regalo—. Ohh... Bruno, gracias.

—¿Qué es eso? —preguntó Cho achicando sus ojos.

—Un pañuelo de seda —explicó—. Es para limpiar el violín...

La joven morena cogió entre los dedos el retal de color beis.

—¿En serio?

Meli se lo quitó y lo guardó en la caja donde venía.

—Muchas gracias, Bruno —repitió sin hacer caso a su amiga—. Necesitaba uno...

—Ahora el mío. Abre el mío... —la cortó Cho con demasiado entusiasmo.

La rubia sonrió y tomó la pequeña cajita que le ofrecía.

—¿Qué me has comprado? —la interrogó intrigada.

—Es una sorpresa —indicó mordiéndose el labio inferior.

—¿Qué hacéis? —preguntó Jan apareciendo junto a ellos.

—Abriendo regalos —le informó Cho, golpeándole en el estómago con suavidad.

Este se rio.

—¿Y a quién le hace más ilusión? —Miró a la joven de ojos rasgados—. ¿A ti o a Melisa?

—A ella —respondió Meli por su amiga y se rio, al mismo tiempo que abría la pequeña cajita—. Cho... —susurró su nombre asombrada por lo que veía.

—¿Te gusta? —se interesó, embargada de pronto por la timidez.

Meli tomó entre sus dedos el pasador de plata para el pelo y la miró.

—Es precioso... —Sonrió y la abrazó—. Gracias, gracias...

Cho se rio nerviosa.

—Lo vi y me acordé de uno parecido que tenía tu madre...

La rubia asintió, notando como una lágrima se le escapaba de entre los ojos.

—Gracias, Cho. Me encanta.

Esta encogió uno de sus hombros, tratando de quitar importancia al asunto, pero notando como sus ojos también se inundaban de lágrimas.



—Vaya dos... —soltó Jan conmovido de verlas tan unidas a pesar del tiempo que había pasado. Pasó sus brazos por los hombros de ambas, y las abrazó—. Sois especiales, ¿lo sabéis?

Cho se rio, lo miró y luego observó a su amiga que le devolvía la misma sonrisa.

—Y tú eres un pesado... —le indicó y le pellizcó el estómago.

—¡Oye! —se quejó soltándola al mismo tiempo—. Eres una salvaje...

Meli se rio.

—Seguís comportándoos igual... —Cho y Jan la miraron sin comprender—. No paráis de pincharos y eso que han pasado ya unos años.

Jan sonrió y revolvió el cabello de la morena, recibiendo un sonido de queja por su parte.

—Porque aunque sea insoportable, la tengo aprecio...

—¿A quién llamas insoportable? —se defendió Cho.

Jan la señaló con el dedo, que esta trató de morder, y ambos estallaron en sendas carcajadas acompañados de Melisa quien se alegraba de que, a pesar de que el tiempo había pasado, todo seguía igual.

—Chicos... —les llamó la madre de Cho—, la comida ya está.

Los tres asintieron y fueron hacia la mesa donde se habían dispuesto los platos para la celebración, dejando detrás de ellos a Bruno, quien se había sentido apartado de la conversación desde el primer momento.

## Capítulo 30

—Pásame el *wok* de verduras, Cho —le pidió Jan que, sentado al lado de Meli, no paraba de disfrutar de la cocina de los padres de esta.

—Te estás poniendo las botas —le dijo la joven al mismo tiempo que hacía lo que le pedía.

—¡Y tanto! —soltó Meli—. Él solito ha acabado con los rollitos de alga nori.

—Me dijiste que no querías más —indicó Jan, echándose las verduras y la carne en su plato. La rubia se rio y posó la mano en su pierna.

—Pero porque si llego a decirte lo contrario, me habrías mordido...

El joven la miró asustado.

—¿De verdad que has pensado eso?

Meli y Cho intercambiaron miradas para estallar en sendas carcajadas con rapidez.

—No seas tonto... —le dijo con cariño, dándole un beso en la mejilla.

—Además —Cho atrajo la atención de la pareja—, seguro que mi madre tiene más ahí dentro. —Movi6 la cabeza hacia donde debía encontrarse la cocina.

—Y, si no, siempre te quedará que te inflas a ellos cuando vayas a Jap6n, ¿no es verdad, Meli? —intervino Bruno en la conversaci6n, atrayendo la mirada de los tres j6venes.

—¿A Jap6n? —pregunt6 Jan confuso.

Cho le dio una patada por debajo de la mesa a Bruno, con intenci6n de pasar desapercibida, pero el quejido de este la delat6.

—Ey... ¿por qu6 me das?

La morena abri6 los ojos de par en par y gruñ6.

—Por nada... —indic6 de malos modos.

Jan, que apenas prestaba atenci6n al intercambio de la pareja, se volvi6 hacia Meli y pregunt6 de nuevo:

—¿Te vas a Jap6n?

—Bueno... —Dud6 qu6 decir—. No est6 decidido todavía.

—Creía que sí lo tenías claro —mencion6 Bruno, recibiendo un pellizco que le hizo saltar en la silla—. ¡Cho!

—Si me disculpáis... —señal6 Meli y se levant6 de la mesa para dirigirse al baño.

Entr6 en el pequeño espacio como si la persiguiera el mismísimo demonio, y se mir6 al espejo. Not6 como la respiraci6n comenzaba a abandonarle de los pulmones y que su coraz6n latía a gran velocidad. Se agarr6 al mueble del lavabo con fuerza, hasta que sus nudillos adquirieron una tonalidad blanquecina, y comenz6 a relatar el mantra que la acompañaba cuando la invadían las crisis de ansiedad:

—Frío, lluvia, árbol, tierra, luz, calor, azul, sonrisa...

Respir6 profundamente al mismo tiempo que cerraba los ojos y pasados unos minutos, escuch6 como la voz de Jan atravesaba la nebulosa de su cabeza. Sintió su mano que subía y bajaba por su espalda, y el calor de su contacto se asent6 en su est6mago.

—Estoy aquí... —musit6 en apenas un susurro—. Todo va a salir bien —insisti6 el joven, consiguiendo que abriera los ojos.

Sus miradas se encontraron a través del espejo y una tímida sonrisa asomó en la cara de Jan.

—Estoy en el baño de chicas...

Meli no pudo evitar sonreír.

—A ver si te echan por escándalo público.

Este la abrazó por la espalda y le dio un beso en el cuello.

—No me importaría siempre que pueda disfrutar del momento —señaló, colando las manos por debajo de la camisa, haciendo que saltara ante el contacto de sus manos frías contra su piel.

—Estás helado —lo acusó, intentando zafarse de su agarre.

Jan se rio y la giró para tenerla de frente.

—Pues caliéntame —sugirió apoyándose contra ella, haciéndole partícipe de su necesidad.

Meli, lejos de asustarse, le pasó las manos por la espalda hasta posarlas en su trasero.

—Ojalá pudiera...

Jan atrapó sus labios y la instó a que abriera la boca, permitiéndole el paso a su lengua que acarició la de ella.

La joven emitió un gemido de placer ante la caricia, seguido de un gruñido de insatisfacción cuando este terminó el beso.

—Luego...

Ella asintió conforme aunque su cuerpo no estaba por la labor de querer esperar.

—Luego...

Jan le apartó el cabello de la cara y buscó sus verdes ojos.

—¿Estás mejor? —Esta asintió—. ¿Seguro?

Meli lo abrazó y se cobijó en su pecho.

—Ahora mejor...

—¿Quieres que lo hablemos? —le preguntó pasado un tiempo prudencial.

Ella lo miró, fue a decir algo pero unos golpes en la puerta del servicio lo impidieron.

—Meli, ¿estás bien? —Era la voz de Bruno la que llegaba tras la blanca madera.

La pareja suspiró al mismo tiempo y se separaron, no sin antes compartir un rápido beso.

Jan salió el primero del cuarto de baño, lo que provocó la sorpresa en el joven que lo miró sin ocultar el malestar que sentía de verlo allí.

—Meli, ahora sale.

Bruno asintió pero no dijo nada, observando cómo se alejaba.

—Bruno... ¿sucede algo? —se interesó Meli, apareciendo tras Jan.

Este se volvió, cambiando el gesto de su cara.

—No. Nada. Solo que estaba preocupado...

Ella atrapó su brazo y le instó a que regresara al salón.

—Estoy bien —aseguró.

—Pero es que me da la sensación de que he hecho algo mal...

Le palmeó con cariño, intentando tranquilizarlo.

—Todo está bien —afirmó—. Solo son cosas que Jan y yo debemos hablar, pero todavía no nos ha dado tiempo. —Le regaló una sonrisa cómplice—. Como se diría acaba de llegar ayer...

—Pero es que fue ayer... —soltó y se detuvo, parándola a ella también.

Meli lo miró extrañada.

—¿Qué quieres decir?

Bruno se pasó la mano por su corto cabello, despeinándose, y dejó caer la mano sin fuerzas para esconderla en el bolsillo del pantalón de pana que le quedaba algo ancho.

—Mira, Meli, no quería decir nada... —comentó nervioso—. No es asunto mío pero ese chico... —Movi6 la cabeza hacia el sal6n, donde Jan hablaba con el padre de esta—. Acaba de regresar de qui6n sabe d6nde. Te dej6 tirada y ahora regresa, y le recibes como si no hubiera sucedido nada.

Meli arrug6 el ce6o al escucharle.

—Es mi amigo —dijo sin m6s.

Este se carcaje6 provocando que un escalofr6o la recorriera de arriba abajo.

—Pues yo soy tu amigo y no te has abierto de piernas para m6...

Ahog6 un gemido.

—Mira, Bruno, no s6 qu6 te pasa pero creo que ser6 mejor que hablemos en otro momento... —Se volvi6 con intenci6n de marcharse, pero la agarr6 de la mu6eca impidi6ndoselo.

—No. Lo vamos a hablar ahora —le orden6.

Meli mir6 el lugar por donde la ten6 sujeta para enfrentar sus ojos oscuros a continuaci6n. Dio dos pasos, acortando la distancia que los separaba, y le exigi6 con un tono de voz que no admit6a r6plica alguna:

—Su6ltame ahora mismo.

El labio superior de Bruno tembl6 y un par de gotas de sudor se asentaron en su frente.

—Meli, yo...

Esta movi6 el brazo que ten6 preso hasta que consigui6 soltarse, y se puso de puntillas para tener su mirada a la misma altura que la de 6l.

—Creo que has confundido mi amistad con lo que no era, pero como no quiero darle la raz6n a Cho y pensar que no eres buena gente, vamos a olvidarnos de este episodio. Correremos un tupido velo y, la pr6xima vez que nos encontremos, haremos como si no hubiera sucedido nada.

—Pero, Melisa, yo te quiero.

La joven se dej6 caer sobre sus talones y suspir6, pas6ndose la mano por el cabello.

—Si de verdad me quisieras, te habr6as dado cuenta de que yo solo puedo amar a una persona, a la misma a la que llevo amando desde ni6os, con la que soy feliz y he vuelto a sonre6r con su regreso.

Bruno mir6 por encima de su cabeza, posando su atenci6n en Jan, y solt6 el aire que reten6a.

—Pero se volver6 a marchar...

Meli observ6 a su amigo, a su amante, al chico que le hab6a robado el coraz6n y suspir6.

—Quiz6 pero mientras est6 aqu6, voy a disfrutar de cada minuto, de cada segundo que estemos juntos. —Atrap6 las manos de Bruno, atrayendo la mirada de este—. Amor es dar sin esperar nada a cambio, sin temor al ma6ana o a un futuro incierto. Compartir nuestros d6as, las horas, las miradas y las palabras, la m6sica que nos une y que nos lleva de la mano por el camino de la vida. Jan es mi pareja de vida y si decide marcharse, me doler6... —Cerr6 los ojos por un segundo—. S6 que me doler6, pero seguir6 viviendo para que cuando el destino decida unirnos de nuevo, pueda perdonarle como he hecho ahora.

—Puedo esperarte... —indic6 Bruno en un intento desesperado.

Ella neg6 con la cabeza y le di6 un beso en la mejilla.

—No te mereces que te amen a medias...

—¿Todo bien? —preguntó Cho apareciendo tras ellos.

—Sí —dijo Bruno, adelantándose a Melisa—. Debo irme a casa...

La morena lo miró confusa. No era que sintiera especial simpatía por él, pero era extraño que se fuera así, de repente.

—¿Ha pasado algo? —se interesó.

El joven negó, dio un beso a Meli en la mejilla y le ofreció una triste sonrisa.

—Nos vemos en el conservatorio.

Ella asintió y vio como se marchaba.

—¿Qué ha pasado? —Cho la interrogó en cuanto se quedaron a solas.

Esta pasó la mano por su brazo y la animó a que avanzara hacia el salón.

—Lo que tenía que pasar... —indicó enigmáticamente.

La morena la observó, sabiendo que le ocultaba algo.

—Melisa...

—Cho... —la imitó.

Esta bufó con fuerza hasta que, viendo que no le iba a sacar nada, se rindió.

—¿Me lo contarás algún día?

Meli la miró de medio lado y sonrió.

—Algún día...

# Capítulo 31

—¿Adónde vamos?

Jan se rio por la pregunta. Había perdido la cuenta de las veces que se la había hecho desde que se habían marchado del restaurante, despidiéndose de los que allí se encontraban.

Su intención era llevarla hasta la siguiente sorpresa que había organizado, sin que lo descubriera... Su cara, el brillo de sus ojos cuando lograba sorprenderla merecía el suplicio de su interrogatorio, pero su insistencia se lo estaba poniendo muy difícil. Más cuando le tentaba con besos y caricias que le estaban volviendo loco.

—¿Otra vez?

La joven se encogió de hombros e hizo un mohín con los labios.

—Joo... No puedo evitarlo. —Se colgó de su brazo, dio un salto feliz, y le mostró una sonrisa inocente.

Él volvió a reírse al mismo tiempo que le acariciaba la mejilla.

—Quedan unos metros para que lo descubras...

Meli arrugó el ceño.

—No me digas que...

Este le guiñó un ojo, tiró de ella para torcer por la calle que nacía a su derecha, y se encontraron de frente con su destino.

Un gran edificio, coronado por una enorme cúpula, miraba impertérrito el pasar del tiempo desde su alta colina. Verdes jardines y cipreses de diferentes tamaños lo rodeaban, y desde su puerta nacían serpenteantes caminos con pequeñas piedras que sonaban con las pisadas de las personas que caminaban por ellos.

—Estará cerrado... —musitó Meli con pena.

Jan la miró por encima del hombro y sonrió como si escondiera un gran secreto.

—Quizá sí... Quizá no...

Lo observó esperanzada.

—¿Quizá no?

Le dio un beso en la mano, ofreciéndola una gran sonrisa, y la llevó hasta una puerta lateral, mucho más pequeña que la que había en la fachada principal del edificio.

Dio un par de golpes sobre la superficie de metal y esperaron compartiendo miradas impacientes. Los dos recordaban lo que había ocurrido hacía unos años en ese mismo lugar, y estaban deseando revivirlo.

Pasados unos minutos, que a la pareja se les hicieron eternos, un hombre mayor asomó por detrás de la puerta.

—Jan... —Le ofreció la mano que el joven no dudó en estrechar—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Isidro, gracias por hacerme el favor...

El hombre movió la mano de lado a lado y sonrió, al mismo tiempo que abría más la puerta para permitirles el paso.

—Nada, nada... Es un placer —indicó y marchó pasillo adelante, sin comprobar que lo siguieran.

En cuanto salieron del oscuro corredor, esquivando alguna que otra caja y teniendo cuidado de los cables que asomaban por las paredes, llegaron a una sala de exposiciones que Meli conocía muy bien.

Era la misma donde había acabado hacía ocho años, la misma por la que pasaron para llegar hasta el salón donde vieron el universo, observaron su luna, donde se dieron su primer beso...

—Diez minutos para que comience... —les indicó el hombre, señalando el reloj de muñeca que portaba, para desaparecer por una pequeña puerta casi invisible de inmediato.

Meli miró a su acompañante sin poder ocultar los nervios que sentía.

—¿Diez minutos para qué?

Jan le sonrió y la llevó hasta una puerta doble que no tardó en abrir.

—Para nuestra cita en la luna...

Sin soltar sus manos, entraron en una enorme sala con las butacas azules, y se dirigieron instintivamente a los mismos lugares que ocuparon en el pasado.

Meli le sonrió.

Jan correspondió a su gesto.

La oscuridad se cernió sobre ellos, al mismo tiempo que miles de luces parpadeantes aparecieron en el techo. El universo tomaba forma y la luna, mostrando todas sus fases, fue creciendo ante sus ojos.

En cuanto la luna llena se mostró en el centro de la pantalla, grande, hermosa, con sus cráteres perfectamente visibles, como si fueran las pecas de la cara de una persona, las miradas de Jan y Meli se unieron.

La azul en la verde, como la campiña inglesa después de una tormenta...

La verde en el mar insondable, donde los sentimientos de su dueño se reflejaban...

Jan en Meli...

Meli en Jan...

La mano de este se posó en su mejilla, y pasó el pulgar por sus labios haciéndolos reaccionar.

Ella retuvo su respiración ante el contacto, cerró los ojos por unos segundos para sentirlo mejor, y escuchó como el latido de sus corazones tocaba una misma melodía... la melodía de su amor.

—Meli, te quiero...

Ella abrió los ojos y sonrió feliz de escucharlo.

—Yo también te quiero...

Sus labios se juntaron sellando su confesión... Confiando el uno en el otro, en que nada ni nadie les podría separar de nuevo.



—¿Entramos? —preguntó desde detrás del escaparate de la tienda donde se habían detenido.

Jan, que todavía no podía creer la suerte que había tenido por estar así con Meli, a su lado, que lo hubiera perdonado... asintió sin dudar. Sabía que ahora mismo no podría negarle nada.

Meli sonrió feliz y tiró de su mano, empujando la puerta del establecimiento al mismo tiempo

que unas campanillas avisaban al dueño de que acababan de entrar nuevos clientes.

—Buenas tardes... —los saludó un joven vestido con una camisa de cuadros rojos y negros, y un vaquero, que había tras un mostrador—, ¿os puedo ayudar en algo?

Ella negó con la cabeza, movimiento que imitó su compañero.

—Solo queremos mirar... ¿Podemos? —preguntó.

El dependiente asintió y se sentó de nuevo en la silla que ocupaba minutos antes de que aparecieran, para recuperar el libro que leía y que había dejado boca abajo, junto a un viejo tocadiscos.

—Por supuesto y si veis algo que os llame la atención, aquí estoy.

—Gracias —Jan le agradeció, quitándose el gorro de lana para guardarlo en el bolsillo de su chaqueta, yendo tras Meli que ya se había internado por la tienda, entre los estantes y cajas repletos de vinilos antiguos, y algunos más modernos.

El establecimiento, aunque era pequeño, tenía un encanto especial. Sus paredes estaban forradas de madera, de las que sobresalían estanterías en los que reposaban vinilos que abarcaban una gran diversidad de géneros musicales. Por el suelo un sinfín de cajas, de esas que se utilizaban para transportar mercancías, estaban también repletas de discos, amontonándose por la tienda, casi impidiendo el acceso de los clientes.

—Mira... —llamó su atención la joven, enseñándole lo que tenía entre las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó tras ella, colocando las manos en sus caderas.

Meli dio la vuelta al disco para echar un vistazo a las canciones que se indicaba que contenía, y las señaló una a una con el dedo.

—Es un recopilatorio de los grandes clásicos... Mozart, Beethoven, Bach... —leyó en voz alta.

—¿En vinilo? —preguntó intrigado, quitandoselo de las manos.

Ella asintió y se alejó de su lado, rebuscando en una de las cajas que tenían cerca.

—Dicen que la música se escucha mejor en un disco... —mencionó sacando otro de entre los que tenía enfrente.

Jan asintió devolviendo a su sitio original el de música clásica.

—Es verdad.

Meli lo miró sorprendida por la seguridad de sus palabras.

—¿Lo has comprobado?

Asintió.

—Uno de los pocos caprichos que me di fue comprarme un tocadiscos...

—¿Y dónde lo tienes? —preguntó curiosa.

Jan se acercó y le dio un beso que acabó demasiado rápido para su gusto.

—En mi habitación.

—No lo he visto...

Este se rio atrayendo su mirada.

—Quizá estabas más pendiente de otra cosa —mencionó mirándola con intensidad, provocando que enrojeara al darse cuenta de a lo que se refería.

—Tal vez... —musitó ella, sin entrar en detalles—. Mira... —dijo de pronto, cuando se internó todavía más dentro del establecimiento— también tienen instrumentos de música.

Jan fue tras ella, llegando a su lado justo cuando apartaba con cuidado una silla, alejándola



de una guitarra española que tomó entre sus manos.

—¿Qué haces?

Esta se la ofreció con una sonrisa.

—¿Tocas?

Se pasó la mano por su cabello, al mismo tiempo que suspiraba, y agachó la mirada cohibido.

—No creo que se pueda, Meli.

Esta amplió su sonrisa y, para su sorpresa, se alejó con rapidez en dirección a la entrada.

—Perdone... —llamó la atención del dependiente—, ¿podría mi amigo tocar la guitarra?

—Siempre que tenga cuidado... —comentó—. Tenéis vía libre.

—Gracias. No habrá ningún problema —respondió para regresar al lado de Jan de inmediato—. Ves... Todo es posible.

Este se rio y agarró la guitarra que le ofrecía de nuevo. Se sentó en una de las sillas que había allí, y se colocó para estar cómodo.

—No sé por qué quieres que toque... —comentó mientras tanteaba las cuerdas para comprobar que estaba afinada.

Meli se dejó caer sobre el suelo y lo miró expectante.

—Porque me gusta disfrutar de la buena música... de tu música.

Jan centró sus ojos en los de ella.

—No te merezco...

Ella se incorporó levemente.

—Toca y deja de hablar —le ordenó en un susurro y le dio un beso.

## Capítulo 32

—Perdonad... —La voz del dependiente de la tienda se coló entre las últimas notas de la guitarra, atrayendo la atención de la pareja—. Eres Jan, ¿verdad? Jan el guitarrista de...

—Sí, ese mismo —le cortó Meli con rapidez.

—Lo sabía —indicó apoyándose en el marco de la puerta—. No podías ser otro...

Jan arrugó el ceño y lo observó algo confuso.

—Perdona, ¿nos conocemos?

Este negó con rapidez.

—No, no... pero llevo siguiéndote desde hace tiempo... Bueno, lo que haces con la guitarra.

Jan se levantó de la silla y apoyó el instrumento con cuidado en la pared.

—Bueno, es música...

—No es solo música —lo atajó—. Haces que las notas cobren vida con cada roce de las yemas de tus dedos contra las cuerdas.

El joven sintió de pronto como sus mejillas adquirirían una tonalidad rosácea.

—Gracias...

—Por cierto, soy Phil. —Le ofreció su mano que este no dudó en estrechar.

—Un placer... Jan... —dijo, aunque ya sabía su nombre.

—Yo soy Meli —se presentó tras estrechar su mano.

—Encantado, Meli. —Le guiñó un ojo y miró de nuevo a su acompañante—. Bueno, ¿y qué haces aquí? Pensaba que estarías viajando con tu grupo...

Jan observó a la chica y luego a Phil.

—Ya no hay grupo...

—Ricky quiere probar suerte en solitario —explicó Meli.

El dependiente torció el gesto de su cara y soltó:

—Pues se va a comer los mocos. —La joven pareja se miró asombrada al escucharlo, sin poder evitar sonreír por su afirmación—. Perdonad la sinceridad, chicos, pero es que no tiene ni sangre ni voz ni nada...

A Meli se le escapó una carcajada.

—Bueno, eso no es lo que piensan los que entienden —dijo Jan algo cohibido.

Phil levantó la mano para dejarla caer inerte seguidamente.

—¿Quiénes? ¿Los de la farándula? —Él asintió—. Eso es un mercado viciado donde solo piensan en el dinero que pueden ganar explotando a los jóvenes incautos...

Jan sonrió con timidez.

—Jóvenes incautos como yo...

El hombre se calló de pronto al comprender que estaba metiendo la pata.

—Perdonad, perdonad... No quería decir... ¡Mierda! —soltó para su sorpresa—. Si ya lo dice mi mujer que esta lengua que tengo me puede acarrear más de un problema.

Meli sonrió divertida.

—No pasa nada —indicó Jan, tratando de tranquilizarlo.

El hombre suspiró y se revolvió el cabello nervioso.

—Lo siento, de verdad —insistió de nuevo—. ¿Podemos empezar de nuevo? —le ofreció la mano que Jan sonriente no dudó en estrechar.

—Soy Jan...

—Y yo Phil y aparte de ser un metepatas, soy el dueño de lo que veis aquí. —Extendió los brazos abarcando lo que les rodeaba.

—¿La tienda es tuya? —preguntó Meli.

Este asintió.

—Sí, un poco caótica pero es mi pequeño mundo.

—Es increíble —afirmó ella.

—Gracias y ahora... —Miró a Jan dudando si hablar o no otra vez, por si metía la pata—. ¿Te puedo hacer una pregunta? Si no quieres responder, lo comprenderé pero... —Se pasó la mano por el corto cabello gris, consiguiendo que algunos mechones se quedaran levantados—. Tengo que aprovechar que estás aquí.

El joven movió la cabeza de manera afirmativa.

—Pregunta lo que quieras...

Este dio una palmada al aire.

—Genial, pero antes seguidme —les indicó alejándose de ellos, hacia el otro lado de la tienda.

Los dos chicos se miraron entre intrigados y divertidos. Jan le ofreció la mano para que ella la agarrara, y, tras hacerlo, lo siguieron.

Phil abrió una puerta que había tras el mostrador, dando paso a un pequeño estudio donde una mesa de mezclas ocupaba el espacio de honor.

—¿Y esto? —se interesó Meli asombrada.

Este se volvió con una gran sonrisa en su rostro.

—Bienvenidos a mi pequeño gran reino.

—¿Tienes una discográfica? —se aventuró Jan.

Phil encogió uno de sus hombros.

—Más bien un sello pequeñito —explicó.

—Es increíble —señaló Meli quitándose el abrigo que llevaba para acercarse al micrófono que había tras el cristal.

Jan asintió sin poder estar menos de acuerdo con ella, y miró al dueño de todo lo que les rodeaba.

—¿Qué querías preguntarme?

De pronto la timidez se hizo presa de Phil.

—Pues... Es que... Quizá... —Fijó sus ojos en los azules del joven sin saber por dónde empezar.

Meli lo miró divertida.

—Phil, de golpe... sin medias tintas —le aconsejó.

El hombre movió la cabeza de manera afirmativa, suspiró con fuerza y soltó a bocajarro:

—Querría que compusieras para mis chicos.

Jan elevó su ceja incrédulo ante su petición.

—¿Tus chicos?

Phil sonrió y asintió de nuevo.

—Llevo pequeños grupos, algún cantante que tiene una voz... —Cerró los ojos como si en su cabeza lo estuviera escuchando—. Una voz increíble, y lo único que necesitan es una buena canción, con una letra que enganche y te aleje del mundo terrenal para llevarte hasta el cielo.

Jan se rascó la cabeza.

—¿Y piensas que una canción mía puede conseguirlo?

Este no dudó en asentir.

—Por supuesto... No puedes negar que la mayoría de las canciones de ese grupo tuyo las componías tú...

El joven lo observó sorprendido. Poca gente sabía que eso era así, que, aparte de tocar la guitarra, también componía.

—¿Cómo lo sabes?

Phil le guiñó un ojo.

—Tengo mis contactos...

Jan no pudo más que reírse por la forma de decirlo.

—Pues ya son buenos «esos contactos». —Movié los dedos simulando unas comillas—. Porque firmé un contrato tan confidencial que no me permitían decirlo.

Meli lo miró anonadada.

—¿En serio?

Este asintió y se encogió de hombros.

—La necesidad me llevó a firmar un contrato con ciertas cláusulas abusivas...

Ella se le acercó y atrapó su mano con fuerza, ofreciéndole su apoyo.

—No es justo...

—No, no es justo —Phil estuvo de acuerdo—, y por eso desde aquí... —Movié las manos señalando el estudio—. Aparte de componer, de dar voz a lo que se cuece en tu interior. —Le señaló la zona donde latía su corazón—. Podrías también colaborar con tu guitarra con algunos de mis chicos. Os prometo que no soy amigo de los tejemanejes que se hacen en el nivel superior. — Les guiñó un ojo cómplice.

—No sé... —dudó Jan.

—Vale. Lo entiendo —intervino con rapidez—. Necesitas pensártelo con tranquilidad. Acabas de llegar de esas giras mundiales, donde te adoraban y a un simple chasquido de dedos, conseguías lo que querías... y ahora, te ofrezco esto. —Extendió sus brazos, mostrando cara de pena o por lo menos un intento porque se notaba que todo era teatro—. Es normal que quieras meditarlo...

Meli se rio al final de su discurso.

—¿Tú mujer también te dice que debes disimular cuando algo no te gusta?

Este suspiró y le ofreció una sonrisa cómplice.

—Lo siento pero mi cara es un libro abierto y no me deja mentir.

—¿Y crees que a pesar de todo lo que ha conocido, experimentado y vivido Jan, no lo ha disfrutado de verdad? —le preguntó.

Phil asintió con los hombros caídos y observó al mencionado.

—Tío, eres bueno... muy bueno, pero se notaba que lo hacías por obligación, dejando que la música te llevara, en vez de llevarla tú.

Jan sonrió con tristeza.

—Tenía mis motivos —se justificó.

—No necesito que me los cuentes... No necesito conocerlos para saber que te quiero aquí, conmigo, y que con tu ayuda podemos apoyar a esa gente que comienza, ofreciéndoles un extra...

El joven elevó una de sus cejas oscuras.

—¿Un extra?

—Evitar que pierdan la ilusión por lo que hacen, por su música, por sus canciones... — Apoyó una mano en su hombro—. Mi puerta estará siempre abierta para ti, Jan. Cuando quieras, serás bienvenido.

## Capítulo 33

La pareja intercambió miradas cuando el dueño de la tienda se marchó del pequeño estudio, dejándolos solos.

—¿Te lo vas a pensar? —se interesó Meli, recibiendo por su parte un beso en la mejilla.

—Suena bien... —dijo y se adentró por la estancia hasta donde reposaba otra guitarra española, muy parecida a la que había estado tocando instantes antes, pero la caja de madera de esta estaba más desgastada.

Ella lo siguió esperando a que comentara algo más pero al ver que eso no sucedía, le preguntó:

—Jan, ¿qué tienes pensado hacer? —El chico la miró sin comprender, sentándose en un sillón cercano—. Tras dejar el grupo y negarte a seguir en ese mundo, tienes que trabajar. —Él asintió sin más y ella gruñó ante su actitud—. Jan...

La risa del chico la descolocó del todo.

—Anda, ven... —la animó a sentarse a su lado, y colocó la guitarra por delante de ella—. ¿Te acuerdas de cuando te enseñaba a tocar la guitarra? —le preguntó llevando sus dedos hasta las cuerdas—. Yo sí que me acuerdo... y muy bien... —Olió su cabello y suspiró—. Me volvía loco tenerte tan cerca y no poder besarte...

Meli lo miró por encima de su hombro sorprendida por la confesión.

—A mí me atormentaba la idea de pensar que para ti solo era una amiga más... —Apoyó la espalda en su cuerpo—. Y por eso apuraba los minutos que estábamos así de juntos.

Jan le retiró el cabello de su cuello y le dio un beso.

—Me moría por descubrir tu sabor —susurró a escasos centímetros de su piel.

Ella cerró los ojos deleitándose con lo que su contacto le provocaba.

—Hemos sido un par de tontos...

El joven apartó la guitarra a un lado y la abrazó por debajo de la camisa, apreciando la suavidad de su piel.

—Quiero recuperar todo ese tiempo que hemos perdido...

Meli se volvió hacia él, y enfrentó su mirada.

—Recuperarlo es imposible, pero podemos fabricar nuevos recuerdos... —Lo besó en la boca—. Juntos...

Jan apoyó la frente en la de ella y suspiró.

—Juntos... —estuvo de acuerdo y atrapó su cara con las manos, dejando fijos sus ojos en los verdes—. ¿Qué es lo de Japón?

La chica abrió los ojos como platos y se apartó levemente de él.

—Nada. No es nada...

—Meli...

Ella bufó y se levantó alejándose de su lado, para dejarse caer sobre una silla que había frente a la mesa de sonido.

—Me han concedido una beca de un año —confesó.

—¿En Japón? —Asintió—. ¿Por el violín? —Movi6 la cabeza afirmativamente de nuevo—.

Es una gran noticia.

Meli se apartó el pelo de la cara y soltó el aire que retenía.

—No... Sí... —tartamudeó hasta que dejó caer su espalda contra el respaldo de la silla—.

Sí, es muy buena noticia pero...

—¿Pero? —se interesó.

—Pero acabas de llegar y no quiero marcharme ahora...

Jan se le acercó con rapidez, le atrapó las manos y se acuclilló delante de ella.

—Es una buena oportunidad...

—Lo sé —dijo dejando caer su cabeza.

Apoyó la mano en su cara y buscó sus ojos.

—Debes ir —le indicó bajando la voz—. Yo seguiré aquí...

Meli observó su mirada cristalina y suspiró.

—Pero no estaremos juntos —señaló lo que más temía.

Jan la levantó y se sentó en su lugar, para a continuación instarla a que se acomodara encima de él.

—Si la distancia no ha podido acabar con nuestros sentimientos en estos ocho años, nada conseguirá que en doce meses te olvide. —Ella se cobijó entre sus brazos—. Además, siempre nos quedará el teléfono, internet o que vaya a verte.

Meli lo miró de golpe.

—¿Vendrías a Japón?

Este asintió y le pasó el dedo por sus labios, tratando de borrar la tristeza que reflejaban.

—Puedo juntar algunos días libres en el conservatorio, y así hacer el viaje.

—¿En el conservatorio? ¿Qué vas a hacer allí? —lo interrogó con brusquedad.

Le regaló una sonrisa traviesa.

—Me han ofrecido dar clases de guitarra a los alumnos.

—¿De verdad? —Este asintió, recibiendo un beso como premio—. Eso es una gran noticia...

Jan se rio ante su efusividad.

—Si llego a saber que ibas a reaccionar así, te lo habría dicho antes.

Meli le golpeó el estómago y se levantó con rapidez.

—¿Me estás diciendo que lo sabías desde hace tiempo?

Asintió agachando la cabeza con cierta vergüenza.

—Bueno... Sí...

Ella gruñó mientras se acercaba al sofá donde había dejado su abrigo.

—¿Y cuándo pensabas contármelo?

—Lo estoy haciendo ahora... —dijo divertido al observar su comportamiento.

—Ahora... ¡Ahora!

—Melisa... —la llamó en apenas un susurro, captando su atención, y le ofreció su mano para que la agarrara.

Esta, aunque puso los ojos en blanco, terminó aceptando su mano.

Jan se levantó y tiró de ella, apresando su cintura cuando estuvo a su altura, y levantó su barbilla, buscando los ojos verdes.

—No te enfades... —Negó con la cabeza pero los morros que aparecían en su boca, contradecían sus acciones—. Enana...

Meli bufó con fuerza.

—No entiendo que siendo una gran noticia, no me lo hayas contado antes...

Le apartó un par de mechones de su rostro y fijó sus ojos en el contraste de su piel con el cabello rubio.

—Tengo miedo...

—¿A qué? —se interesó preocupada.

La miró a los ojos.

—A despertar de este sueño ahora que todo marcha bien... Ahora que nos hemos reencontrado... Ahora que estamos juntos y parece que podemos tener un futuro —explicó—. Muchas cosas buenas son las que estoy viviendo desde mi regreso... Estoy esperando que en el momento menos indicado, despierte con una bofetada de realidad que me haga plantar los pies en el suelo.

Meli atrapó su cara y enfrentó sus ojos azules.

—Te mereces todo lo que te está sucediendo...

Sus bocas se unieron sellando sus palabras.

—Eres mucho más de lo que merezco —le dijo cuando acabó el beso.

Ella le guiñó un ojo travieso.

—No lo olvides...

Jan se rio, siendo acompañado de inmediato por ella. Le dio un nuevo beso, que les supo a poco a los dos, se colocó el gorro con su ayuda y atrapó su mano con intención de salir de la tienda justo cuando el sonido del teléfono móvil resonaba por el estudio.



Nadie es propietario de la felicidad. A veces se tiene la suerte de ser inquilino, pero hay que ser muy cumplidor en el pago del alquiler porque de lo contrario te desalojan enseguida.

**Marc Levy,**  
*Ojalá fuera cierto, 2000*

## Capítulo 34

—¿Qué ha sucedido? —interrogó con urgencia Jan al padre de Melisa.

Desde que había recibido esa llamada, la preocupación lo había desbordado y la alarma porque fuera más grave lo que le había sucedido a su madre, los llevó a coger un taxi para llegar lo antes posible al hospital donde la habían llevado.

—Papá... —Le dio un beso en la mejilla—. ¿Está bien?

El hombre se quitó las gafas y se pasó la mano por los ojos.

—Ha sido un coma etílico... —Dudó por unos segundos si continuar hablando—. Por poco no sale de esta.

Jan golpeó la pared con fuerza en cuanto lo escuchó.

—¡Joder! Lo sabía... Joder...

—Jan... —Meli agarró su mano con fuerza—. Saldrá de esta. Ya lo verás.

El joven asintió, aunque no estaba nada seguro de ello.

—Papá, ¿cómo es que te llamaron a ti? —preguntó intrigada de que hubiera sido él el que los informó de los sucedido.

—Regresaba a casa desde el restaurante cuando me la encontré inconsciente en mitad de la acera...

Jan gruñó al escucharlo.

—¿Avisaste a la ambulancia?

Este movió la cabeza de manera afirmativa.

—Era lo menos que podía hacer...

—Gracias por preocuparte —le agradeció—. Otros la habrían dejado allí...

Meli le pasó la mano por su espalda, intentando tranquilizarlo.

—No pienses en eso ahora —indicó—. Lo importante es que la están atendiendo ahora...

—Sí, hijo —estuvo de acuerdo—. Eso es lo más importante ahora. Debemos esperar a ver lo que nos dice el médico.

Jan asintió pero no dijo nada más.

—Sentémonos —señaló Meli, yendo hacia una de las sillas que había libre en la sala de espera del hospital.

El chico se quedó quieto en el mismo sitio donde estaba.

—Yo... —Se pasó la mano por la nuca con la vista agachada—. Necesito tomar un poco de aire... —Miró brevemente al padre de Meli que movió la cabeza de manera afirmativa en cuanto sus ojos se encontraron.

—Ve, tranquilo. Ya te avisamos nosotros si hay algo de información...

—Gracias... —musitó casi sin voz para desaparecer a gran velocidad por la puerta de la calle sin decirle nada a Meli.

—Te va a tocar tener paciencia —le comentó su padre al mismo tiempo que se acomodaba en la silla de al lado.

La joven, que todavía tenía la mirada clavada por donde Jan se había marchado, se giró hacia él sin entenderlo.

—¿Qué quieres decir?

Tomás agarró su mano con cariño y le ofreció una sonrisa amistosa.

—Esta situación es dura para Jan y no sabemos cómo la afrontará...

—Pero no volverá a irse, a dejarme de lado —indicó aunque no estaba muy segura de ello. Su padre le apartó el cabello que le caía sobre la cara.

—La gente puede reaccionar de la forma que menos se espera cuando está en situaciones extremas —comentó con voz pausada—. Jan lleva conviviendo con la enfermedad de su madre desde hace muchos años. Ha acarreado con ello en un momento de su vida en la que debía disfrutar, vivir sin ninguna preocupación... Y encima, sin que nadie lo ayude...

—Porque no pidió ayuda —atajó a media voz.

Tomás le apretó la mano que tenía agarrada.

—Hay personas que no saben pedirlo, cariño. —Ella lo observó sorprendida de sus palabras—. Muchas veces porque piensan que recibirán el silencio por respuesta o por ser muy orgullosos y creer que no la necesitan.

—Pero si la solicitara...

Le pasó los dedos por su mejilla.

—Si eso llega a suceder, estaremos ahí... a su lado.

Meli asintió y le dio un beso en la mejilla donde comenzaba a salirle ya la barba blanca.

—Gracias, papá. Jan es...

—...Muy importante para ti —terminó por ella—. Lo sé. —Le pasó el brazo por su espalda y la acercó a él—. Y tu madre también lo supo ver.

—¿Mamá?

Tomás sonrió.

—Hace mucho tiempo ya, en una de esas escapadas que hacíais al tejado, me acuerdo que vino tu madre y me susurró al oído: no pierdas de vista a esos dos... Yo la miré sin comprender, pensando que quizá me lo comentaba por si os caíais al jardín...

Meli se rio.

—¿De verdad?

Este se encogió de hombros y le guiñó un ojo.

—Esas tejas pueden ser muy traicioneras.

Ella se carcajeó aún más fuerte, atrayendo algunas de las miradas de los que esperaban en la sala de urgencias.

—¿Y por qué te dijo que no nos perdieras de vista? —se interesó pasados unos minutos.

—Porque se veía el amor que sentíais el uno hacia el otro. —Tomás le dio un abrazo.

Meli elevó una de sus cejas rubias.

—¿En serio te dijo eso mamá?

Él movió la cabeza de manera afirmativa.

—Y tenía razón —señaló y le apartó de nuevo un par de mechones de la cara, colocándoselos por detrás de la oreja—. Han pasado los años y seguís sintiendo lo mismo el uno por el otro, incluso ha aumentado con el tiempo. Es una energía que os envuelve, que irradia de vosotros y que se acrecienta si estáis juntos —explicó—. Es increíble verlo desde fuera, darse cuenta de que el amor en mayúsculas existe al contemplaros.

Meli sonrió con timidez, notando cómo sus mejillas enrojecían.

—No sabía que se podía ver todo eso...

—Es fácil cuando sabes dónde mirar y Jan y tú sois muy transparentes. —Le dio un beso y le pasó la mano por el cabello con cariño—. Ahora solo queda que podáis superar una nueva prueba...

—¿Lo de su madre? —preguntó.

Este asintió y añadió:

—Y la confianza.

## Capítulo 35

—¿Necesitas algo? —le preguntó el padre de Meli en el pasillo, antes de que entrara en la habitación donde esperaba su madre.

El trasiego del hospital había descendido el ritmo a las dos de la mañana, pero todavía había médicos y enfermeras, junto al personal de limpieza, yendo de un lado a otro, atendiendo sus tareas.

Jan se quitó el gorro de la cabeza y se golpeó con él la pierna, al mismo tiempo que negaba.

—No... No es necesario, señor Vargas.

El que llamara de ese modo al padre de Meli, era prueba de que comenzaba a tomar distancias entre ellos y eso a la chica no le gustaba.

—Hijo, necesitará algo de muda o el neceser con sus cosas de aseo. —Movi6 la cabeza señalando la puerta blanca que estaba cerrada.

Él fue a rechazar de nuevo su ofrecimiento cuando Meli atrapó su mano y le obligó a mirarla.

—Jan... deja que te ayudemos —le rogó.

Este fijó su atención en los verdes ojos, donde se podía ver con claridad su súplica, y al final asintió.

—Sí... —Sacó las llaves del bolsillo del pantalón y se las dio al hombre—. Gracias... —musitó.

Tomás asintió, le dio un beso a su hija y se marchó hacia los ascensores dejándolos solos.

—¿Entramos? —le preguntó Meli pasados unos segundos en los que esperó a que se moviera.

Jan soltó el aire que retenía de su interior y movió la cabeza de manera afirmativa, abriendo la puerta de la habitación para permitirle el paso.

La enferma estaba tumbada en la cama con sábanas blancas, la única gota de color era una raya azul clarito que iba de lado a lado y donde se podía leer el nombre del hospital donde estaba ingresada. Le habían puesto una vía con suero y antibióticos en el brazo izquierdo, y en una pantalla oscura se dibujaban las curvas del latido de su corazón.

Estaba dormida, con la respiración pausada, tranquila...

Meli se acercó a ella y le subió la sábana para evitar que cogiera frío. Le apartó el cabello oscuro de la cara y la miró esperando a que reaccionara, pero, por lo que les había informado el médico, iba a tardar en hacerlo.

—Yo... —dijo Jan, atrayendo su atención.

Estaba muy nervioso. No paraba de ir de un lado a otro de la estancia, pasando sus manos por una de sus piernas cada dos por tres.

—Está bien —intentó tranquilizarlo, yendo hacia él. Atrapó su brazo, deteniéndolo y posó su mano en la mejilla—. Todo saldrá bien —le prometió.

Los ojos azules fueron de ella a su madre, para mirarla de nuevo.

—Tengo que salir... —le indicó, recibiendo un movimiento afirmativo por su parte.

Jan observó de nuevo a su madre, y se marchó de allí.



—Hola... —Meli lo saludó cuando lo vio aparecer por la puerta.

Se había quedado sola en la habitación durante casi una hora y excepto porque habían aparecido un par de enfermeras para comprobar que todo seguía su ritmo habitual, había visto pasar el tiempo con demasiada lentitud.

Al principio había estado de pie, pendiente de cada cosa que escuchaba, observando la oscuridad del exterior a través de la ventana y observando como la lluvia iba creando algunos charcos en las calles, para luego sentarse en la butaca beis que había para las visitas, donde se echó el abrigo por encima al sentir un poco de frío.

Tuvo la tentación de coger su móvil en más de una ocasión. De llamar a Cho, o de mandarle un mensaje, para avisarla de lo que había ocurrido, pero sabía que Jan era muy celoso de su intimidad, y más en lo concerniente a su madre, y, aunque ella necesitaba hablar con alguien de confianza, prefirió no decirle nada.

Se pasó el teléfono de una mano a otra, sin dejar de observar a la mujer que dormía en la cama, por si se despertaba de pronto, encontrándose desorientada, sin saber qué había sucedido pero con la necesidad de ver un rostro amigo, mientras pensaba en Jan.

Desconocía adónde se había marchado, dónde estaría o qué haría, pero lo que sí sabía era que esta situación les afectaría de algún modo y temía que no fuera para algo bueno.

—¿Qué tal? —se interesó Jan al mismo tiempo que se acercaba a su madre.

—Bien... Han venido y dicen que todo va según lo previsto —le informó—. No se ha despertado todavía.

Él asintió y observó el rostro envejecido de su madre. Tenía el ceño fruncido y la boca tensa por lo que supuso que su sueño no debía de ser tranquilo.

Inconscientemente pasó los dedos por sus arrugas y escuchó como suspiraba, como si ante aquel contacto, todas las pesadillas que revivía durmiendo, se disiparan.

—¿Crees que vigilaba mi sueño cuando era pequeño? —preguntó de pronto, llamando su atención—. Llevo muchos años haciéndolo, vigilando que descanse, que se despierte al día siguiente... como debe hacer una madre con sus hijos pero en nuestro caso... —Dejó caer la mano a lo largo de su cuerpo—. Es al revés...

Meli se aproximó a él, lo abrazó por la espalda y apoyó la cara en ella.

—Seguro que velaba y vela por ti cada día.

Jan le apretó la mano y le dio un beso en los nudillos.

—No lo creo pero es bueno soñar con ello... —Se volvió hacia ella y posó su mano en la mejilla, admirando su rostro—. Tenemos que hablar.

Enfrentó su mirada, una en la que la desesperación y la impotencia eran patentes, y supo que había llegado el momento que más temía.

—Está bien... —afirmó—. ¿Nos vamos fuera? Así no la molestaremos...

—Será lo mejor.

En silencio salieron al pasillo. Se notaba que ya había avanzado la noche y que, a diferencia de cuando llegaron a esa planta, el ajetreo del hospital había descendido. Solo se escuchaban

lejanas conversaciones y el sonido de algún televisor que continuaba encendido.

Meli se apoyó en una de las paredes y escondió las manos por los bolsillos de su vaquero.

Jan se colocó enfrente de ella, sin despegar sus ojos de los verdes.

Sus miradas se encontraron en la distancia aunque apenas los separaba un par de metros.

—¿Qué querías decirme? —le preguntó Meli tras comprobar que no hablaba.

Le ofreció una triste sonrisa y se pasó la mano por el cabello, dejando que el flequillo cayera sobre su frente.

—Ha sido todo... —Buscó las palabras que necesitaba y que no encontraba—. Muy bonito pero no podemos continuar...

Meli tensó su mandíbula al escucharlo, e incluso pudo jurar que le chirriaron los dientes al ver como catalogaba lo que habían vivido esos días.

—No hablas en serio —le contestó—. Ahora estás en *shock* por lo que está sucediendo, por lo de tu madre... —Señaló la puerta de la habitación que se había quedado entreabierta—. En verdad no quieres hacer esto.

Los ojos de Jan reflejaban su dolor.

—Melisa, no puedo...

—¿Qué no puedes? —le exigió saber, acercándose a él. Atrapó su chaqueta, al mismo tiempo que lo obligaba a mirarla. Necesitaba que se atreviera a decirle lo que sucedía mirándola a los ojos.

Este le apartó con cuidado las manos y le acarició la mejilla.

—Mi madre, esto... —Tomó aire con fuerza—. Es mi responsabilidad. Tú no la has pedido y por eso no debes hacerte cargo de ella...

La joven tensó la mandíbula y rompió el contacto.

—Tú tampoco la has pedido —le indicó con brusquedad—. Son con las cartas que nos toca jugar, las que provocan que tengamos una vida u otra... Estas son tus cartas, déjame que también juegue yo con ellas.

Jan negó con la cabeza.

—No puedo hacerte eso...

—Pero...

Elevó su mano acallándola.

—Tienes una vida, una beca para seguir formándote en tu sueño, con tu violín... No puedo llegar y ponerlo todo patas arriba.

—Pero mi sueño eres tú —le soltó, dejándole con la boca abierta—. Estar contigo, compartir nuestro camino... No todo tiene que ser de color de rosa, también hay grises y es en esos momentos cuando también quiero estar contigo. Deja que te ayude, que te apoye, que esté a tu lado...

Jan la observó, consciente de que no la merecía. No merecía estar con ella, que le quisiera a pesar de lo que suponía estar a su lado, a pesar de los problemas que podía generar su situación.

—No puede ser...

—Pero me lo prometiste —le recordó todas las promesas que se habían hecho en la infancia, aquellas que había incumplido y que había querido retomar a su regreso.

Él negó con la cabeza y agachó la mirada. No tenía fuerzas para enfrentarla, para ver el dolor que se mostraba en sus verdes ojos, los mismos que sabía a ciencia cierta que lo acompañarían

cada segundo de su vida cuando se separaran otra vez.

—Será mejor que te vayas a casa, Meli.

Esta lo miró sin comprender, consciente de que debía ser fuerte como le había aconsejado su padre, pero Jan se lo ponía muy difícil.

—Me lo prometiste... —lo acusó por segunda vez.

El joven la miró de arriba abajo y tensó la mandíbula con fuerza. Sus puños cerrados a ambos lados del cuerpo mostraban la tensión que sentía en esos momentos.

—Son muchas las promesas que se rompen al día... —Cerró los ojos y tomó aire como si buscara la fuerza que necesitaba para terminar lo que había empezado—. Una más, no se notará. Además, no es la primera vez... —recordó.

La chica avanzó un par de pasos y estiró la mano con intención de agarrar su brazo, pero, al ver que retrocedía, la dejó caer inerte.

—Pero es tuya, es tu promesa... la que me hiciste... —dijo apenas sin voz.

Negó con la cabeza, se pasó la mano por el oscuro cabello y soltó el aire que retenía.

—Ya nos veremos por ahí —se despidió pero no se movió del sitio. Sus ojos siguieron fijos en los verdes de ella, esos que le habían acompañado desde niño, los que conocía tan bien y que sabía que en ese instante retenían las lágrimas que luchaban por salir al exterior.

Meli hizo un leve movimiento con la cabeza.

—No...

—No, ¿qué? —preguntó temiendo la respuesta.

Apretó sus puños hasta que los nudillos adquirieron una tonalidad blanca y enfrentó su mirada con fiereza.

—Se acabó —espetó.

Una sonrisa prepotente asomó en la cara masculina.

—Sabes que eso no es verdad. Volveremos a encontrarnos y...

—¡No! —gritó interrumpiéndolo—. Esta vez no será así, Jan.

Arrugó el ceño e intentó acortar la distancia que los separaba, pero esta vez fue ella la que se separó.

Levantó los brazos al aire, zafándose de su agarre, para a continuación esconder las manos en los bolsillos del vaquero.

Nada sucedía como esperaban...

—Melisa, ¿qué quieres decir? —la interrogó notando como le temblaba la voz.

Ella buscó sus ojos, esos en los que buceaba cada vez que necesitaba un amigo, un aliado... Esos iris azules en los que se veía hermosa, querida, apreciada... Esos que hablaban de amor mientras su dueño se negaba a reconocer sus sentimientos... Esos que la observaban con miedo en ese instante.

—Me marcho a Japón.

—Y al año regresarás y nos veremos...

Negó con la cabeza otra vez.

—No. Me quedaré allí... Ya no puedo más...

—¿Y se puede saber qué se te ha perdido a ti allí? Tu familia está aquí, tus amigos están aquí... Yo estoy aquí...

Melisa lo miró una vez más a la cara, como si necesitara memorizar los rasgos de su rostro y,



pasados unos segundos, soltó:

—No, tú ya no estás aquí.

## Capítulo 36

Jan tardó en entrar en la habitación una vez que Meli se había marchado del hospital. La conversación que habían mantenido se repetía una y otra vez en su cabeza, y, aunque sabía que hablaba el orgullo y que más adelante se arrepentiría, sabía que había hecho lo correcto. No podía empezar una relación con ella, estando su madre así...

No podía...

—Hijo... —lo llamó su madre en cuanto traspasó la puerta.

—Mamá... ¿estás bien? —se preocupó, acercándose a la cama para tocarla la frente como si quisiera comprobar que su temperatura era su mayor problema.

La mujer le ofreció una sonrisa, que pareció más una mueca por el tiempo que llevaba sin sonreír, y atrapó su mano, para enredar sus dedos con los de ella.

—¿Por qué te haces esto?

Jan la miró sin comprender.

—No sé a qué te referes, mamá... —Comprobó que seguía habiendo medicamento en la bolsa—. ¿Quieres que avise al doctor? ¿A las enfermeras?

Ella negó con la cabeza sintiendo algo de dolor.

—No hace falta. Estoy bien...

El chico asintió y le apartó unos mechones oscuros de la cara.

—Creo que tendría que llamar a las enfermeras —dijo nervioso, con intención de romper el contacto que los unía pero, para su sorpresa, su madre le sujetó bien fuerte la mano.

—Jan, para un momento —le pidió.

—De acuerdo...

Ella posó sus ojos en los de su hijo tan iguales a los de su padre y suspiró.

—Te pareces tanto a él... —El chico tensó la mandíbula al escucharla. Era la misma historia de siempre, cuando su madre insistía en el parecido que guardaba con su progenitor, y lo que le afectaba—. Tan orgulloso.

Jan elevó su ceja incrédulo.

—¿Qué quieres decir?

Esta sonrió y se movió levemente en la cama.

—Eres incapaz de pedir ayuda, de aceptarla cuando se te presenta ante los ojos y, cuando te encuentras desbordado, en vez de pararte y pensar, tomas la salida más rápida.

—Eso no es verdad...

—Sí, es verdad. —Le acarició la mano—. Habías vuelto a estar con Meli, eras feliz y de repente... —Lo miró a los ojos—. Todo se terminó.

Arrugó el ceño.

—¿Nos has escuchado?

Le ofreció un inocente gesto.

—No ha sido complicado. A estas horas, en estos edificios tan grandes, lo más difícil es no oír ni al ratón que corretea de un piso a otro.

—Y tú lo sabes muy bien, ¿verdad? —le recordó la experiencia que tenía por estar ingresada

en diferentes clínicas.

La mujer achicó los ojos como si acabara de recibir un buen golpe de realidad.

—Tienes razón. Soy una insensata pero sobre todo una egoísta que solo ha pensado en sí misma en todos estos años —le expuso—. Siento de verdad todo lo que te he hecho, lo que has estado obligado a hacer por mí, por tener que cuidarme cuando debía ser yo la que debía hacerlo por ti... —Tiró de él para obligarlo a sentarse en la cama, a su lado—. Estoy enferma...

—Mamá...

—Sí, estoy enferma por seguir enganchada al recuerdo de una persona que no lo merece; enferma por desahogarme con el alcohol sin pensar en la gente que me quiere... —Posó su mano en la cara de su hijo—. Debería pensar en ti, en tu felicidad y no regodearme en mi desdicha.

—Mamá, no digas eso...

Ella sonrió con tristeza.

—Ya era hora de que lo hiciera, Jan —afirmó—. El problema es que no me he dado cuenta antes de ello para que tuvieras una vida más fácil.

—Yo estoy bien —atajó con rapidez.

La mujer le revolvió el cabello.

—No, cariño. Eso no es verdad... —Movié la cabeza hacia la puerta—. ¿Por qué la has dejado marchar?

—¿A Meli? —preguntó como si no supiera de qué le hablaba.

Esta asintió.

—Melisa es lo mejor que has tenido en esta vida. Gracias a ella sonreías. —Le pasó la mano por su boca—. Y gracias a ella empezaste a tocar la guitarra.

Jan se rio.

—Pero si te quejabas porque decías que hacía un ruido insoportable.

—He dicho y hecho muchas tonterías a lo largo de estos años, pero soy muy consciente de lo que te hace feliz y eso es Melisa y la guitarra.

Este asintió con cierta timidez en sus ojos.

—Pero mamá no puedo abocarla a una relación con...

—...Una suegra borracha —señaló por él, recibiendo un bufido por su parte.

—Yo no quería decir eso...

La mujer se incorporó levemente en la cama, colocándose la almohada detrás de la espalda.

—Yo soy la que tiene que ponerle remedio y si debo volver a ingresar en una clínica, lo haré.

—Pero ya lo has hecho otras veces...

Apretó la mano que volvía a agarrarle y buscó su mirada azul.

—Pero esta vez será diferente —indicó con seguridad.

Jan la miró sin saber si debía creer en lo que le decía.

—¿Por qué estás tan segura de ello?

—Porque esta vez soy yo la que quiero ponerme buena —respondió dándole un beso en la mejilla.

—Y porque no estaréis solos —indicó el padre de Meli apareciendo en la habitación con una bolsa de viaje en la mano.

Tuve miedo del orden establecido, miedo de volver a empezar, miedo de que no funcionara, miedo de que todo fuese un sueño.

**Marc Levy,**  
*Ojalá fuera cierto, 2000*

# Capítulo 37

## Seis meses después...

Los aplausos se repetían en el interior del teatro según saludaban los músicos que habían actuado esa noche para deleite de los asistentes.

Era la presentación de las grandes promesas de uno de los conservatorios más importantes de Japón, y entre los alumnos había de todas las nacionalidades, incluida la española.

Ahí estaba Melisa, en el centro del escenario, con un vestido negro que realzaba sus curvas, el rubio cabello recogido en un moño no muy tirante, permitiendo que algunos de sus mechones cayeran con libertad, portando el violín en una de las manos.

Se agachó levemente, agradeciendo los aplausos, y sonrió a las butacas.

Estaba preciosa y él la había echado de menos.

Se movió como pudo entre las butacas, sorteando a las personas que seguían pendientes de lo que sucedía entre el telón, y se coló por un pasadizo que le llevaba hasta los camerinos, en busca de su objetivo.

Sabía que lo iba a tener difícil, por no decir que era una tarea casi imposible, pero como le había dicho Tomás, el padre de Meli, lo último que se perdía en esta vida era la esperanza y él todavía no la había abandonado.

En esos meses le habían enseñado que todo era posible y prueba de ello era su madre, quien, tras salir del hospital donde acabó ingresada tras un coma etílico, había decidido pedir ayuda a especialistas y gracias a su convicción, a querer recuperarse de verdad, estaba saliendo del pozo donde se había metido.

La depresión era peligrosa, como le había explicado su actual psicólogo, y por culpa de ella había terminado buscando la vía más rápida, la que no le ofrecía dolor: el alcohol.

Llevaba cinco meses sin probar ni una gota, y si no hubiera sido por el padre de Meli, no sabría cómo lo habrían superado... Su ayuda, su apoyo, había sido imprescindible para que tanto su madre como él logran avanzar.

Tras cruzarse por los interiores del teatro con alguna que otra persona que, imbuidos en la felicidad en la que se encontraban por el resultado del concierto, no se dieron cuenta de que no era ningún trabajador del conservatorio, llegó hasta una puerta que tenía un pequeño cartel donde ponía el nombre de Melisa Vargas.

Un sentimiento de orgullo nació en su interior.

Tocó las negras letras impresas casi con veneración, y sintió un profundo respeto por ella, por su trabajo, por lo que había alcanzado.

Llamó a la puerta con un par de golpes y esperó nervioso a que le permitieran pasar.

—Adelante...

La dulce voz de Meli resonó tras la madera y una montaña rusa se asentó en su estómago.

Acercó la mano temblorosa al picaporte y, tras respirar con profundidad, la abrió.

—Hola, enana...

Ella se giró con rapidez nada más reconocer su voz.

—Jan, ¿qué haces aquí?

—Disfrutar de un gran concierto —dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

Meli lo miró de arriba abajo, percatándose del traje oscuro que llevaba y que se le ajustaba al cuerpo a la perfección, de su cabello peinado hacia atrás, en un intento de domar sus salvajes ondas, y de esos ojos que la observaban con súplica.

—Te has ido muy lejos —señaló con algo de brusquedad en su voz, y se volvió hacia el espejo.

Jan tensó su mandíbula.

—Tenía cosas que hacer por aquí...

Esta lo miró a través de la lisa superficie.

—Pues no te entretengas, no vayas a llegar tarde.

—Meli... no me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

Ella cerró los ojos y suspiró.

—Seis meses... ¡Seis meses, Jan! —lo enfrentó, levantándose de la silla con los puños cerrados, marcando la tensión que sentía su cuerpo.

—Lo sé pero necesitaba...

Levantó las manos y le calló.

—No quiero más excusas. No puedo...

Se acercó a ella, cuando notó que le temblaba la voz, pero se alejó de su lado con rapidez, impidiéndoselo.

—Meli, por favor... —le rogó—. Dame unos minutos...

Lo miró a los ojos, esos que la habían perseguido desde que se marchó del hospital, y asintió.

—Dos minutos...

Él torció la boca.

—Eso no va a ser suficiente para lo que...

—Y ya están corriendo —indicó de forma desagradable.

Jan suspiró con fuerza y asintió. Si quería jugar a ese juego, lo haría.

—Te he echado de menos... —Ella bufó ante su anuncio. Él le ofreció una triste sonrisa—. Es verdad, enana. Mucho... Más de lo que podría haber imaginado nunca. En esos pocos días en los que estuvimos juntos, comprendí todo lo que me había perdido cuando me marché... —La miró con intensidad—. Una vida a tu lado, riendo, soñando, amando...

—Pero aun así, me echaste de tu lado... otra vez —espetó.

El joven asintió y se acercó poco a poco a ella, con temor de que lo volviera a rechazar.

—Nada más irte del hospital, supe que había cometido el mayor error de mi vida pero no fue hasta que mi madre me abrió los ojos, y me dijo que dejara de ser tan orgulloso, que era un tonto por dejarte marchar... cuando supe que debía recuperarte. —Sonrió—. Otra vez...

—¿Tu madre te dijo eso? —le preguntó cambiando su tono de voz a uno más amistoso.

Movió la cabeza de lado a lado.

—Más o menos... —comentó, atrapando uno de sus rubios mechones, para llevarlo hasta detrás de su oreja.

—¿Y por qué no viniste antes a por mí? —se interesó, relajando los músculos de su cuerpo.

—Quise esperar a que dieran de alta a mi madre y luego tenía que acabar con la documentación que se necesitaba para ingresarla en el nuevo centro de desintoxicación...

—¿Ha vuelto a la clínica?

Este movió la cabeza de manera afirmativa y atrapó sus manos.

—Quiere recuperarse —dijo con una amplia sonrisa—. Ha sido cosa suya, por propia voluntad, y parece que es un paso muy importante para que esté mejorando a pasos agigantados.

—Me alegro —comentó.

—Lo sé. —Le acarició la pequeña nariz, dibujando sus pecas—. Todo es gracias a ti...

Lo observó confusa.

—¿A mí? —Asintió—. ¿Por dejarte solo cuando apareció el problema?

Jan la miró sin comprender.

—Tú no me dejaste solo —la contradijo—. Fui yo el que te echó de allí y por cierto de muy malos modos, por lo que si quieres echarme algo en cara... —Le guiñó un ojo—. Tienes vía libre.

La joven negó con la cabeza.

—No puedo... Te perdoné hace tiempo —confesó para su sorpresa—. Estabas en una situación complicada, y yo no te lo puse fácil.

Posó su mano en la mejilla y la miró con cariño.

—Es normal que te enfadaras, enana... Soy demasiado orgulloso y no supe ver en ese momento que te necesitaba a mi lado.

Meli le regaló una sonrisa comprensiva.

—Y entonces ¿qué es lo que he hecho para que me des las gracias?

Jan asintió y retomó la conversación:

—Si no hubiera sido por ti, no habríamos aceptado, ni mi madre ni yo, la ayuda de tu padre —explicó—. Ha sido un gran apoyo todo este tiempo.

—¿Mi padre? ¿Y por qué no me ha dicho nada?

—Dice que cada vez que te mencionaba mi nombre por teléfono, le cambiabas de tema...

Las mejillas femeninas enrojecieron.

—Soy culpable... —dijo con timidez—. Trataba de sobrevivir aquí, y lo que menos necesitaba es que me recordaran lo que había dejado atrás.

—Pero ahora estoy aquí...

Ella lo miró sin comprender.

—¿Pero tendrás que regresar a casa?

Jan sonrió.

—Cuando tú lo hagas —aseguró.

—¿Y tu madre? ¿Y el trabajo? ¿Tu vida? —preguntó cada una de las cosas que dejaba atrás y que sabía que eran importantes para él.

Posó las manos a ambos lados de su cara y la miró fijamente.

—Mi madre está bien. Tiene a personas expertas que la están cuidando, y si ocurriera algo, está tu padre —le contó—. Ya me ha dicho que no me preocupe, que solucione lo tuyo y que cuando regrese, he regresado...

—¿Mi padre te ha dicho eso? —interrogó divertida.

Él asintió y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Quiere que me perdones y que así pueda ser oficialmente parte de la familia. —Le sacó la

lengua.

Meli se rio.

—¿Y el trabajo?

—En el conservatorio van a esperarme estos seis meses que quedan de tu beca, y cuando vuelva, haremos un curso especial de guitarra. Ya me han dicho que hay bastante gente interesada...

Ella sonrió orgullosa.

—Normal. Su profesor es un guitarrista famoso...

Jan correspondió a su sonrisa.

—Y Phil...

—¿Phil? —le interrumpió con curiosidad—. ¿Has empezado a trabajar con el dueño de la tienda de discos?

Asintió con los ojos brillantes. No podía esconder que le hacía especial ilusión colaborar con él.

—Me ha animado a hacer el viaje —le informó—. Así podemos tratar de conseguir algún grupo japonés.

Meli se carcajeó.

—¿En serio?

—En serio —repitió—. Dice que está muy de moda lo oriental entre los jóvenes por lo que podríamos probar ese mercado.

—No es mala idea —afirmó.

Sus miradas se encontraron mientras decidían qué paso dar a continuación.

Jan deseoso de saborear sus labios, deleitarse entre ellos, recuperando el tiempo perdido.

Meli nerviosa por la respuesta que le faltaba conocer, deseando saber si a partir de este instante las cosas podían cambiar.

—¿Y tu vida? —le preguntó pasados unos segundos.

Jan le apartó el cabello de su cara, delineó sus cejas y fijó los ojos en los de ella.

—Mi vida está contigo... No puedo escapar de nuestra cita en la luna, en Japón o donde tú quieras ir. Mi vida está a tu lado, enana —dijo atrapando sus labios con un beso anhelado por los dos.



# Epílogo

## Seis meses después

—¿Preparada? —le preguntó atrapando la mano que tenían en el apoyabrazos que compartían.

Melisa lo miró a los ojos y asintió.

—Preparada...

Jan pasó el dedo por su mejilla, dibujó la constelación de pecas de su nariz, y sonrió.

—Será diferente...

—Pero estaremos con tu madre y mi padre, con nuestros amigos... Nuestra familia.

Le acarició sus labios.

—Y juntos —señaló él de manera traviesa.

Meli miró el anillo de su mano derecha.

—¿Sabes que nos van a matar cuando se lo contemos?

—Y que querrán que repitamos la ceremonia —señaló este con resignación.

Meli acercó su cara a la de él justo cuando los motores del avión resonaron en el exterior.

—Puede que no sea tan mala idea...

Jan sonrió y le dio un beso.

—Si podemos celebrarla bajo la luna, no me quejaré.

Sus miradas se encontraron hablando de secretos.

—Te quiero —le dijo.

Él le robó un nuevo beso.

—Se me van a hacer muy largas las quince horas de vuelo...

Meli le ofreció una sonrisa cómplice.

—Juntos podremos solucionarlo...

—Juntos —repitió Jan justo cuando el avión despegaba, alejándose de la tierra donde habían convivido durante seis increíbles meses.

# FIN

# Agradecimientos

Cuando llego a este apartado solo me puedo acordar de las personas que me siguen apoyando libro a libro...

Mi familia la que me anima a que continúe con este sueño que cada día es más terrenal, y mis amigos, esos que me instan para que siga escribiendo. Sin ellos esta aventura se quedaría en un cajón cerrado, esperando a que tuviera tiempo para continuar.

Debo mencionar sobre todo a Moruena y a Laura, ya que sin ellas nada de esto sería posible. Sabéis que os tildo de «pesadas», pero sin vuestra pesadez, nada de esto sería real.

Gracias a Juan y a Gaby por aguantar mis cambios de humor cuando estoy escribiendo y por apoyarme en esta locura que ya forma parte de vosotros también.

Gracias a Ediciones Kiwi por seguir confiando en mí y en mis historias, y por dar forma a la aventura de Melisa y Jan con una portada increíble.

Y por último, pero no menos importante, gracias a vosotros, mis lectores... Vuestras opiniones, vuestros mails, mensajes y fotos, me animan cada día a seguir dando forma a todas estas historias que solo esperan haceros disfrutar.

Gracias.